

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

VIDA Y OBRA DE PLACIDO

(GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDES)

Trabajo que como

TESIS

Sustenta

ITZHAK BAR-LEWAW

para obtener el grado de
Doctor en Letras
(Literatura Iberoamericana.)

CIUDAD UNIVERSITARIA, D. F.

MCMLIX

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



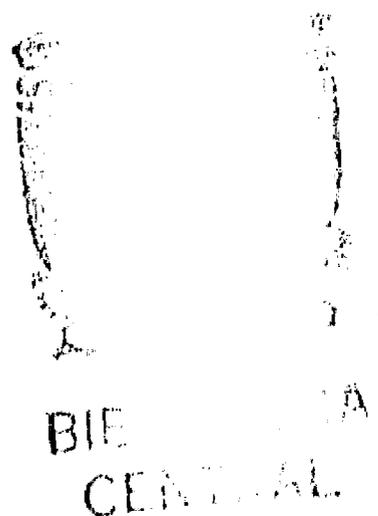
UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis maestros, en especial a la Profesora
María del Carmen Millán y al Dr. Francisco
Monterde, con todo respeto y gratitud.



A Jaap y a Sibil Van Dijk,
con gran simpatía y
agradecimiento.

Veajron Ajron Javiv, a mi hermana
Zehava, a Lola y a Chaim, con
carino.

I N D I C E

	Pág.
I. Tragedia de una niñez	5
II. Las profesiones de Plácido. Peinetero y poeta	15
III. Las mujeres en la vida de Plácido	21
IV. Los retratos de Plácido	33
V. Amistades y enemistades del poeta.	41
VI. La víctima	45
VII. Ubicación del poeta	57
VIII. Influencia bíblica en la obra placidiana	63
IX. Cualidades y defectos de la poesía placidiana	73
X. Popularidad y ediciones de Plácido	85
XI. Traducciones	89
XII. La rehabilitación	97
Conclusiones	103
Cronología de Plácido	105
Selección poética	109
Bibliografía	125
Bibliografía de referencias	125

Hace 150 años, nació en La Habana Gabriel de la Concepción Valdes, gran poeta cubano conocido bajo el pseudónimo de Plácido.

En la calle Bernaza número 4 (hoy 54) de la Habana vieja, el 19 de marzo de 1809, la española Concepción Vázquez, natural de Burgos (España), dio a luz un niño al parecer blanco, según el testimonio de inscripción que consta en el archivo eclesiástico de la casa de Beneficencia y Misericordia de la Habana el 6 de abril de este año (1809). Sus antepasados por línea materna fueron todos españoles, mas por la paternidad también africanos.

La madre de Plácido, bailarina del teatro "Principal" de la Habana, que contaba en ésta aproximadamente con noventa mil habitantes, conoció a Diego Ferrer Matoso que ocupaba el puesto de peluquero en dicho coliseo de la capital.

El padre de Plácido, un mulato, nacido de blanco y mulata, se ocupaba de los delirados parados de la bailarina burgalesa y al tocar diariamente con sus manos la fina cabellera de la caprichosa bailarina, este peluquero gallardo y ceremonioso supo atraer la atención de Concepción Vázquez. El trabajo común en el mismo coliseo los acercó; no cabe duda que Diego Ferrer Matoso era atractivo puesto que halló gracia a los ojos de la bailarina a pesar de su sangre africana, lo cual era en aquella época un obstáculo muy serio en las relaciones sexuales entre una blanca y un negro, un mulato, un cuarterón o un octavón. Hay que suponer que Diego Ferrer Matoso hizo grandes esfuerzos para conquistar a la futura madre de Plácido, y que la trataba con mucho cariño, atención y respeto, ya que pudo vencer así este obstáculo de la sangre tan importante en Cuba, bajo la dominación colonial española.

De esos amores clandestinos nació el poeta cubano Plácido, un hijo espurio a quien nadie quería. Fué un fruto adverso de un amor libre entre una blanca española y un cuarterón criollo. No es lo mismo tener relaciones íntimas aunque clandestinas con un cuarterón, que dar a luz un niño octavón e ilegítimo, sobre todo en un país de estructura social esclavista. Concha se entregó a un peluquero de señoras en un acto de verdadera pasión, porque el futuro padre de Plácido no era rico y entre ellos no debió de mediar interés alguno de dinero.

Pero una vez pasada la embriaguez del amor físico, este hijo, en una sociedad colonial y de esclavos, fué una contrariedad y un obstáculo para la madre en su carrera artística. Para su padre representaba un estorbo en su vida libre, dedicada a los placeres. Diego Ferrer Matoso era jugador, hombre de costumbres fáciles e irresponsable en sus obligaciones.

Hay lagunas inevitables en la vida de Plácido que no podríam-

llenarse sino con presunciones fundadas en probabilidades, suposiciones, hipótesis o simples conjeturas. Varios años después de la dolorosa muerte de Plácido, algunos literatos, biógrafos y editores, entre ellos los editores de "América Poética" en 1846, y F. J. Vingut en sus ediciones en Nueva York, han sostenido la versión del nacimiento de Plácido en Matanzas. Pero la siguiente inscripción de bautismo demuestra claramente que nació en la Habana:

"Yo, Pbro. Rafael González Valverde, Capellán en propiedad de la Casa de Beneficencia y Maternidad de la Ciudad de la Habana,

CERTIFICO: que en el libro de bautizos a fojas ciento cuarenta y tres, número mil seiscientos, se halla la siguiente partida:

Núm. 1600.- Diego Gabriel de la Concepción. Jueves seis de abril de mil ochocientos nueve, expusieron en esta casa cuna del Patca S. S. José un niño al parecer blanco con un papel que decía - nació el diez y ocho de marzo de mil ochocientos nueve- y en el mismo acto. Y, Dr. Antonio Eusebio Ramos Pbro. Capn. Admos. P. S. M. de dicha cuna lo bauticé y le puse los santos Oleos ejerciendo los sac. cerem. y preces. y puse por nombre Diego Gabriel de la Concepn. Fué su pado. el Cpn. de Milicias Dn. Joaquin de Cardenas, a pn. advertí el parentesco espl. qe. contrajo y lo firmé.

Antonio Eusebio Ramos.- hay rúbrica.-

Es conforme a su original. Y para constancia lo firme en la Habana a treinta y uno de julio de mil novecientos seis".

Rafael González.

Carecemos de muchos datos biográficos y por eso es importante subrayar los puntos claros, seguros y conocidos de su breve vida. Hay por lo menos algunos hechos indiscutibles: nació en la Habana, se casó en 1842, lo fusilaron en Matanzas a la edad de treinta y cinco años.

La tragedia de su niñez y de su vida entera empieza desde la cuna. Plácido viene al mundo como una consecuencia de un acontecimiento imprevisto e inesperado. Fruto ilegal, hijo bastardo, Plácido añade con su persona una víctima más a aquella sociedad de la época colonial, en la cual cada quien sabía su lugar, sus derechos y sus límites.

Claro está que la octava parte de sangre africana no hizo de él un negro. Por supuesto que como octavón tenía un aspecto ligeramente moreno, pero el presbítero y capellán doctor Antonio Eusebio Ramos que le bautizó declara que el niño era "al parecer blanco".

Su madre no quiere ocuparse del niño y por eso lo lleva a la Casa-cuna. Quizás, si Plácido se hubiera quedado allí habría sido blanco y hubiera podido vivir como "igual" en la sociedad española de aquel tiempo. Pero su destino era otro. El padre no permite que su hijo esté en la Beneficencia. Diego Ferrer Matoso saca a su hijo de la Casa-cuna pocos meses después de su ingreso y la abuela paterna de Plácido se ocupa de él. No se ha aclarado suficientemente como identificaron a

Diego Ferrer Matoso como el padre del niño para que pudiera sacarlo de allí.

Diego Ferrer Matoso, hombre alegre y satisfecho de sí mismo—tuvo un poco de suerte en aquellos días. Ganaba bastante en el juego — y la fortuna le permite adquirir un carruaje abierto de dos ruedas, — signo infalible de una cierta comodidad económica.

Puede ser que este hombre irresponsable, gallardo y macizo — cuando tenía un poco de dinero— estimara escandaloso ver a su hijo en una casa de cuna y su amor propio no le permitiera dejar a su hijo en la Beneficencia. Puede ser también que lo hiciera bajo un ciego impulso y capricho.

Por desgracia, en nuestro mundo la suerte no existe eternamente y en casa de Diego Ferrer Matoso ella duró muy poco tiempo. Llegó la miseria y el padre está obligado a dejar Cuba para irse a México en busca de trabajo. Esta crisis coincide con los primeros pasos de Plácido en el campo de la educación. El padre no encontró la fortuna — en México, donde muere lejos de su patria, de su madre y de su hijo.

Pero el niño se queda en un ambiente de inferioridad étnica. Su padre cuando sacó al niño de la casa de cuna no le dió más que la categoría inferior de mulato. Le faltaba el calor de una familia unida, de un amor y cariño maternal. Su abuela paterna es ciega, su padre por su viaje a México no le otorga la debida atención y la madre no quiere saber nada de él.

Un hogar, malo o bueno, repercute y tiene un eco perdurable en el alma de un niño que se siente feliz o desgraciado, amado o rechazado, de acuerdo — en la mayoría de los casos— con las relaciones — íntimas y externas entre los padres. Niños, finos y delicados, como lo era Plácido, necesitan para su futura seguridad personal en la vida, — la convicción de que ellos tienen un hogar tranquilo y padres que los quieren. Nuestro poeta no tuvo esa suerte.

Sus padres, egoístas e injustos, incapaces de asumir una responsabilidad y poco interesados en su hijo, fueron la causa directa de la inquietud interna y de la infelicidad de Plácido en su vida futura. El hogar familiar formó desde la infancia, en la afectividad del poeta una serie de actitudes y conceptos de la vida de familia que pesaron — sobre él en su vida adulta y matrimonial, como lo veremos más adelante.

El poeta, que fuera gloria de su patria, no tuvo como puntos de apoyo, para lanzarse a la lucha por la vida la bondad, la simpatía y el cariño de sus padres. El hijo no recibió de sus progenitores la — protección que ellos podían y debían prestarle. Para Plácido su madre era la "señora" y el poeta se queja de que:

"Entre el materno tálamo y la cuna
El férreo muro del honor pusiste" (1)

Diego Ferrer Matoso, como ya hemos mencionado, era amante del juego; gracias a él pasa breves momentos de felicidad, pero este vicio le hace perder la comodidad económica. Toda la familia sufre de pobreza y Plácido más tarde evoca la sombra de su padre en su larga epístola "A Lisio"

El padre no pudo dar al niño esa tranquilidad de un hogar feliz tan necesaria para la formación de un carácter viril y sólido.

En la ya citada epístola "A Lisio", el poeta tiene un recuerdo bastante grato de la rectitud de sus abuelos que procuraron un modo de pasar para sus nietos. Pero una abuela, y además ciega, no puede reemplazar a un padre y a una madre. Esta no prestaba atención alguna a la educación de su hijo, que tuvo una formación muy insuficiente. Si se supone que Diego sacó a Plácido de la casa de cuna como efecto de su amor propio, hay que admitir que la madre lo puso allí para desembarazarse de él. Concepción Vázquez tenía bastantes recursos económicos para educar a su único hijo. Ganaba algún dinero como ballarina en el teatro Principal de la Habana, y cuando se retiró tenía medios para mantenerse en condiciones desahogadas.

Pero rechaza a su hijo desde el primer momento de su nacimiento. Hay dos conjeturas posibles de su conducta:

a) Concepción Vázquez no quiso saber nada de ese fruto de un amor ilegal con un mulato cuya "inferioridad étnica" le impedía reconocer a su hijo.

b) En la época del nacimiento de Plácido los negros-esclavos se levantaban de cuando en cuando contra la opresión. Aunque Diego Ferrer Matoso no haya sido más que un "cuarterón" y Plácido un "octavón", para Concepción Vázquez era más prudente no tener relaciones con la gente de color dentro de la cual crecía el niño.

Lo cierto es que Plácido no tuvo sino una madre fisiológica.

Las relaciones entre ellos carecen de ese calor y cariño tan característicos y normales entre una madre y un hijo. Para Plácido su madre es la "señora" o "mi madre la señora", para Concepción Vázquez el poeta no es más que un bastardo que la molesta. En 1835, cuando Plácido tenía 26 años, su madre, ya no joven, tenía relaciones maritales con el señor Rosales, "un autor de compañía", empresario de teatro.

Plácido, bueno por naturaleza, la respetó siempre. El no la olvida, a pesar de todo, y en su testamento le deja "su eterno reconocimiento". El poeta es ingenuo o finge sus verdaderos pensamientos cuando dice en la "Despedida a su Madre" que él deja el corazón "de muerte herido" (2). Una madre que calla durante un proceso contra su hijo, que no tiene nada que decir frente a los sufrimientos del que llevó bajo su corazón, es más bien una mujer de instintos criminales que una madre.

Si Plácido tiene la alegría del padre, hereda de la madre la

vena poética. En el "Diario de la Habana" (1847-1848) ella escribe algunas poesías. No valen gran cosa; se les recuerda solamente por ser escritos por la madre del gran poeta cubano.

En el periódico arriba mencionado, con fecha del 22 de agosto de 1847, tres años después de la muerte de su hijo, se publican sus versos con motivo de la muerte de Don Joaquín de Astray y Caneda.

"A la memoria de mi caro amigo el Ldo. don Joaquín de A. y Caneda".

I

No cual un tiempo, pulsaré la lira
Que cantaba tu límpida alborada
Y aunque mi voz en la garganta expira
Es tuya su canción infortunada.

Un año ha que el corazón ardiente
Miró tu porvenir lleno de vida
Mas hoy resbala por mi triste mente
Ver de este mundo tu ilusión perdida.

El laúd que hoy te canta en sus dolores
Un día entre placeres te cantará
Y el trino de los dulces ruiseñores
Conmigo tus natales celebrará.

Si es en el mundo respirar la gloria,
La gloria a tu existencia sonriera;
Si en el mar de la vida transitoria
Soñaste una suerte duradera;

Fué un sueño, caro amigo: eternamente
La que hoy disfrutas, estarás gozando...
La calumnia no eleva allí la frente,
Dios por el hombre justo está velando.

Al contemplar tu refulgente día
Lleno de luto el corazón se advierte,
Recordando la fúnebre agonía
Nuncio fatal de tu sentida muerte.

Y tu afecto jamás podré un momento
Separar de mi pecho sin ventura.

Tu amistad solamente a mí me inspira,
Tus recuerdos que viven en mi mente,
Como la pobre y compañera lira
Que a tí está consagrada eternamente.

.
.

Goza Joaquín, en la mansión querida
La dulce paz que tu virtud merece,
Pues cantando tu gloria bendecida
Mas mi entusiasmo con el canto crece.

II

Mientras me quede un soplo de existencia
Te cantare con mi doliente lira,
Implorando a la justa Omnipotencia
Por la dicha que en torno a tu alma gira,
Tu vida de la flor fué la inocencia
Tu bondad singular mi voz inspira,
Y cuando al peso del dolor sucumba
Tu memoria conmigo irá a la tumba.

Tiene razón Concha: su lira es pobre. Ella imita malamente a su hijo cuyas poesías ciertamente leyó. Las palabras: pulsar, lira, --ruiseñor, vida transitoria, doliente, Omnipotencia, tumba, frecuentemente usadas por Plácido, carecen aquí de su espontaneidad, ternura y calor.

Concha escribe versos en la ocasión de la muerte de Astray y Caneda. Mas la muerte de su único hijo, la tortura y sus sufrimientos -- ante el cadalso, no la conmovieron y no despertaron en ella el grito -- del amor maternal. Ni siquiera parece tener remordimientos por el abandono criminal de su malogrado hijo. Pero Plácido sí recordaba a su madre ("Despedida a mi madre") y a pesar de todo la quería, sufriendo, a la vez, al recordar su propia soledad.

Según el crítico y escritor cubano F. Calcagno (3), el poeta -- Ramón Vélez y Herrera conoció a Concepción Vázquez que "sobrevivio muchos años a su hijo".

En 1861, diez y siete años después de la muerte de Plácido, -- ella da todavía signos de vida, pero a partir de esta fecha se pierde -- en las huellas del tiempo.

. . .

Gabrielito, como lo llamaban en su niñez, no frecuenta la escuela hasta la edad de diez años, por falta de recursos materiales y -- por descuido de la abuela ciega. Llena los días con juegos y deportes. -- Sus compañeros lo quieren por ser excelente nadador y por su buen carácter. No pelea, siempre dócil y suave, Gabrielito gana su confianza y ellos lo reconocen como su "jefecillo". Es despabilado, vivo y sus -- ojos comunican una inteligencia extraordinaria. Mas como no tiene pa-- dres para protegerlo, él se acostumbra a vivir de una manera desordenada, y conserva, desde su infancia, cierta tristeza y soledad melancólicas.

Las primeras letras las aprendió Gabrielito en la escuela -- dirigida por el notable educador y poeta, don Pedro J. del Sol. De -- allí, donde estuvo poco tiempo, ingresa al colegio de Belén, que acep-- taba alumnos ricos y pobres, sin distinción de raza y color.

En total, el joven Gabriel no frecuentó las escuelas sino du-- rante dos años y no está claro por qué las cambió tres veces. Al dejar el colegio de Belén, entra en la escuela titulada El Angel, dirigida -- en aquella época por don Francisco Bandarán, donde aprendió un poco de todo y adquirió ciertas nociones de gramática y del arte poético. Este es el bagaje de instrucción, pobre e incompleto, que trae consigo Ga-- briel, dejando la escuela para el aprendizaje de una profesión.

Indisciplinado, sin control familiar, sin orden y cambiando-- las escuelas, el futuro poeta no aprendió gran cosa en sus dos únicos-- años de estudios incompletos. De sus faltas de ortografía, jamás pudo-- librarse. La breve estancia en los centros de educación no pudo darle-- una sólida preparación intelectual.

Su triste infancia, sin amor, sin cariño y sin orientación -- por parte de sus padres, fundamentos básicos de cada persona bien pre-- parada para la vida, son la causa directa y primordial de su tristeza, desgracia, inseguridad y su incompleta instrucción. Lo que logró des-- pués, fué por su propia voluntad y con la gentil ayuda de sus amigos y protectores, como Ramón Vélez y Herrera, Ignacio Valdés y Machuca, el-- Dr. Manuel González del Valle, y otros que le guiaban con indicaciones, textos y lecciones sobre la literatura en general y sobre las reglas -- poéticas en particular. Mas estudió tarde y mal; tenía que aprender, -- siendo ya hombre, en momentos de miseria material, amenazado frecuen-- temente por el hambre. No es culpa suya sino de las trágicas circuns-- tancias de su niñez y de su adolescencia que le obligan a vivir solo y ganarse el pan desde muy temprana edad.

En 1821, cuando Gabriel no tenía sino 12 años, se interrumpen, por necesidades económicas, sus estudios elementales y entra -- en una carpintería; allí se queda poco y no aprende mucho. Se cam-- bia para el taller del célebre pintor y retratista habanero Vicente -- Escobar, hombre de color, que hizo la colección de retratos de los Ca-- pitanes Generales y por la cual fué nombrado pintor de la Real Cámara-- Española.

En el taller de don Vicente, maestro de varios jóvenes ta-- lentosos, el joven Gabriel encontró un ambiente favorable para su in-- clinación artística. El famoso pintor, bueno por naturaleza, le acogió como a su propio hijo, enseñándole pintura y preferentemente dibujo.

En sus momentos libres, lee todo lo que encuentra en la casa del maestro que viajaba por Europa y tenía en su biblioteca varios li-- bros españoles y franceses.

Dos años está Plácido en el taller de Escobar, aprendiendo -- dibujo y también ciertas nociones de francés. Su carácter indiscipli--

nado y su inclinación de vagabundo le hacen dejar a don Vicente para -- entrar en la imprenta de José Severino Boloña.

Sin comprender su niñez, sería inexplicable su gusto de vagabundo. Todas las circunstancias de su estancia en el taller de Vicente-Escobar indican que Plácido se sentía allí bien, que el maestro le favorecía y que le facilitaba las lecturas. No tuvo razones para abandonar el taller, como tampoco después la imprenta. Lo que le faltaba a Plácido era la estabilidad que nadie le inculcó. De aspecto débil, delicado y fino, luchando por vivir, nunca logra un sentimiento de seguridad social y económica. Desde luego, cambia profesiones y el poeta busca algo nuevo, con la esperanza de encontrar una posición más prometedora y más sólida.

Don José Severino Boloña, impresor de Marina y familiar de la santa Inquisición era, según algunos, el primer impresor de Cuba. Aficionado a la poesía, solía componer décimas en conmemoración de fiestas familiares y ciertos sucesos locales o populares. Quizás fué él quien despertó el alma poética del joven Gabriel, que bajo la influencia del impresor, empezó también a improvisar cuartetos y sonetos, satisfaciendo las numerosas demandas de sus amigos y vecinos.

Boloña comprendió a Plácido y presintió en este "octavón" algo de genio, a pesar de su ignorancia y falta de educación. El impresor era muy liberal para con su discípulo; le estimulaba con sus consejos y le animaba no sólo a componer, sino también a escribir epigramas, sonetos, cuartetos y décimas. Dedicado a grandes negocios que hacía con la Marina, don José encontraba bastante tiempo para especies de torneo en los cuales fué vencido por el joven poeta que más fácilmente que su maestro manejaba el verso. Boloña, orgulloso de su pupilo por su fama de poeta, invitaba a menudo a los amantes de las letras, ansiosos de ver y oír a Plácido. Su facilidad de versificar asombraba a todos. La imprenta de don José se convirtió pronto en un centro literario donde Plácido, en la medida en que se iba improvisando, empezaba a tener conciencia de su valor poético.

El poeta se quedó en la imprenta de Boloña durante dos años -- que fueron, probablemente, los más felices de su vida. Pero inquieto en las más profundas capas de su "yo", no puede permanecer mucho tiempo o para siempre en un lugar y tampoco es capaz de abrazar tranquilamente -- una profesión que le asegurara cierta comodidad material.

La peineta y otros adornos de carey estaban entonces en boga -- entre la alta sociedad femenina de la Habana y Gabriel, en su constante búsqueda de algo nuevo, deja la imprenta y a don José, para dedicarse a la mencionada industria.

Durante cuatro años de aprendizaje, hasta la edad de 16, ha -- cambiado cuatro profesiones: la carpintería, la pintura y el dibujo, la imprenta y al fin el rudo carey. Vivir buscando, sostenerse y ganar el pan, he aquí el problema constante del poeta. Más el trabajo físico no es para él un fin, sino un medio.

Cuando tiene tiempo disponible, lee todo lo que cae en sus - manos. En aquella edad, el poeta ya se da cuenta que no basta improvisar versos fáciles; él empieza a comprender su falta de instrucción y hace esfuerzos para llenar, donde y como puede, sus profundas lagunas - en el campo educativo.

Siente que su vocación no es la de impresor o peinetero, que su destino es más alto y más profundo: ser poeta. Pero al mismo tiempo con este instinto de preservación que señala en la vida los peligros, - también se da cuenta que bastardo, solitario, octavón y "casi" blanco, sin hogar y sin medios económicos asegurados, como lo era él, es - difícil vivir de la poesía; por eso busca en el trabajo manual cierta seguridad material que le permitiría improvisar y escribir versos.

(1) Véase la "Selección poética." p. 90.

(2) Véase la "Selección poética" p. 92.

(3) F. Calcagno - Poetas de color. - Habana, Imprenta Mercantil, 1887, p. 8.

II.- LAS PROFESIONES DE PLACIDO.

PEINETERO Y POETA.

Hay poetas de los cuales podría hablarse sólo como tales, sin que fuera necesario y preciso narrar su vida para apreciar el mérito de sus versos. No es este el caso de Plácido. Sin evocar su triste vida, — la mayor parte de la poesía placidiana sería incomprensible. Hay que — recordar que a veces vendía versos para mantenerse, otros los componía — para complacer a sus amigos y por último, los escribía antes de su muerte, frente a sus asesinos.

Plácido ganó buena fama como poeta y también como peinetero. — La Habana de entonces, con sus cien mil habitantes, era bastante pequeña como para que se dieran a conocer artesanos de alta calidad. El rígido — carey se transformaba en las suaves manos del poeta en peinetas que — gustaban mucho a las damas habaneras. En la Platería de Misa, situada — en calle Dragones en la Habana, aprendió el oficio de peinetero; pero — Plácido no se quedó allí ya que trasladóse al taller de don Antonio — Prats en la misma capital.

Dinero, dinero, dinero ... le faltaba siempre. Plácido creció y se formó en un ambiente de pobreza y aún, después de haber abandonado su hogar familiar, no cambió su fortuna y su penuria fué constante. Al mismo tiempo que trabajaba en el taller de Prats como peinetero, prestaba también servicios de calígrafo en dos casas comerciales habaneras. Además de su trabajo, componía versos circunstanciales con motivo de — las bodas de sus amigos o de sus clientes, para felicitar a personas de su amistad, etc. La estrechez económica le obligaba a vender sus versos, — por los que recibía dinero o los restos de una buena comida. A sus amigos y protectores dedicaba los productos de su inspiración. A Ramón Vélez y Herrera, a Ignacio Valdés y Machuca, al Dr. Manuel González del — Valle, el poeta demostraba su gratitud, dedicándoles versos; Plácido — tenía ciertas obligaciones para con ellos que a menudo le explicaban y — enseñaban varias reglas poéticas.

Así también cultivaba la amistad de Sebastián Alfredo de Morales, de José María Heredia, de Andrés de la Flor, cubano de origen y general del ejército mexicano, y de muchos otros.

Dado que no tenía casa propia, era siempre invitado; mas no — podía corresponder de la misma manera y por eso el poeta hacía de su — lira un arma para defenderse que era también un medio para hallarse — un camino en su vida solitaria. El poeta, según José Manuel Carbonell y Pivero, amenazado por el hambre, hizo del arte tienda y almoneda.

La miseria material y la inquietud espiritual, la soledad y — la tristeza, hicieron de él un caminante perpetuo; no tenía y tampoco —

quería tener trabajo y lugar fijos. En la capital cambia profesiones y, desde luego, de patronos. Una vez trasladado a Matanzas, efectúa viajes a Villa-Clara, Trinidad, Sagua la Grande, Cienfuegos, Remedios, etc., — trabajando como peinetero y siendo a la vez colaborador en "La Aurora de Matanzas", "El Pasatiempo" y el "El Eco de Villa-Clara", componiendo — versos para venderlos o en reconocimiento de la ayuda que recibía de algunas personas.

A fines del año 1826, deja la capital cubana y va a Matanzas.— Su primera estancia allí dura casi seis años. Como peinetero trabaja en el taller de don Nicolás Bota y Ponce de León. Un poeta matancero, Dámaso García, mulato libre y propietario de una platería se hace gran amigo del poeta, y con él, Plácido frecuenta a varias personas de color cuyas amistades servirán, muchos años después, como puntos de acusación contra el poeta en el famoso proceso de la "Escalera".

En 1832 regresa a La Habana ya famoso, tanto en la industria de la peineta como en el campo de la poesía. Su amor por la negra Fela, que el poeta conoció un año antes, durante sus frecuentes viajes de Matanzas a la capital, es la causa primordial de su nueva mudanza. En La Habana reside hasta 1836, es decir cuatro años.

En el año de 1834 aprovechó la ocasión para hacerse conocer como verdadero poeta: el primero de mayo los poetas cubanos rindieron homenaje al político y escritor español don Francisco Martínez de la Rosa. Se trataba de un hombre de ideas liberales que fué desterrado — por el despótico Fernando VII, y que en 1822, dos años después de su regreso a España, recibió la Presidencia del Consejo, la cual guardó poco tiempo. Martínez de la Rosa era el autor de un Estatuto, promulgado en los primeros años de la regencia de doña María Cristina, por el que se otorgaron ciertos favores políticos a la Isla. En la constelación política de aquella época, don Francisco fué considerado como amigo de Cuba en contraste con Miguel Tacón, Capitán General de la Isla, enemigo de reformas políticas en favor de la colonia y como hombre de letras, conocido como autor de obras líricas, de varias comedias, dramas y novelas históricas.

El homenaje a Martínez de la Rosa tuvo lugar en Arroyo Apolo, a iniciativa de dos poetas cubanos: Ignacio Valdés y Machuca y Francisco Iturrondo. Plácido participó en el festejo literario junto con la pléyade de los mejores poetas cubanos. Cada uno de los concursantes preparó y leyó una poesía. Plácido salió vencedor del certamen con su "Siempre viva", composición en octavas reales. El conocido humanista italiano Pablo Veglia presidió la justa poética, y todos aplaudieron al poeta que no tuvo serios competidores. Con la victoria literaria obtenida en este certamen, Plácido conquistó una fama que se extendió a través de toda Cuba y fuera de la Isla. Adquirió un gran prestigio poético y no fué más un improvisador en las fiestas familiares sino uno de los poetas cubanos más conocidos. Sin embargo, su posición económica no cambia y aunque hubo obtenido honores literarios, no abandona su profesión de peinetero. A pesar del triunfo, su inquietud espiritual continúa y el poeta no cesa de viajar entre La Habana y Matanzas.

Conviene aquí citar algunos de los versos de la "Siempreviva" (1) que le dió renombre de gran poeta:

En loor de Don Francisco Martínez de la Rosa

"Antes que torne en rojo el horizonte
La clara luz del sol resplandeciente,
Y con variados trinos el sinsonte
Baje a imitar la murmurante fuente;..."

Hablando de don Francisco como "dulce esperanza de la Hispana gente", añade el poeta:

"¿Y quién por su saber y patriotismo
Más digno fuera de tan alta gloria
Que tú, cuya aversión al despotismo
Nos asegura perennal victoria...?"

Manuel Sanguily y otros que calumniaron a Plácido, durante su vida y después de su muerte, olvidaron que el poeta entró al campo de la poesía cubana con la "Siempreviva", donde la expresión del odio al despotismo es evidente sin duda ninguna.

En 1836, Plácido regresa y se instala de nuevo en Matanzas, donde a partir del año 1837, empieza a colaborar en "La Aurora de Matanzas". Este periódico era entonces uno de los mejores en la Isla y de todos los dominios españoles. El director Juan José Romero explotaba la facilidad de Plácido de componer versos y frecuentemente se leían sus sonetos, odas, etc., dedicados a celebrar a la Reina y a los potentados españoles coloniales, prostituyendo su capacidad por el poco dinero que le pagaba el dueño del periódico. El escribir versos lisonjeros a los españoles, enajenaba a Plácido las simpatías de los cubanos patriotas, blancos y negros a la vez. Pero en la misma "La Aurora de Matanzas" se publicaron también los versos inmortales de Plácido, entre otros, los sonetos "A Grecia" y "A Polonia" y otros, que dieron fama y reputación no solo al poeta sino también al periódico donde éste colaboró.

Aún sus mejores amigos, o aquéllos que se consideraban como tales, no podían comprender la vida difícil que llevaba el poeta. El director del periódico le pagaba un sueldo mensual de 25 pesos; Plácido colaboraba también en "El Pasatiempo" y además tenía ingresos por su oficio que prestaba en el taller del ya mencionado amigo suyo, Dámaso García. Sin embargo, el total de sus entradas no le permitía vivir decentemente y se vió obligado a pagar con versos sus almuerzos y cenas, cuando la gente le invitaba a comer.

Quizás, esta producción forzosa de versos, obligación que ejecutaba por necesidad, era una razón más de sus viajes y frecuente cambio de domicilio. Para el periódico matancero tuvo que escribir diariamente una poesía y el faltar a su deber significaba para el pobre poeta la pérdida de una parte de su miserable sueldo. Por otra

parte estaba cansado de continuar así su vida y quizás en sus rápidas-fugas encontraba cierto alivio en su inquietud espiritual.

Ni los calumniadores de Plácido, ni aún sus amigos, gente de cierta comodidad material, se hallaron en una situación semejante y -- por eso no pudieron comprenderlo.

En 1840, Plácido se muda de nuevo, esta vez al interior de -- la Isla; va a Las Villas, donde la industria de peinetas estaba toda-- vía en boga, mientras que en La Habana y en Matanzas el uso de los -- adornos de carey haya decaído considerablemente y el poeta estaba sin-trabajo. A pesar de sus múltiples ocupaciones le faltaba el dinero ne-cesario para emprender los preparativos del viaje. Pide y obtiene del-director de "La Aurora de Matanzas" un préstamo de tres onzas con la -- única condición de que entregase cierta cantidad de poesías antes de -- salir de la ciudad.

"Así fué en efecto -- cuenta Sebastián Alfredo de Morales, -- redactor del periódico y gran amigo de Plácido -- pues a los-diez días transcurridos compareció en la Redacción, donde en ese momento me hallaba yo escribiendo para el periódico, y -- me alargó un rollo de papel que traía, diciéndome: --Amigo -- Lince, (era este mi seudónimo literario), cumplida está la -- promesa del poético trabajo.

Desaté el rollo y ví con sorpresa varias composiciones nota-bles y entre ellas los sonetos A GRECIA, A POLONIA, UNA LA--GRIMA DE SANGRE, A VENEZIA; otros sonetos, fábulas y roman--ces..." (2)

Cerca de diez meses se queda Plácido en Santa Clara y ejerce al mismo tiempo sus dos habituales profesiones: la peineta y la poesía, abre un taller y colabora en el periódico "El Eco de Villa Clara", don-de deja una numerosa producción poética, entre otros, los sonetos "A -- Villa-Clara", "La Envidia" y la poesía "El Santo de Nise", que hasta-hoy día, los guajiros cubanos cantan al son de la guitarra.

Ya durante su primera estancia en tierra adentro, fué vigila-do por la policía; se le tiene miedo por ser popular como poeta, reci-bido en todas las capas de la sociedad y en particular por los ricos -- hombres de color. Arrestado, adquiere la libertad, gracias a la inter-vencción de un acaudalado hombre de negocios de Santa Clara. Mas la vi-gilancia policíaca continúa.

A fines del año 1840, regresa Plácido a Matanzas, la ciudad-- de los dos ríos, con pobres recursos económicos. Se queda, como siem--pre, en la penuria. Allí permanece hasta el mes de marzo de 1843 y publi-ca "El Veguero" con una dedicatoria a sus amigos de Santa Clara. Sigue colaborando en "La Aurora de Matanzas" y también vende peinetas.

Así pasan dos años hasta que el 27 de noviembre de 1842 se -- casa con María Gila Morales. Después de tres meses de casados, efectua-su segundo y último viaje a tierra-adentro y pasa por Sagua la Grande,

Villa-Clara, Cienfuegos, Remedios y Trinidad.

Las autoridades sospechan que sus viajes no son sino preparativos para un levantamiento de la gente de color contra el poder español. La popularidad del poeta era grande y en cada ciudad festejaban su llegada con banquetes y recepciones. Los españoles vigilan sus pasos, le ponen obstáculos durante su viaje de una ciudad a otra, averiguan a menudo sus documentos y equipaje, y finalmente arrestan a Plácido el 6 de abril de 1843. Esta vez, el poeta pasa seis meses en la cárcel.

Aunque es puesto en libertad en el mes de octubre de 1843, un documento del Gobernador de Trinidad demuestra claramente que el gobierno colonial no dejaba de sospechar de Plácido:

INFORME DEL GOBERNADOR DE TRINIDAD.

Gobierno
Político y Militar
De Trinidad y Villas.

"El pardo Gabriel de la Concepción Valdés, a quien por este Gobierno se ha expedido licencia para esta ciudad, ha estado preso seis meses en la cárcel de esta, como iniciado en una causa de conspiración de que hubo indicios en la Villa de -- Sta. Clara; mas habiéndose depurado su inocencia según se -- comprobó en el proceso seguido con tal motivo por el Tribu-- nal de la Comisión Militar fué absuelto y con la correspon-- diente aprobación del Etimo. Sr. Gbor. Gral. fué puesto en -- plena libertad.

Este no obstante, y en consulta que recayó a la precitada -- sentencia, se opina que sería conveniente, que la autoridad territorial donde fuese a residir dicho individuo, estuviera al tanto de su comportamiento y le exigiera que en término -- de quince días se ocupara útilmente; he creído de mi deber -- transmitir a V.E. estos para que con arreglo a ellos pueda -- tomar las disposiciones que crea conveniente a que se lleve -- a efecto lo determinado por la superioridad, en el concepto -- de que he tenido lugar de observar su conducta durante el -- tiempo que aquí ha permanecido en libertad, y encuentro ser -- esta bastante mala: no se le ha conocido ocupación ninguna; -- es hombre sospechoso, y en mi concepto perjudicial su perma-- nencia en la Isla".

Dios guarde a V.E. ms.as. Trinidad, 15 de novb. de 1843.

Pedro de la Peira.

Al Sr. Gobernador de la ciudad de Matanzas.

Plácido llega a Matanzas en los últimos días de noviembre de 1843 y disfruta de la libertad hasta el treinta de enero del año siguiente. Arrestado en ese día, pasa en la cárcel sus últimos meses hasta la ejecución.

(1) Véase la "Selección poética", pp. 118 a 121.

(2) Plácido - (Gabriel de la Concepción Valdés) -

Poesías completas Prólogo por Sebastián Alfredo de Morales, Habana, 1886, p. XXV.

III.- LAS MUJERES EN LA VIDA DE PLACIDO.

La vida amorosa del poeta está llena de decepciones y de amargura. Las mujeres no querían a Plácido, a excepción, si podemos hacer confianza en el poeta, de la negra Fela, su "gran amor".

Explicar este hecho sería difícil, ya tanto el amor como la simpatía el cariño y el odio, no están sujetos a la lógica, sino a lo irracional.

¿Porqué tenía dificultades con las mujeres, un hombre bueno, gentil, suave, cortés, y además poeta de palabra fácil, invitado frecuentemente y bien visto en todas las capas de la sociedad cubana, que le aplaudía por sus sonetos, décimas, quintillas y octavas? Si se supone, que la octava parte de sangre africana le dificultó sus experiencias amorosas con las mujeres de color blanco, queda sin explicación el hecho de que Plácido tuvo también poco éxito con mestizas y con negras. Además, su padre, un cuarterón, supo conquistar a una artista blanca española, sin contar otras "victorias". Es decir, el obstáculo no residía en la sangre africana, ni en el color un poco oscuro de la piel, sino en algo más profundo que data desde su infancia.

Plácido no fué un aventurero de costumbres fáciles como lo fué su padre. Abandonado por su madre en los primeros instantes de su vida, es la abuela paterna ciega el único contacto femenino que el niño tenía en su casa. Crece sin el cariño y las ternezas de la madre, le falta el calor y la atención, que las madres habitualmente conceden a los hijos. El futuro poeta carecía de un hogar familiar propiamente dicho. La abuela preparaba, cuando tenía recursos, la comida, la cama, y abastecía lo necesario de la casa. Mas la desdicha sentimental le acompaña desde su niñez, ya que no tenía una madre que representa para un varón la primera experiencia amorosa en su vida. El miedo de Plácido de que la mujer querida lo rechazara— como lo había hecho su madre, le dominaba constantemente.

Como marido, su gusto de vagabundear, no lo hacía apto para casar con una mujer.

Su vida amorosa empieza desde muy temprano. Así lo testifican sus poesías de contenido sentimental. Narra su primera experiencia con ironía y amargura:

MI AMOR (1)

"El diablo tentóme un día
Al saber lo que es amor;
Digo que me tentó el diablo,
Y voy a dar la razón.

Dios no inspira cosas malas,
Y esta tan mal me salió,
que estoy medio condenado;
Luego no pudo ser Dios."

Hecha la explicación y después de haber echado la culpa al -- diablo que le ha tentado, confiesa el poeta:

"Como nunca las resultas
Un joven reflexionó,
Y yo era joven, sin juicio
Y de ardiente complexión."

La cálida tierra cubana y su ardiente sol tropical agitan -- prematuramente las pasiones de la juventud. El joven Plácido no era un caso excepcional y:

"Héme aquí hecho un Macías
Un Otelo, un trovador,
Sin conocer a mi Elvira,
Mi Edelmira o mi Leonor
Vamos, que después de varias
Que me lanzaron un NO
Alcancé un SI de una iguana
Con sus picos de escorpión."

Hay que notar la expresión "iguana", para definir a la muchacha ignorante a quién Plácido "hace la corte" y con buen éxito. En este caso emplea, como siempre, su método predilecto: la musa, y como dice -- el poeta:

"La hice sonetos, quintillas,
Octavas y ... que sé yo,
Ella al fin las aplaudía
sin entender un renglón."

Conquistada la "iguana", por medio de la palabra mágica del -- poeta que tiene influencia sobre la ignorante, el poeta nos cuenta que:

"Gozamos de paz un año,
Por la sencilla razón
Que eramos feos y pobres
Mandados a hacer los dos."

Plácido, joven e inconstante, olvida los esfuerzos suyos de -- la "conquista" y se ocupa de otras. La "iguana", según la narración del poeta, "le dio arañazos" y "hubo accidentes y males del corazón"; que -- conducen a la irremediable ruptura entre ellos:

"Fuime a dormir: otro día
Y un mes y otro mes pasó:

Por un billete me dijo:
CONCLUYOSE NUESTRO AMOR
Como si fuese precisa
aquesta declaración,
Para dar por concluida
Cosa que nunca existió.'

Así termina su primera experiencia amorosa y después de haber contado sus peripecias y accidentes, el poeta promete:

"Y si llego allá con vida,
Juro con solemne voz,
Que no volveré en mis días
A probar lo que es amor."

Jura, sin cumplir su juramento. El sexo bello lo atrae durante toda su corta vida, buscando una mujer, que sea toda ternura, comprensión y devoción, que le quiera, no por sus versos, sino por él. -- Mientras tanto se divierte en dar consejos a las bellas:

".....cuando niñas
ningún galán las merece,
Unos son malos por flacos
y esqueletos les parecen,
Otros les parecen malos ...
...Aquél por hablar con todas
Por ser muy callado éste,
El último es mudo y tonto
El primero desvanece.
En fin, ninguno les gusta..."

Escogiendo sin fin y rechazando a todos, llega el momento en el que:

".....la niña va
pasando los veinte y siete
... Los treinta llegan...
... Los cuarenta se avecinan...
... Ya va caminando a mona
Y de tal pelaje al verse,
Por no quedar para tía
se casan con cualquier Pepe."

Concluye con un consejo:

"...¡Ay! dejad esas manías,
Desterrad esos desdenes..."(2)

El poeta da consejos al sexo bello, mas no puede aliviar sus penas, ni ayudarse a sí mismo.

Durante su estancia en Matanzas, cuando tenía 18 años, glori-

ficó en sus versos a una beldad de esa ciudad. Conoció a las orillas -- del Yumurí a una mujer mestiza, que según el poeta, era verdaderamente hermosa:

"Era su frente brillante
Como del amor la estrella
Sus ojos vivos y hermosos
Negras y largas sus trenzas,
De marfil su dentadura,
Su boca purpúrea y bella,
Y su cutis fresco y blanco
Como la flor de la cera.
De su voz el eco suave
Me hizo conocer a Lesbia
Con la cual bailé mil veces
De Pueblo-Nuevo en las fiestas.
¿Podré dudar que me ama
Esta inocente belleza,
Tan sencilla, alegre y pura
Como la flor de la cera?" (3)

Es difícil saber si Plácido estuvo enamorado ya antes de encontrar a la mujer matancera, que inspiró la canción "La flor de la -- cera". Lo probable es que sí, sin que el poeta lo haya expresado en un poema. De todos modos, el primer amor del que tenemos noticias claras -- y seguras, es el que sintió por "Delia" o "Lesbia", seudónimos que -- sirvieron al poeta para ocultar el verdadero nombre de su bella mesti -- za.

Parece que "Lesbia" era hermosa, pero vanidosa y altiva y -- Plácido en vano buscaba en ella lo que le faltaba tanto, es decir, un -- amor recíproco. Al cabo de algún tiempo se dió cuenta que es inútil -- adorar a esa fría beldad matancera y según dice el poeta "abandoné sus -- gracias al olvido" (4)

A María Josefa, llamada por el poeta Filena, la conoció al -- algún tiempo después de su fracaso con "Lesbia" en uno de sus frecuentes viajes que hacía de Matanzas a la capital cubana. Filena, habanera, -- era también mestiza, pero de color más moreno y menos bella que la ma -- tancera. Le juraba su eterno amor, y el poeta pensaba haber encontrado la compañera comprensiva. Pero Filena, durante las continuas ausencias de Plácido, se olvidaba fácilmente de sus juramentos de amor eterno -- que prodigaba con tanta exuberancia y mientras tanto, se consolaba con otro hombre. Lo inevitable, en este caso, aconteció; en uno de sus rá -- pidos y no anunciados viajes a la Habana, descubrió la inconstancia de Filena, que causó un golpe casi mortal al desdichado poeta. Por segun -- da vez una mujer lo abandona, la tragedia de su niñez se repite, y tan desconsolado quedó el pobre hombre, herido en lo más vivo de su alma, que pensó suicidarse. Mas afortunadamente era religioso y no ejecutó -- su pensamiento. En su epístola "A mi amigo A.A.R." nos cuenta esta -- historia de amor:

"....quise a Filena, y confiado
 En la constancia que me habla ofrecido,
 Partí lloroso a la serena orilla
 Del claro Yumuri: no quedó risco,
 Ni verde palma, ni menuda arena
 En las riberas del fecundo río,
 Que no me oyeran pronunciar su nombre
 Mil veces por el eco repetido.
 Torné por suerte de contento lleno
 Con ansias de abrazarla ¡qué delirio!...
 Ya era tarde, la ingrata... fué perjura,
 Otro era dueño ya de su albedrío.
 Lloré, me entristecí, y arrebatado
 Atentar contra mí quise yo mismo,
 (Tanto puede una aleve, que el más cuerdo
 Hará que pierda la virtud y el juicio)." (5)

En 1831, a los 22 años de edad, se enamora de nuevo, esta vez de una negra, educada y culta. Rafaela era hija de esclava, pero sus amos que no tuvieron hijos, le dieron una educación esmerada. Era buena por naturaleza, dulce y suave, tocaba el piano y el arpa y sobresalía en el canto. Guapa, de cuerpo bien formado, y cuyo rostro tenía una expresión de dulzura y melancolía a la vez.

En Fela, encuentra el poeta una compañera que le comprende y con la cual, durante su estancia en la Habana, pasa horas enteras contándole sus desdichas y penas. Por fin, pensaba el poeta haber encontrado una mujer de aspecto, para él, agraciado, que le entendía. Para Plácido, Fela era:

"..... la más dulce y pura
 Joven que vieron de Colón los hijos,
 La virtud, la modestia y la constancia
 Fran sus más preciados atractivos.
 (Prendas bien raras en la edad presente)..." (6)

Después de haber fracasado con "Lesbia" y con Filena, el poeta no busca más belleza ni sensualidad. Se contenta con la virtud, la modestia y la constancia de una negra. El poeta anota melancólicamente que estas cualidades son bien raras en su edad, ya que su amarga experiencia lo hizo llegar a esa conclusión.

Fela vivía en la capital y Plácido en Matanzas. El poeta hacía frecuentes viajes para estar con ella, con su "amada Fela". No deja ocasión alguna para demostrarle su amor y su devoción. El poeta dedicó a Fela mayor número de poesías que a todas las otras mujeres juntas. En un soneto para su día de cumpleaños, el poeta expresa así su amor:

A MI AMADA, EN SU DÍA.

"Adorada y hermosa prenda mía

Fin de mis penas, dueño a quien amantes
Holocaustos ofrezco por instantes,
¿Que sacrificio haré por ti en tu día?

Como estilo de toda poesía,
Pudiera coronarte de diamantes
Y ofrecerte zafiros y brillantes
Y en copa de oro el néctar de ambrosía;

Pero no quiero hallarme confundido
Entre la multitud que con orgullo
Brindaron todo lo que no han cumplido,

Porque nunca ofrecieron nada suyo:
Y tan sólo consagro a tí rendido
"Mi corazón que siempre será suyo". (7)

Durante la vida de Fela, el poeta le dedica otras poesías, --
en las cuales exalta los negros ojos de su amada que son:

"..... mi gloria,
mi único bien, mi Dios, mi luz, mi guía,
Si risueños me miran ¡qué victoria!
Si me ven con desdén ¡desgracia impía!
Ellos solos ocupan mi memoria;
Pues lucen para germen de alegría
Como azabache en concha nacarada
"Los negros ojos de mi prenda amada". (8)

Quizás, los ojos negros de Fela, y de nadie más, ocupaban, es-
ta vez, "la memoria" del poeta. Mas la felicidad de Plácido no fué --
completa, ya que los ojos negros de su "prenda amada" se fijaban tam-
bien en un rival, apellidado Pilar González, que hacía esfuerzos, su-
ponemos bastantes serios, para ocupar el primer lugar en el corazón de
la negra. Quizás, Fela tenía sus razones para no creer al poeta que en
una de sus canciones confiesa:

"Cuando contemplo el rostro
de una gallarda ninfa,
Mi eternidad es ella
Y el mundo se me olvida.
Entonces como un ángel
De la región Empírea
Preséntamela siempre
Mi ardiente fantasía:
Mas a tocar llegando
La realidad divina,
Encuentro un ser humano,
Que la ilusión me quita." (9)

Fela, probablemente, se daba cuenta de la inconstancia de --
Plácido en el amor y aunque no haya leído esta canción del poeta, co--

nocia al poeta bastante para juzgarlo y no creer en sus numerosas promesas de amor "eterno". La desconfianza de Fela es la razón de que -- permitiera que un rival de Plácido le hiciera también la corte. Una -- mujer, que quiere a un hombre sin temor, no admite rivales de su amante.

Aunque la bella y graciosa letrilla "La Flor de Café" no se refiere a Fela, ya que el poeta la escribió varios años después de la muerte de ésta, importa citarla aquí, cuando se trata de la vida amorosa del poeta, porque demuestra su estado de alma y lo que las mujeres pensaban de Plácido.

En esta letrilla de amor el poeta afirma que está prendado -- de una hermosa, por quien estaría dispuesto a dar la vida, si ella le -- "acoge cariñosa", ya que es cándida y hermosa, con sus ojos refulgentes y sus menudos dientes, blancos, parejos y lucientes, "como la Flor del Café".

El poeta pregunta:

"....¿Me amas, Flora,
y más cantares te haré,
Que perlas llueve la aurora
Sobre la Flor del Café?"

añadiendo:

"Ser fino y constante juro,
De cumplirlo estoy seguro,
Hasta morir te amaré,
Porque mi pecho es tan puro
"como la Flor del Café".

Según las promesas, juramentos y afirmaciones del poeta, -- Flora tiene que estar convencida en su amor. Mas no sucede así; ella -- tiene sus dudas y parece no tomar al pie de la letra sus efusiones -- amorosas ya que el poeta nos dice a continuación, que:

"Ella contestó al momento
--"De un poeta el juramento
En mi vida creeré,
porque se va con el viento,
"Como la Flor del Café".

Quando sus almas fogosas
Ofrecen eterna fé,
Nos llaman ninfas y diosas,
Más fragantes que las rosas
"Y las Flores del Café".
Mas cuando ya han conseguido,
Cual céfiro que embebido
En el valle de Tempé

Plega sus alas dormido
"Sobre la Flor del Café".

Entonces, abandonada
En soledad desgraciada
Dejan la que amante fué,
Como en el polvo agostada
"Yace la Flor del Café."

La respuesta de la mujer demuestra, sin duda su agudeza de vista y perspicacia. Conocía al poeta como persona inconstante y andariego que no tenía las cualidades y virtudes de un amante perfecto. — Por eso admite el amor de otros hombres. El poeta, respondiendo a la queja de la mujer, le aconseja:

".....Tanta queja
Suspende, Flora, porque
También la mujer se deja
Picar de cualquier abeja
"Como la Flor del Café". (10)

Mas aún esta dicha del poeta, compartida con su rival Pilar-González no pudo durar más que unos años. Plácido no nació para ser feliz:

"Aun están en mi oído resonando
De los fúnebres carros
Las terríficas ruedas
Que conducen por plazas y alamedas
Los recientes cadáveres del cólera". (11)

En uno de esos fúnebres carros se fué para no volver más, — Fela, la querida del poeta, víctima de la epidemia que estalló en los primeros meses del año de 1833. A Plácido, hombre de profundos sentimientos religiosos, esta terrible muerte causó una violenta conmoción. Ante el cadáver de la mujer querida, su dolor es sincero y sin límites. En sus momentos de pena y aflicción, el poeta olvida los celos y con un gesto noble dedica a su rival Pilar González una poesía: "En la muerte de Fela", en la cual llora su pérdida.

".....estimado Pilar
Como amigo verdadero
En lúgubre lamentar
Que me acompañe espero
Mis desdichas a llorar.
Ya murió, ya murió, sí,
"La Fé" que el mundo envidió,
La estrella con que nací,
!Ay! yo la ví que expiró
Ya murió... triste de mí".

Plácido dirige la palabra a su ex-rival y alaba la conducta-

ejemplar del último:

"Yo sé, Pilar, cuanto hacías
En obsequio de mi amada
Y que amistad le tenias
Y algo más; pero así en nada
Mi honor ni el tuyo ofendías.
Por ser cosa natural
Que unánime dos estén,
Y no porque en caso tal
Quisieras tu a Fela bien
Debo yo quererte mal.
...Nuestra situación retrata
Dos cazadores, que en vano
Corren por ver quien mata
La paloma, y un milano
A su vista la arrebatá..." (12)

Habia creído tener en sus manos la felicidad y haber encontrado la mujer que buscaba, mas la terrible muerte le arrebató todo. Plácido se despide de Fela con palabras conmovedoras:

..."Ya para mí no hay gloria,
Todo mi bien llevóselo la muerte;
Triste recuerdo de fatal memoria
Píntame solo de mi adversa suerte;
Pues la pasada historia
Paréceme ilusión corrida en sueño,
Y despertando de letal beleño
Al golpe de la parca furibunda
Atónito y lloroso considero
Que cual brilla el relámpago ligero
"Así pasan las glorias de este mundo". (13)

Fela fué su único amor que no terminó en una franca decepción. El cielo fué piadoso quitándole a su amada, pero dejándole la ilusión. Plácido, después de la muerte de Fela, la idealiza más y más y ya no pudo olvidarla hasta su último momento de vida. En su carta a su esposa, antes de ser fusilado, el poeta envía su reconocimiento a Fela; este gesto demuestra el lugar preferido que Fela tenía en su corazón.

En su soneto: "En los días de Fela, después de su muerte", exclama:

Tú cariñosa y pura, me ofreciste
A despecho del hado y cruda suerte,
Amarme hasta morir... ¡Ay! lo cumpliste

Y yo imitando tu constancia fuerte,
Si es demencia adorar lo que no existe,
"Juro amar tu memoria hasta la muerte". (14)

Es justo consentir con el poeta que en este caso cumplió enteramente su promesa. El hecho de que Plácido recordara a Fela en el cadalso lo demuestra de una manera evidente.

Durante tres años vive solitario, y a cabo de este tiempo encuentra a una mujer blanca y hermosa, que el poeta llama "Celia", para ocultar, como en el caso de "Lesbia", su verdadero nombre. Es la única mujer blanca con que Plácido se ligo, mas aquí, de nuevo, se deja deslumbrar por la belleza exterior y no se da cuenta, que en su alma, "Celia" es una mujer fría, calculadora y traicionera. El poeta no tuvo con ella comunión espiritual, sino relaciones puramente maritales. Al cabo de un tiempo "Celia" engañó a Plácido de la manera más vergonzosa, tratando de hacerle creer, que un niño que esperaba, era de él, cuando, en realidad, era de otro hombre. Afortunadamente el poeta no se dejó engañar y rompió con "Celia", después de haber escrito los siguientes versos para aliviar su pena y desahogarse.

... "Cuando yo rodeado de pobreza,
A expensas de costosos sacrificios,
Sostuve entre infinitas privaciones
De mi leal palabra el compromiso;
Cuando cubriendo tus necesidades
Te consagré mi amor constante y fino,
Entonces nos juramos mutuamente
Sernos fieles y bien te lo he cumplido.
No así tú, que perjura y alevosa
Pagas traidoramente mi cariño:
Dáme un rival y con doblada astucia
Para colmo final del homicidio,
El triste fruto que en tu seno alientas
Quieres le reconozca como hijo.
Así lo hiciera, cuando pruebas claras
No tuviera, infeliz, de tus designios;
Pero ya cerciorado de tu infamia,
Ya que conozco tu fingir inicuo,
Y el arte veo con que eludir quieres
Las palpables verdades que yo he visto" ... (15)

Plácido sabe muy bien que es el otro amante de "Celia", el verdadero padre del niño. El no está dispuesto a reconocerlo y el inocente será huérfano desde su nacimiento, mas aunque lo sienta, no puede ponerse en ridículo.

En sus diversas aventuras sentimentales, Plácido no encontró ni la paz espiritual, ni la tranquilidad física. Tenía más de treinta años, y temeroso de no encontrar jamás la estabilidad de un hogar, decidió casarse. ¡Que error gravísimo! Podemos adivinar la profunda soledad del poeta, que le empujó a dar este paso y lo llevó a casarse con Maria Gil Morales.

En la canción : "Ya me caso", confiesa:

Antes era yo enemigo
Terrible del casamiento
Mas como dice el adagio
Que todo lo acaba el tiempo,
Con los años voy por grados
De mi oposición cediendo,
Y estoy medio convertido
A ser un socio del gremio". (16)

Placido habia sido acogido en el hogar de los padres de la negra, Doroteo Morales y Pilar Poveda, con cordialidad y con cariño. El ambiente de este lugar le gustó mucho, la alegría de la familia negra y su convivencia, contrastaron fuertemente con la soledad que le rodeaba.

Maria Gil Ramona, hija de la popular partera Pilar Poveda, atrajo al poeta por su obediencia filial y su empeño en los trabajos domésticos.

Así casó con una muchacha negra de la cual no estaba enamorado. Pensaba, sin duda que Gila, como él llamó a su mujer, por lo menos no lo engañaría y le trataría con el respeto que su superioridad intelectual le otorgaba. Quizas su amor por Fela, el único no desilusionado, puede haber contribuido en su decisión de casar con una mujer negra.

En el 27 de noviembre de 1842, da el paso decisivo y contrae matrimonio, según consta en el libro 4 de matrimonios de Pardos y Morenos, en el folio 106.

"- En la Iglesia Parroquial de San Carlos de Matanzas el veinte y siete de noviembre de mil ochocientos cuarenta y dos, habiendo procedido las diligencias ordinarias por ante mí: leídas las tres canónicas amonestaciones, según estilo, sin resultar impedimento alguno confesados e instruidos en el sacramento que iban a recibir, previo el consentimiento paterno de la contrayente con arreglo al Real Decreto de diez de abril de mil ochocientos tres.

Yo Dr. D. Manuel Francisco Garcia, Caballero de la Real Orden Americana de Isabel La Católica, Cura Beneficiado por S.M., Vicario Eclesiástico de dicha Parroquia, después por palabras de presente, según de Nuestra Sta. Madre Iglesia a DIEGO GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDEZ, natural de la Real Casa Cuna de la Habana, y a MARIA GIL RAMONA MORALES, de esta naturalidad, hija legitima de Doroteo y de Maria del Pilar Poveda, ambos solteros y de este vecindario, habiéndoles preguntado y tenido por respuesta su mutuo consentimiento, les previne se velasen en tiempo hábil bajo las penas establecidas por la Santa Sinodo, siendo testigos D. Manuel Medina y D. Manuel Valdés y padrinos D. José Salinero y Verdier, y Da. Ascención Valdés y lo firmé.- Dr. Manuel Francisco Garcia."

Un hombre hondamente religioso como Placido no pudo tomar los votos nupciales a la ligera y su desesperación al darse cuenta del

error cometido, debe de haber sido profunda. Gila que no era ni bella, ni instruída, ni culta, no ha podido sacar al poeta de su aislamiento, La presencia de su esposa hacia sentir al poeta más y más su amarga -- soledad. Pero no solamente en el plan personal fue su boda un fracaso-- completo, sino también le hizo mucho daño en la vida social, Las auto-- ridades, que desde tiempo atrás veían con recelo al popular poeta, -- juzgaron el matrimonio de Plácido como un desafío a la raza blanca y -- fijaron con más sospecha sus ojos en el poeta.

Plácido huye del lado de su esposa después de tres meses de vida matrimonial y emprende otro viaje tierra adentro.

Es muy significativo el hecho de que su lira enmudeciera de-- lante de Gila, su esposa. El poeta que había cantado con tanto entu-- siasmo la belleza de otras mujeres y expresado con ternura y sinceri-- dad sus emociones amorosas, no halló palabras adecuadas para la mujer-- con la cual se había casado. El matrimonio duró un año y siete meses -- sin tener hijos.

Como nota final se puede afirmar que el poeta no conoció en su vida sentimental sino amargura, decepciones, tristeza y desespera-- ción.

(1) Poesías completas de Plácido, 3a. ed. Paris Librería española de -
Mme C. Denné-Schmitz, 1862, pp. 17 a 19

(2) Ibid. pp. 29 a 32.

(3) Ibid. pp. 70 a 72.

(4) Ibid. p. 50.

(5) Ibid. p. 50.

(6) Ibid. p. 50.

(7) Ibid. p. 207.

(8) Ibid. p. 217.

(9) Ibid. pp. 54 a 55.

(10) Ibid. pp. 236 a 238.

(11) Ibid. p. 279.

(12) Ibid. pp. 251 a 254.

(13) Ibid. p. 260.

(14) Ibid. p. 74.

(15) Ibid. p. 218.

(16) Ibid. p. 40.

IV.- LOS RETRATOS DE PLACIDO

No existe un auténtico retrato de Plácido por la sencilla razón de que, en su tiempo, no había un arte fotográfico. Estaban entonces en boga las miniaturas y los retratos al óleo muy costosos. Los recursos económicos del poeta no alcanzaban para hacerse uno. Plácido tuvo la oportunidad de entregar a la posteridad un retrato, pero no la aprovechó.

A principios del año 1836, animado con los elogios de sus amigos, el poeta se decide a preparar para la prensa el primer libro de sus poesías, de acuerdo con el impresor don José Severino Boloña, su antiguo bienhechor y maestro. Mas la impresión de la obra tuvo que suspenderse por el siguiente incidente: el impresor exige que aparezca el retrato del poeta en la portada del libro. Según la voluntad autoritaria de don José, Plácido tiene que portar frac, chaleco y corbata, para que el público de aquella época acepte sus versos.

Humilde y modesto, el poeta rechaza la sugestión del impresor, alegando que sus amigos y todos que lo conocen se reirán de él, cuando vean el "elegante" retrato, puesto que no teniendo ropa semejante, nunca la había usado.

—"Es muy fácil, decía, que desaparezca por completo mi fisonomía bajo la tortura de la casaca, del chaleco y de la corbata, y además mis amigos dirán que alquilé arreos para disfrazarme de lechuguino sin blanca y sin pan. Ellos saben muy bien que el cordel que sirve de ropero en mi pobre habitación, jamás cuelga más que una destañida levita de arrañclán y un par de pantalones desflecados". (1)

El retratista aconseja al poeta aceptar la firme voluntad del impresor Boloña, ya que su opinión en este asunto es más importante que la de sus amigos. Plácido, con su quieta intransigencia, rechaza la oferta y está listo a renunciar a la publicación de sus primeros versos, sino se cumple su deseo de figurar en la portada con su indumentaria habitual. El retratista no tuvo otro remedio, sino hacer el trabajo al gusto de Plácido, en pechos de camisa y sin corbata.

El retrato no convino a don José que, herido en su amor propio, no comprendió la inesperada actitud de su antiguo discípulo. El impresor no utilizó el retrato y tampoco se efectuó la publicación del libro.

Leopoldo Horrego Estuch afirma con razón que:

"Esta conducta evidencia los sentimientos del poeta: aceptó su humilde suerte, y la llevó tal como era, sin hipócritas ocultamientos. Se opuso a un disfraz transitorio que desfi--

gurase su estado indumentarial, que se debía no a su comportamiento, sino a una imposición del maltrato social, por lo que no tenía que avergonzarse de su miseria. Esconder aquella realidad constituida para él, y lo era, un acto empequeñecedor, pues su estado era ajeno a su voluntad y a sus merecimientos. Quien tenía que sonrojarse era la propia sociedad que lo sojuzgaba y hundía. En el rechazo de cambiar de ropa hay el valor heroico de una condenación tan desafiante como firme, tan gallarda como objetiva". (2)

Mas colaborando en "La Aurora de Matanzas", su reputación literaria se acrecienta cada día más y sus versos se popularizan. Es entonces que un pintor matancero, Pio Dubrocq bosquejó la fisionomía de Plácido. El pintor Miguel Melero copió muchos años después el retrato de Dubrocq con la única diferencia que la copia está hecha al óleo y el original es a lápiz.

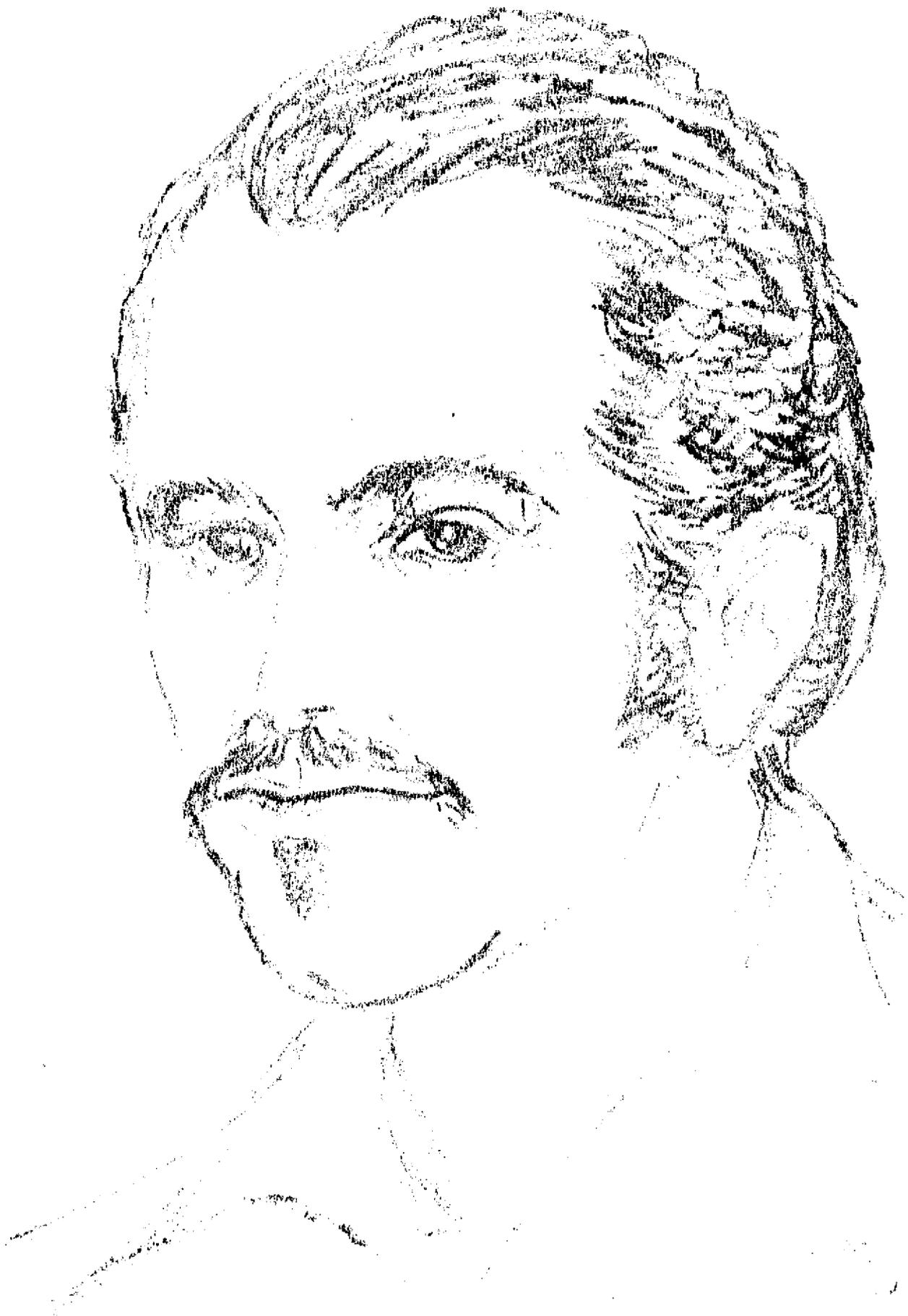
Pero Sebastián Alfredo de Morales afirma que un pintor gaditano, apellidado Rojas, hizo un boceto de Plácido en presencia del poeta cuando ambos se encontraban en la redacción de "La Aurora de Matanzas" en el año de 1842. Según Morales, Plácido no se retrató jamás, pero es verdad que lo retrataron. (3)

El boceto de Sebastián Alfredo de Morales, hecho por el pintor Rojas es más aceptable que el de Pio Dubrocq, ya que las descripciones hechas de Plácido por Ramón Vélez y Herrera, Antonio Bachiller y Morales y Pedro Gúiteras no difieren mucho de la de S.A. de Morales.

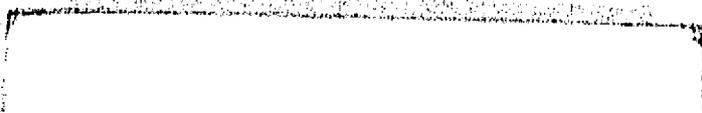
Hay oscuridad en la vida y en la muerte trágica de Plácido, faltan datos de su biografía; no existe siquiera un retrato auténtico del pobre vate cubano.

Según las descripciones de sus contemporáneos, Plácido era delgado de cuerpo y de estatura regular; su cara era oval y de color pálido; bajo la frente espaciosa se encontraban sus ojos negros, pequeños y vivos; nariz de tipo griego, pequeña y perfilada; boca fina con labios delgados y una dentadura blanca y sana. Su voz era sonora y su palabra elocuente e incisiva a la vez. Siempre amable y cortés, la expresión de su rostro tenía algo de tristeza y melancolía. Aunque vestido pobremente, era siempre limpio en su barata levita de tela de lino, adornada con una ligera cinta negra en lugar de corbata que nunca usaba. El sombrero y los zapatos de piel de becerro completaban la pobre indumentaria del poeta.

Era excesivamente humilde y nunca se irritaba. Jamás se embriagó aunque le gustaba la cerveza. Todo lo que le ofrecían, lo tomaba en pie, sin sentarse. La cerveza inspiraba a Plácido, mas siempre guardaba la sobriedad. Alegaba que su cabeza era débil para la bebida fuerte y que el alcohol le perturbaba. Le gustaba también el baile y las lidias de gallos. Era un bohemio descuidado y vivía al día sin tener

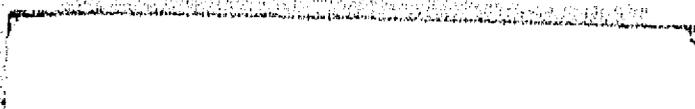


RETRATO DE PLACIDO SEGUN PIO DUBROCCO.





RETRATO DE PLACIDO SEGUN EL PINTOR ROJAS



nada seguro en sus manos.

Plácido en la poesía festiva "Mi casa" (4) describe su extrema miseria material. Por su amargura y su plasticidad, merece ser citada:

Quiero a los que me procuren
(Que hartos son por mi desgracia)
Para evitarles molestias
Dar las señas de mi casa.

No indico calle ninguna
Pues cual marabú que vaga
Errante por el desierto
Con su tienda de campaña,

Suelo mudarme a ocasiones
Tres veces a la semana;
Y así tengo por más cuerdo
Bosquejarles mi morada.

Lástima que la doncella
Un poco más no apretara,
Para dejarle al pedante
De ladrón inglés la marca.

Direis que ya mi discurso
Del propósito se aparta:
Quiero que estéis al corriente
De mis salidas y entradas.

Y, pues, ya sabéis las señas
Que distinguen la mi casa,
Id allá cuando queráis,
Pedidme lo que os dé gana;

Mas si yo os pido algún día
Porque pique la CARPANTA,
Y me salís con pretestos,
No vayáis nunca a mi casa.*

Lo único que poseía era su talento y el poeta a pesar de su pobreza, hambre, falta de educación, humildad y sumisión a la suerte o a la voluntad de otros, tenía la conciencia de haber nacido poeta. -- Cuando podía, abandonaba su "casa", su miserable cama, las sillas "que fueron nuevas en tiempos de doña Urraca", la mesa "que de vieja le están temblando las patas", y evitaba las invitaciones a las fiestas para marcharse al campo. Se daba cuenta que él no era invitado sino para divertir a otros. Huía a la gente que le asediaba, pidiéndole "sonetos chiquitos". No quería ver a los que iban a buscar "sonetos por toneladas", se fugaba de los visitantes como de aquel "penitente que quiere - le saque un drama" porque su dama anoche le mordió la oreja. Se mar---

chaba al campo para no encontrar a los "que van a cobrarme, sin ver -- que no tengo blanca y porque pique la carpanta". Allí rodeado del río, árboles y flores, gustaba de la soledad, olvidando sus ljos, su hambre, -- la falsedad y la ingratitud de la gente, sus complejos de hijo ilegítimo, "octavón", pobre y humillado.

En el soneto "A mis cumpleaños" (5), el poeta da libre curso a sus deseos:

No quiero que de púrpura y de nieve
Vista el oriente en mi natal la aurora,
Ni que Erato en su cítara sonora
Mi nombre al Pindo generosa lleve;

Ni que el Eterno mi canción eleve
Al sacro Empíreo donde reina y mora,
Ni que me brinde mi adorada Flora
Que el dulce beso de sus labios pruebe.

Ni que mueva mi voz los troncos rudos,
Ni que alaben mis obras los discretos,
Ni en la guerra ganar bandas ni escudos.

Todos mis gozos quedarán completos,
Con que se vuelvan ciegos, mancos, mudos
Cuantos piensen mandarme hacer sonetos.

En sus momentos de desesperación, el poeta está tan amargado que ni siquiera le gusta probar "el dulce beso" de su Flora adorada. -- Todo lo que quiere es, que le dejen en paz, que no lo manden hacer sonetos en ocasiones de fiestas y pasatiempos.

-
- (1) Según el relato de Sebastián Alfredo de Morales en "El Trunco", el 5 de marzo de 1885.
 - (2) Leopoldo Horrego Estuch. - Plácido. La Habana, 1949, p. 40.
 - (3) "El Trunco" el 5 de marzo de 1885.
 - (4) Poesías completas de Plácido, 3a. ed. - París, Librería española de Mme C. Denné Schmitz, 1862, pp. 21 a 25.
 - (5) Ibid. p. 222.

Plácido, no cabe duda, era accesible a la gente: humilde, -- respetuoso, bondadoso y poeta de versificación fácil, tenía la confian- za y la amistad de sus maestros y patronos, compañeros y gente de to- das las capas de la sociedad blanca, mulata y negra. El pintor Vicente Escobar, hombre de color y el impresor José Severino Boloña, los pri- meros maestros del poeta en la Habana, fueron amigos suyos más que pa- trones. Los poetas Ramón Vélez y Herrera, Ignacio Valdés y Machuca y el Dr. Manuel González del Valle que le enseñaron las reglas poéticas -- y le guiaron con textos y lecciones, se consideraban compañeros suyos; ellos y otros intelectuales cubanos le facilitaron el triunfo en el -- concurso literario de 1834. En Matanzas hizo amistad con Dámaso García, con el improvisador José de Jesús Ocho y con Sebastián Alfredo de Mo- rales (Linre), compañero, éste último, en la redacción de "La Aurora de Matanzas" y que fué su mejor biógrafo. En Villa-Clara se relacionó con varias familias de la sociedad blanca y la de color. Varios hacendados villaclareños, Joaquín Machado Pérez de Corcho, padre del literato -- Eduardo Machado Gómez, Juan de Noriega, Francisco Garófalo Mesa y -- otros, festejaban la estancia del poeta en Villa-Clara con recepciones en su honor y le testimoniaban su admiración. Claro está que Plácido -- pagaba con la misma moneda. En su soneto "A Villa-Clara" dice:

Si por fortuna abandonado Apeles
El sueño eterno de la tumba oscura,
Nos mostrase en fantástica pintura
La magia divina! de sus pinceles:
Si una virgen dormida entre claveles,
Nos presentase candorosa y pura,
Cercada en torro por feraz llanura,
Montes, arroyos, palmas y laureles
Y si trinando entre las plumas de oro
Con que su indica frente coronara
Se vislumbrase el ruiseñor canoro
De Cuba el bardo entonces exclamara
Al contemplar su empírico decoro,
"El genio, entiende al genio," Es Villa-Clara". (1)

Agobiado por los gratuitos pedidos de versos, el poeta niega raramente las solicitudes y no ofende ni molesta a nadie.

En 1836 le visitó en Matanzas el gran poeta cubano José Ma- ría Heredia, condenado a muerte por los españoles, mas indultado con -- motivo del nacimiento de la princesa Isabel y quien visitó a Cuba en -- virtud de una autorización especial del general Miguel Tacón. La po- breza de Plácido impresionó muchísimo a Heredia. En aquella época, -- nuestro poeta era ya famoso después de haber escrito y publicado "La --

Siempre viva", mas el triunfo no alivió en nada sus penas materiales. - Plácido recibió a Heredia en el taller donde trabajaba y terminada la visita, el huésped propuso a Plácido un viaje a México. Heredia, probablemente, se dió cuenta del peligro que corría Plácido y estaba dispuesto a cubrir todos los gastos de la mudanza. Pero Plácido rechaza la oferta diciendo "No puedo irme de aquí, soy muy criollo".

Heredia murió el 7 de mayo de 1839. Plácido dedica al triste acontecimiento una poesía, titulada: "Malva Azul", donde exclama:

.....expiró....Sonaron
Sus postreros acentos en mi oído...
"¡Del Niágara el cantor ha perecido!
...Mas ¡ay! que solamente
Brindar puedo a su historia
Una flor melancólica, inocente,
Versos a su memoria,
Llanto a su muerte, y a sus cantos gloria. (2)

Plácido tuvo otra oportunidad de dejar a Cuba. Don Francisco Martínez de la Rosa, reconociendo las cualidades del poeta, lo quiso - persuadir en una carta para que se fuera a España. Los amigos matanceros de Plácido ya tenían preparado el dinero para el viaje, mas el - poeta rehusó también esta oferta. - "No puedo dejar a mi patria; ¡soy - muy cubano!" - decía. Para él, Cuba es todo; no necesita tierras extranjeras y lejanas para ahogar sus penas, ya que le bastan sus frecuentes viajes al interior de la Isla.

Aunque el poeta, antes de ser fusilado, haya afirmado en su testamento que no deja expresiones a ningún amigo, porque sabe que en el mundo "no los hay", es menester subrayar, que Plácido sí tenía amigos y bienhechores. Sin ellos, su vida habría sido más amarga y más - infeliz de lo que fué. Si sus amigos no levantaron su voz de protesta durante el proceso de la "Escalera", fué porque el terror español en - Cuba era terrible, aplastante y todopoderoso.

.....
... ..

Durante la vida de Plácido hubo un poeta cubano que le odiaba y despreciaba abiertamente: José Jacinto Milanés, poeta lírico y - dramático, el autor del "Conde Alarcos". Su crítica de las poesías - placidianas, escritas bajo las necesidades materiales de nuestro poeta, ha sido cruel. El odio y el desprecio de Milanés son implacables. - En 1837 escribió "El poeta envilecido":

Por más que su alma presume
Hácerle tomar la pluma
Necesidad.

Y en su mal nacida rima
La adulación se echa encima
De la verdad.

Torpe... que a su pensamiento,
Siendo libre como el viento
Por alto don,

Le corta el ala, le oculta,
Y en la cárcel le sepulta
Del corazón.

Y ¿qué es mirar a este vate
Ser escabel del magnate,
Cuando el festín,

Cantar sin rubor ni seso,
y disputar algún hueso
Con el mastín? (3)

Milanés se refiere a los versos elogiosos de Plácido, dedicados a la Reina y a los poderosos de Cuba. Tiene razón Milanés cuando afirma que en esos versos la adulación se echa encima de la verdad. -- Para convencerse, basta citar, como ejemplo, el soneto.

"En los días de la Reina Gobernadora de España"

¿Veis aquella Matrona peregrina
Que a un numen celestial sus brazos tiende,
De diamantes en muro se suspende,
Y un bizarro adalid por él camina?
Esa es la Patria, el ángel es Cristina," etc.etc..
(4)

Mas cuando Milanés afirma que Plácido era "libre como el viento por alto don", hay que opinar que nuestro poeta no era libre, ya que era esclavo de la constante penuria. Pobre y "al parecer blanco", -- tuvo que luchar duramente para abrirse camino en su vida. Plácido no pudo rechazar las exigencias de "la Aurora de Matanzas" y otros periódicos para que escribiera versos lisonjeros a los poderosos y a los ricos. No escribir lo que exigían de él, significaba tener hambre en el más amplio sentido de la palabra y este "lujo" Plácido no podía permitírselo. A nuestro juicio, no es el poeta quien tiene la culpa, sino la sociedad en que tuvo la mala suerte de nacer, vivir y morir. -- Los acaudalados de Cuba de los años cuarenta del siglo pasado, no daban ninguna importancia a un poeta, y si además era mulato, que lo que podía darse a un buen esclavo. Claro está que no sentaron a su lado, -- con consideraciones de igual, al bastardo del peluquero quarterón.

Lo que se debe censurar en Milanés es la exigencia de que el hijo natural de Diego Ferrer Matoso tuviera otra conducta de la que tenía. Milanés le echó en cara la venta de versos y la asistencia a los festines de los señorones, que entretenía con sus fáciles improvisaciones. Si en el mundo hubiera reinado la igualdad de razas, las escenas humillantes de Plácido no habrían tenido lugar, ya que el vate y el mastín eran superiores a los tiranuelos de Cuba bajo el dominio español.

Es curioso notar la reacción del poeta a la crítica mordaz — de Milanés.

Un año después de la publicación de "El poeta envilecido", — Plácido dedica a Milanés un soneto:

Salve a tu nombre, trovador preclaro,
De inspiración y de modestia lleno,
más que las ondas del San Juan, sereno,
como el cielo de Cuba terso y raro.

El Conde Alarcos, a tu patria caro,
Ensalza un vate de lisonja ajeno,
como el gilo al desemboque ameno
contaba Homero de Roseta el Faro;

Y Matanzas, después que te bendiga
cual Grecia a los Esquines y Plutarcos,
si el hado injusto parecer te obliga,

viendo en tí sus Flumibos, sus Itarcos,
Podrá en tu losa una inscripción que diga
"Aquí yace el autor de "El Conde Alarcos".

Plácido es incapaz de odio y calumnia. Su gesto para con Milanés es noble y generoso. Cinco años más tarde, escribiendo en 1843 a Sebastián Alfredo de Morales desde la prisión de Trinidad, en la "Epístola a Linco" (6) no olvida a Milanés:

... La flor más bella que en la verde orilla
del manco Yumari su cáliz abra,
del Conde Alarcos al cantor sabino
presentarán por mí, y en su fragancia
diré que recoja este recuerdo
del corazón, que Plácido le manda.

Así trataba el poeta a su enemigo y calumniador; en este — gesto se revela la superioridad del alma de nuestro poeta frente a la de Milanés.

-
- (1) M. García Garófalo Mesa .- Plácido, México, ed. Botas, 1938, p. 24.
(2) A.M. Eligio de la Puente.- Poesías selectas, Habana Cultural, 1930, pp. 291 a 195.
(3) L. Horrego Estuch.- Plácido La Habana, 1949, p. 40.
(4) Poesías, completas de Plácido 3a. ed.- Paris, Librería española de Mme C. Denné Schmitz, 1862, p. 117.
(5) L. Horrego Estuch.- Plácido, La Habana, 1949, p. 48
(6) J. Casals.- Plácido como poeta cubano, Habana, Ministerio de Educación, 1944, p. 183

La vida de un hombre célebre que ha desempeñado un cierto papel en un país y en una época dados, es a veces, un resumen de sucesos históricos que reflejan las costumbres, tendencias económicas, ideas dominantes, prejuicios raciales y las luchas internas de una sociedad. Es el caso de Gabriel de la Concepción Valdés.

Plácido fué una víctima durante toda su vida. Víctima de su nacimiento ilegal; víctima de los prejuicios raciales de su época; víctima de su carácter bondadoso y complaciente y sobre todo, víctima de la situación política cubana.

En la primera mitad del siglo XIX, durante la cual vivió Plácido, Cuba era un país de gran auge económico. La exportación del café alcanzó cifras desconocidas hasta entonces y tanto el azúcar como el tabaco se vendían en cantidades más y más grandes en el exterior. Los propietarios de la tierra, españoles y cubanos, algunos de ellos nobles, así como los comerciantes y artesanos aprovechaban la prosperidad económica. Este bienestar de la población blanca se debía generalmente a la esclavitud. Fueron los esclavos negros, quienes arrancaban a la tierra, con su trabajo y sudor, las riquezas enormes del suelo cubano. Como la mano de obra era baratísima, las ganancias de los propietarios fueron considerables. Sin embargo, la población blanca tenía sus preocupaciones. Las ideas de la Revolución Francesa estaban conquistando al mundo. América hispana se levantaba con éxito contra la monarquía española. En los Estados Unidos se escuchaban más y más voces contra la esclavitud. Aunque en España las ideas de la Revolución Francesa no hubieron tenido mucha aceptación y en Cuba menos que en la Madre-patria, los propietarios de tierras y esclavos en la Isla estaban inquietos. En 1841 había en Cuba 436.495,00 esclavos y alrededor de 152.000,00 hombres de color libres. Del millón setecientos mil habitantes de Cuba el 60% eran negros o mestizos.

Para los esclavistas habían otras causas de inquietud. Inglaterra había abolido definitivamente en el 1833 la esclavitud que existía en sus colonias, siguiendo así las declaraciones del congreso de Viena de 1815 de que la esclavitud era contraria a los principios de la humanidad y de la moral universal. Claro está que las Colonias Británicas no podían competir en el mercado internacional con Cuba, ya que la producción de la mano de obra libre era más costosa que la de los esclavos cubanos. Por estas razones, Inglaterra hacía una presión constante sobre España para que esta también aboliera la esclavitud. En 1817 Inglaterra firmó un convenio con España según el cual se condenaba este sistema; además, la monarquía española recibió dos millones de pesos por la pérdida que representaba para ella el cese de la trata de negros.

A pesar del convenio y del dinero recibido, las colonias españolas seguían con el negocio de los esclavos. Cuba necesitaba la mano de obra negra para reemplazar a los muertos y también para extender la producción. El comercio negrero seguía de manera ilícita a razón de veinticinco mil esclavos por año. Los terratenientes y esclavistas temían un levantamiento negro que pusiera fin al sistema antihumano y vergonzoso, fuente de su riqueza.

Durante el 1833 hubo en Cuba algunas manifestaciones de descontento por parte de los negros, reprimidas con mano de hierro por el general Tacón. Para extirpar las ideas peligrosas, las autoridades coloniales aislaron virtualmente a Cuba, quedando terminantemente prohibida la llegada de naves que no estuvieran registradas para el comercio exterior.

Inglaterra no se dió por vencida. Sus buques de guerra tenían órdenes de detener a cualquier barco dedicado a la trata de negros y en 1840 llegó a Cuba, designado por Lord Palmeston, El Sr. David Turnbull con el cargo de Consul general. Para los esclavistas este nombramiento fue un golpe bastante duro, ya que el nuevo diplomático inglés era abolicionista por convicción; además, como escritor podía influir en la opinión pública. Los negreros cubanos atacaban a Turnbull en diversas formas, haciéndole la vida difícil, pero éste luchaba por un ideal y no hizo caso de los obstáculos. Al principio, el general G. Valdés, Capitán General de Cuba, parecía cooperar con Turnbull, pero de repente cambió su conducta y comenzó a lamentar de que España humillaría su orgullo nacional si se sometía a los deseos de Inglaterra. Esta mandó una escuadrilla de guerra a la Habana para vigilar el cumplimiento del tratado, pero las condiciones de vida para Turnbull se habían hecho intolerables. Expulsado de la Sociedad Económica de Amigos del País, se le acusó de haber dado respaldo a un plan para hacer de Cuba un país independiente en el cual la gente blanca y la gente de color tuviesen los mismos derechos. Turnbull, para salvar su vida, tuvo que refugiarse en el barco de guerra inglés "Pommy". Así terminó la misión de Turnbull en Cuba y a pesar de sus esfuerzos la esclavitud siguió existiendo.

El cuadro político cubano era confuso; una parte de la población blanca respaldaba a España, otra parte veía con interés la posibilidad de una anexión a los Estados Unidos. Por toda la Isla corrían rumores de levantamientos y de insurrecciones. Hubo insignificantes alzamientos en algunos lugares de Cuba entre los años de 1840 y 1843, sofocados, como siempre, con crueldad. Alguna gente blanca de cierta importancia abogaba contra el comercio negrero y la esclavitud, pero los explotadores tenían el firme apoyo del nuevo Gobernador de Cuba, Leopoldo O'Donnell, hombre rapaz y cruel y no escuchaban a nadie.

Esta era la situación política cubana en 1844, el año del proceso de "La Escalera", que debía costarle la vida a Plácido y a otros cubanos más.

El famoso proceso tiene su origen directo en la denuncia del

hacendado Esteban Santa Cruz de Oviedo, hecha a las autoridades, basándose sobre el cuento de su amante negra de nombre Petrona, según el cual se planeaba para Pascuas de 1844 un levantamiento general de la población de color. El Gobernador matancero comisionó al mismo Santa Cruz y al teniente-coronel Francisco Hernández Morejón para que averiguaran los hechos. La acción del Gobernador era ilegal, ya que el hacendado Santa Cruz no era oficial del ejército ni tenía puesto alguno que le hubiera calificado para una investigación de esta índole. El año de Cuba O'Connell tomó interés en el caso. Para él no era cuestión de averiguar la verdad y hacer justicia, sino que vió una magnífica oportunidad para actuar con tal crueldad que los alzamientos terminasen para siempre. El mismo decía que había venido a Cuba no para hacer la felicidad del país, sino para obedecer a España. Además recibía por cada esclavo, introducido a Cuba, la suma de diecisiete pesos, así que a su natural crueldad se sumaba el interés económico y la desmesurada avaricia.

¿Existió realmente la famosa conspiración de la Escalera? ¿Fué ella un movimiento político de la gente de color? ¿Preparaba este movimiento un plan de exterminación de la raza blanca para adueñarse del país? ¿Fueron culpables del delito que los condujo al cadalso, Plácido y sus compañeros de prisión?

Desde la introducción de los negros, Cuba era testigo de sublevaciones parciales y locales. Causa directa de estos levantamientos había sido el cruel tratamiento de los esclavos por parte de los terratenientes. La frase "Con sangre se hace azúcar" era frecuente en boca de muchos propietarios blancos que deseaban vehementemente enriquecerse. Cuando por el fomento de las fincas agrícolas se trajeron más y más esclavos, estallaron, de cuando en cuando, revueltas suprimidas fácilmente por las autoridades. Además de la célebre conspiración de Aponte en 1812, hubo revueltas en varios lugares de la isla en los años de 1830, 1833, 1835 y en 1843 hubo levantamientos en el ingenio Alcanía y en otras fincas matanceras que causaron gran temor entre los hacendados. Las "revueltas" y los "levantamientos" no eran sino simples protestas de los esclavos, porque la facilidad con que fueron reprimidas demuestra la falta de toda preparación planeada. Las protestas fueron un grito de dolor de toda una clase trabajadora contra las terribles condiciones de vida.

Tratándose concretamente de la conspiración de "La Escalera" hay que hacer constar un hecho indudable: fueron los negreros los que prepararon el clima propicio para un proceso, sembrando el pánico entre la población blanca de Matanzas como en otras provincias, para justificar las futuras condenas y muertes. La "conspiración de la gente de color" fué preparada, sí, pero por los esclavistas españoles y cubanos. Así se explica también la colaboración del cubano Santa Cruz con el Gobernador español.

Para convencerse de lo que queda dicho, otorgamos la palabra al general español José de la Concha, el cual en su memoria, remitida al Ministro de Gobernación en 1850, es decir seis años después del

proceso, afirma:

"En la época del digno Teniente General D. Leopoldo O'Donnell que gobernó con firmeza, se instruyó una consecuencia de las manifestaciones que hizo cierta negra esclava (a) denunciando la existencia de una vasta conspiración entre la gente de color. Los fallos de la Comisión Militar produjeron el fusilamiento, la confiscación y la expulsión de la Isla de muchos individuos de la raza de color, pero sin habersele encontrado armas, municiones, papeles ni otro cuerpo de delito, que comprobase semejantes conspiraciones, ni aun la hiciese presumible a lo menos, en la gran escala que abrazan las investigaciones judiciales". (1)

(a) Se trata de la ya mencionada esclava negra Petrona que recibió un premio de quinientos pesos por la denuncia. El gobierno colonial español concedía tal suma a un negro o grupo de ellos, que denunciaran un intento de insubordinación contra el régimen existente en Cuba.

Para nosotros esta afirmación de un general español, seis años después del juicio, tiene más validez que todas las falsas acusaciones, preparadas con medios inquisitoriales antes y después del proceso.

Volviendo al proceso, hay que aclarar que el Gobernador de Cuba Leopoldo O'Donnell tenía un interés directo en el comercio de los esclavos, ya que recibía 17 pesos por cada negro introducido en la Isla y por eso tenía miedo de cada sublevación de los negros o de la simple protesta de algunos cubanos de raza blanca que de cuando en cuando levantaban su voz contra la esclavitud. O'Donnell utilizó la denuncia de la negra Petrona contra ciertas personas de raza blanca tales como Domingo del Monte, Manuel Martínez Serrano y José de la Luz y Caballero. Se les acusó de haber preparado un vasto plan nacional en conjunto con la gente de color para derrocar el régimen colonial español en toda la Isla.

O'Donnell trasladó a Matanzas el Tribunal de la "Comisión militar ejecutiva y permanente" de la Isla y multiplicó considerablemente el número de los fiscales encargados de la instrucción de los procesos. Además, tenían el permiso de torturar a los acusados. El violento medio desencadenó sin freno ni medida la crueldad de los investigadores. Los acusados tenían dos posibilidades: o morir por el latigo y la flagelación o confesar lo que los investigadores querían que confesaran. Con tales procedimientos se llenaron las cárceles, los procesos se multiplicaron y la sangre humana corrió a torrentes. La gente de color, bajo el tormento del látigo, "confesaba" los planes que se habíande realizar, con ayuda de ciertas eminentes personas de la raza blanca, contra el régimen.

Faltaba un "jefe" de la rebelión. Buscaron y hallaron a Plácido. ¿Quién podía personificar mejor al jefe que este poeta popular en-

tre todas las clases sociales, blanca, negra y mestiza?

El nombre del proceso "La Escalera" deriva de la manera preferida de tortura usada por las autoridades. En la finca "Estancia de Soto" había una fábrica abandonada y alejada de Matanzas y allí se solía atar a los sospechosos o "testigos" a una escalera y azotarlos hasta que afirmaran todo lo que las autoridades deseaban. El plan de O'Donnell era reprimir definitivamente las sublevaciones locales y subyugar a la gente de color; por eso la furia del proceso de "La Escalera" se desató particularmente sobre los negros o mestizos libres, que habían logrado un cierto bienestar material. A pesar de que las autoridades hubieron usado medidas ilegales, torturando y matando, no les fué posible comprobar nada concreto. El plan, al decir de los acusadores, era secundado por Inglaterra y en particular por su ex-consul en la Habana, el Sr. David Turnbull. Pero como no había conspiración, no se pudo comprobar tal plan.

En este proceso, hijo del miedo de los esclavistas y de la avaricia del Gobernador O'Donnell, se vió enredado Plácido. Se le acusó de ser el cabecilla del movimiento.

Plácido no era y no podía ser cabecilla de una conspiración para exterminar a los blancos. Su carácter bondadoso, demasiado complaciente, que no le había permitido luchar de una manera agresiva en la vida, lo incapacitaba como revolucionario. No cabe duda de que escribió algunos poemas inflamados sobre la libertad y contra la tiranía; no hay más que citar los siguientes versos:

"¿O somos libres o no?
Pues nos burla el orbe entero,
Si sois salvaje, no quiero
Morir con vosotros yo.
Ya el tiempo feudal pasó
De opresión y oscuridad,
Oid en la inmensidad
Do el regio planeta habita,
Que una voz de gloria grita
!Habaneros, libertad!"

y :

... "Extendidas mis manos he jurado
Ser enemigo eterno del tirano,
Manchar, si me es posible, mis vestidos,
Con su execrable sangre, por mi mano,
Derramarla con golpes repetidos;
Y morir a las manos de un verdugo
Si es necesario, por romper el yugo".

Hablando de Polonia:

"Calma, nación heroica, tu agonía,
Y contempla olvidando tus horrores

Que mil pueblos se hicieron opresores
Y sufrieron después la tiranía..." (2)

Pero estos versos expresaron solamente los deseos de Plácido, y en política no hizo más que teorizar. Es cierto que participó con interés en las discusiones sobre las injusticias y la tiranía — como lo hicieron miles y miles de cubanos — pero para conspirar tenía el carácter demasiado abierto y sencillo. También su gran religiosidad no le hubiera permitido hacerse justicia a sí mismo, ya que él confiaba en Dios con la sencillez de un niño y no dudaba, que en el Más allá encontraría la recompensa de todos sus sufrimientos.

Los jueces de Plácido no tomaron en cuenta, ni el carácter del poeta, ni las pruebas legales. Las autoridades siempre habían visto a Plácido con recelo. Este hombre casi blanco y además poeta, trataba — en condiciones de igualdad a los negros — gran pecado en aquella época — en Cuba — y por eso les parecía de lo más sospechoso. Además, la mayoría de las mujeres que el poeta había querido era de raza mestiza o negra. Su popularidad como vate constituía un peligro; sus poemas contra la opresión se repetían de boca en boca. Los frecuentes viajes del poeta al interior de la Isla, fruto de la inquietud espiritual y de la constante búsqueda de una existencia mejor, parecían a las autoridades — como los desplazamientos destinados a organizar una conspiración. La personalidad de Plácido era adecuada para acusarlo como cabecilla de un movimiento contra el régimen.

Plácido fué arrestado el 30 de enero de 1844; todas sus miserias posesiones fueron registradas minuciosamente. Sin embargo no se encontró ni un solo documento comprometedor. Al mismo tiempo fueron reducidos a prisión varios negros y mestizos, acusándolos de tomar parte en la conspiración contra la población blanca. Muchos de ellos fueron azotados de manera bárbara. El primero en denunciar a Plácido fué un cierto Tomás Adán, esclavo y calesero, quien afirmaba que el poeta quería apoderarse por la fuerza de las armas del cuartel de milicias de Matanzas.

Llevaron al poeta primeramente a la prisión de "La Vigía" y después de algunos días a la cárcel de Matanzas. Su amigo Sebastián Alfredo de Morales (Lince) iba a visitarlo para forjar planes encaminados a conseguir su libertad. Al principio creían ambos que las cosas podrían arreglarse, ya que era difícil pensar que una acusación tan absurda pudiera mantenerse. No se daban cuenta de la mala fé de las autoridades que habían escogido a Plácido como culpable principal, sin preocuparse por las pruebas legales.

El poeta comprendió por primera vez lo serio de su situación cuando, al trasladarlo de la cárcel, se le acusó de reo de alta traición y jefe de la conspiración de la raza negra contra la blanca.

El 7 de abril, Plácido nombró al capitán del Regimiento de la Corona Francisco García como su defensor y, al renunciar éste, el 2 de mayo, al teniente de artillería Antonio Ceulino. En cada ocasión decla—

raba su inocencia. Durante los días 3, 4 y 5 de junio de 1844 tuvo lugar el proceso. El Tribunal estaba formado por las siguientes personas: Los comandantes Antonio Infante, José M. Alegre, Antonio Asprer, Salvador García León, el coronel Juan Martín y Eugenio Armerit. Como Presidente del Tribunal figuraba el brigadier Fulgencio Salas y Ramón -- González fué Fiscal. Este último acusó en sus conclusiones a los prisioneros de haber conspirado para exterminar a la población blanca y para formar un gobierno bajo la protección de Inglaterra. Además alegó que se había escogido a Plácido como jefe del nuevo régimen, a Dodge, a -- Vargas y a Pimienta para altos puestos en el futuro gobierno. Al final pidió la pena capital para los acusados. El defensor de Plácido, Antonio Ceulino, demostró ser hombre sin valor; no hizo más que pedir clemencia, alegando irresponsabilidad del acusado. Pero cuando el Presidente del Tribunal, Fulgencio Salas, preguntó si algunos de los reos -- tenía algo que decir, Plácido se levantó y dijo: "¡Que soy inocente! -- ¿Acaso los acusadores me conocen? ¿Que pruebas han alegado? ¿Dónde -- están? ¡Sólo referencias y más referencias, y por ellas no se condena a un hombre a muerte, como pide el Fiscal en su acusación fantástica! ¡Que presenten pruebas y no delaciones!" Con inflamadas palabras el -- poeta defendióse de la falsa acusación. Pero todo lo que pudo decir Plácido fué en vano, ya que su sentencia había sido pronunciada mucho antes del proceso. El Tribunal procedió según la firme voluntad de las -- autoridades y condenó a la pena de muerte a Gabriel de la Concepción -- Valdés.

La causa de Plácido tenía tres partes, todas llenas de contradicciones y confusión. El proceso de "La Escalera", desde el comienzo hasta el final, no fué más que una deshonra a la justicia elemental. En él fueron condenados a la pena capital 79 hombres.

Plácido se dirigió al Capitán General de Cuba con una petición de gracia. Esta idea se la sugirió el brigadier español Salas con el fin de desacreditar al poeta; bien sabía Salas que la petición no sería aceptada. El 22 de junio el general O'Donnell aprobó la sentencia y el 28 del mismo mes, el Gobernador de Matanzas Antonio García -- Oña, dio las siguientes órdenes:

"Póngase en capilla a las seis del día de mañana, veinte y -- ocho del corriente, los reos Gabriel de la Concepción Valdés (a) Plácido el poeta, Jorge López, Santiago Pimienta, José-- Miguel Ramón, Andrés José Dodge, Pedro de la Torre, Manuel-- Quiñones, Antonio Abad, José de la O. García (a) Chiquito, -- Bruno Izquierdo y Miguel Naranjo, que deben ser pasados por las armas, por la espalda, según previa sentencia que será -- notificada en el acto de ponerse en capilla, con asistencia del fiscal teniente Dr. Ramón González, encargado de identificar los expresados reos".

Plácido supo morir sin pestañear; marchó al suplicio, sostenido por su fé y por la convicción de su inocencia. Cuando notificaron al poeta la sentencia, Plácido dirigiéndose al fiscal dijo: "Yo, señor, no tendré remordimientos en mi hora de agonía, pero usted sí, y espero

que después de mi muerte mi sombra le ha de perseguir en forma de buho."

La víspera de la ejecución, Plácido, que había sostenido el ánimo de sus compañeros más decaídos, pidió que le quitasen las espaldas. Se accedió a su deseo y el poeta aprovechó su libertad para escribir sobre una pared la décima "La Justicia" :

"En el alma cual lucero
Refulgente y peregrino,
Tengo un tesoro divino
De la deidad que venero:
En vano encontrar espero
Esa belleza ideal,
Y a la mansión celestial
Ir a buscarla deseo,
Porque en la tierra no creo
Que exista el original".

Esta décima se salvó para la posteridad porque uno de los presentes se la aprendió de memoria, ya que el fiscal Ramón González la mandó borrar luego que la vió.

Durante su estancia en la capilla, el poeta escribió de cuando en cuando; de allí salieron de su pluma sus conmovedoras poesías "Despedida a mi Madre" y "Adios a mi Lira". También hizo su testamento:

"Querida esposa mía:

Es mi voluntad que, no habiendo vendido todas mis poesías, sino el libro de D. Juan José Romero y otro a D. José Sotomayor, pues las publicadas en los diarios no son propiedad del editor, sino para aquel sólo efecto; que todo o cualquier individuo que quisiera imprimirlas, te pague el derecho de propiedad, que trasmito a ti, como mi legítima esposa y heredera, toda vez que la ley me da esta facultad.

Quiero así mismo, que se te entregue la sortija de mi madre, y con ella, el último adiós de tu esposo; y que si me has amado verdaderamente, no te entregues al dolor, porque éste no sería ser cristiana, y te cerrarías las puertas del otro mundo de gloria, donde quiero encontrarte entre las personas que me son queridas en éste.

Memorias a V., a R. y a C. que yo sé que no te desamparán, como también a tu familia y particularmente, a tu madre, a quien pedirás de mi parte perdón por los padecimientos que has sufrido, y de que yo he sido causa, aunque inocente.

Recomiendo al Sr. Cura Párroco D. Manuel Francisco García, con cuya protección siempre he contado, mande imprimir con letras doradas la oda de D. Manuel José Quintana que está en la corona fúnebre de la Excma. Duquesa de Frías, y se la re-

gale a España, en memoria de Plácido.

Dejo memorias a D. Francisco Martínez de la Rosa, a D. Juan - Nicasio Gallego y a Zorrilla.

Advierto que, en efecto tuyo, la propiedad de mis dichas poesías pasará al fondo de la Real casa de Maternidad.

No dejo expresiones a ningún amigo, porque sé que en el mundo no los hay.

El llanto que te pido a mi memoria es que socorras a los pobres siempre que puedas; y mi sombra estará tranquila y risueña contemplándote digna de ser esposa de Plácido.

Un abrazo a Petrona Cenac, y el corazón de tu Plácido que te pide lo encomiendes al Dios de la misericordia.

En la capilla del hospital de Santa Isabel, a los 27 días del mes de junio de 1844.

Gabriel de la Concepción Valdés
(Plácido)

P.D. - Un abrazo a Isabel y otro a Andreita.

Otra P.D. - Dejo mi eterno reconocimiento al Sr. Teniente de Regidor D. Ignacio Martínez Valdés, y a mi madre, y a mi hermana y a tí mi último suspiro.

Vale."

Al día siguiente, el 28 de junio de 1844, a las seis de la mañana, los once condenados a muerte salieron del Hospital Santa Isabel y se dirigieron al lugar del suplicio, cada uno de ellos iba acompañado por un sacerdote y llevaba en las manos un crucifijo. Plácido llevaba el crucifijo grande del altar, porque el Cura Párroco de Matanzas, Dr. Manuel Francisco García, había llevado solamente 10 crucifijos pequeños. Plácido comenzó a recitar en voz alta, en el camino, los versos de la "Plegaria a Dios".

Se debe al Cura Párroco de Matanzas, Dr. Manuel Francisco - - García, que los restos del gran poeta cubano no fueran arrojados despiadadamente en una inmundicia fosa común. El sacó el cadáver de Plácido y le dió un entierro cristiano señalando el lugar con una humilde cruz.

Después de la ejecución "la Aurora de Matanzas", periódico del cual Plácido fué redactor, tuvo la desvergüenza y la cobardía de publicar los siguientes párrafos:

"A las seis de la mañana de hoy han sufrido la pena de muerte pasados por las armas, los reos Gabriel de la Concepción Val-

dés, conocido por "Plácido", Jorge López, Santiago Pimienta, José Miguel Román, Andrés Dodge, Pedro Torres, Manuel Quiñones, Antonio Abad, José de la O., alias "Chiquito", Bruno Izquierdo, y Miguel Naranjo, convictos del horrendo crimen de conspiración contra la raza blanca, promoviendo rebeliones en las dotaciones de algunas fincas, con el pernicioso objeto de disolver la debida sumisión en que todas ellas ha reinado siempre. Estos miserables, instrumento de las más depravadas maquinaciones de hombres que merecen la maldición de los vivos y el oprobio de las generaciones venideras, han pagado en el patíbulo su debilidad de secundar los planes de aquellos. La vindicta pública ha quedado satisfecha, y el imperio de las leyes ha demostrado que jamás quedará impune el delito, y doquiera asome el germen del mal será sofocado y castigados severamente los culpables. Los pueblos de esta preciosa Antilla han visto el castigo que han impuesto a los principales integradores del crimen, deben estar seguros de que la tranquilidad del país jamás será turbada, pues sus enemigos son harto mezquinos y miserables para contrarrestar las sabias medidas que en esta ocasión han sabido desplegar nuestras autoridades. Seguidos los trámites de la causa con la debida celeridad, el Consejo de Guerra de la Sección de la Comisión Militar Ejecutiva de la ciudad, les impuso la merecida pena, que aprobada por el exmo. Sr. Capitán General con la consulta del Sr. Auditor de Guerra, ha sido llevada a efecto en este día, purgando su delito tantos miserables que en su obcecación creyeron ver realizadas sus perversas maquinaciones.

Algunos periódicos extranjeros mal informados o con siniestras intenciones, se han complacido en alarmar a las naciones comerciales, haciéndoles entender que el estado crítico en que suponían se encontraba nuestra isla era resultado de esos acontecimientos, como si la paz que felizmente ha gozado este pueblo de bendición, merced a su ilustrado gobierno, fuese capaz de turbar la despreciable intentona de unos miserables dignos de compasión. Nuestros puertos a pesar de esto se han visto concurridísimos, pudiéndose decir que nunca ha habido más afluencia de embarcaciones: el comercio y las transacciones mercantiles no han sido paralizadas, y la confianza ha reinado en todas sus operaciones.

Con esto damos un solemne mentís a las prensas extranjeras. La isla de Cuba, donde sus habitantes blancos son ilustrados y leales, donde reina la unión, y existe una fuerza numerosa de todas armas, con autoridades y jefes a la cabeza, que han sabido derramar su sangre en los campos de batalla y nada tiene que temer a las asechanzas de los malvados que conspiran contra su bienestar.

Pero ni estas palabras, ni todos los esfuerzos de las autoridades pudieron quitar la aureola luminosa a Plácido, que sigue vi-

viendo en muchos corazones cubanos.

- (1) M. Mesa Rodríguez. - Lecciones de Historia de Cuba. Habana, 1933, p. 56.
- (2) Véase la 'Selección poética', p. 115.

VII. UBICACION DEL POETA.

El Profesor Francisco Monterde al hablar sobre José Martí en el VI Congreso del Instituto Internacional de literatura iberoamericana en 1953, demostro que el poeta cubano emplea en la poesía "Patria y mujer" el serventesio español, molde preferido en el periodo de transición que enlaza el postromanticismo con el premodernismo.

Afirma el maestro Monterde:

"Entre los moldes que primero rescatan los precursores e iniciadores del movimiento modernista, se cuenta el serventesio castellano. Emplean ese molde, que fue puerta de entrada y salida del romanticismo, temporalmente, los primeros modernistas, que son - lo sabemos bien - los últimos románticos de Hispanoamérica: de Agustín F. Cuenca a José Asunción Silva. Aparece en cada uno de los precursores e iniciadores, en su etapa de transición, en la zona - aún imprecisa - entre romanticismo y modernismo". (1)

Lo que vale para Cuenca, Silva y Martí en el periodo de transición entre el postromanticismo y el premodernismo, tiene igual significación e importancia para Plácido, en la etapa entre el neoclasicismo y el prerromanticismo.

Plácido es romántico por la forma y por el contenido de su poesía. El cultiva la polimetría propia de la escuela literaria española, nacida en el año 1830, y en su obra hay pensamientos y sentimientos netamente románticos. Leta y estaba influenciado primeramente por el gran neoclásico español que es también un preromántico: Manuel José Quintana, y después por uno de los corifeos del romanticismo español: José Espronceda. Ambos usan el serventesio, Quintana raramente y Espronceda a menudo; Plácido es su fiel discípulo.

El problema de la preferencia del serventesio en ciertas etapas de transición, todavía no ha sido explicado. Quizás, los poetas buscan en el serventesio, que es un cuarteto endecasílabo de rimas cruzadas, los contrastes y algunos efectos de sonoridad. Sea o no sea verdad esta hipótesis, hay que comprobar un hecho: ese molde poético - aparece en las etapas de transición, cuando los precursores y aún iniciadores de una nueva escuela o corriente literarias hallan en el serventesio un cierto apoyo que les permite salir de las reglas usadas por el movimiento literario que desaparece antes que nazca o se afirme y consolide el nuevo.

El siguiente ejemplo demuestra el uso del serventesio por Quintana en su poesía : "Para un convite de amigos" (2).

El coro entona en su serventesio dentro de una silva:

CORO.

" ¡Compañeros, silencio! El aura inquieta
agita ya las cuerdas de la lira
que anhela por sonar; cante el poeta,
y que obedezca al numen que le inspira.

POETA.

Cantar, yo cantare; mas por ventura
queréis también que a interrumpir me atreva
su curso hermoso a tan sereno día?
¿Queréis que la voz mía
en sus robustos tonos,
Como yo lo acostumbro, airada y fiera,
rayos despida a los soberbios tronos?"

Mientras que el poeta prosigue y canta usando la silva, el -
coro continúa en el serventesio, menos el final que es un terceto:

"Vuelva el aplauso, la algazara vuelva,
hierva en los vasos rebosando el vino,
y a voces torne a retumbar la selva".

José Espronceda fue el discípulo preferido de don Alberto --
Lista, poeta todavía preromántico y neoclásico, que usaba frecuente---
mente el serventesio en su obra poética. Unos ejemplos probarán lo que
queda dicho:

Lista escribió una poesía dedicada a Manuel José Quintana, -
en ocasión de su vuelta a Madrid en 1828; es una silva que remata en -
la penúltima estrofa en un serventesio.

Empieza:

"Vuelva en hora feliz a las riberas
Del breve Manzanares
Aquel vate divino, cuyo canto,
Trayendo al fuerte íbero a los altares
Del patriotismo y a las lides fieras,
Fué del galo terror, de España encanto..."

La penúltima estrofa:

" O bien con libre pluma, dedicada
De nuestros héroes a la inmesa gloria,
Nuevos laureles añadir te agrada
Al que en su tumba consagró la Historia?." (3)

También el poema XXXII de las Líricas profanas "En el día de
S.M. la reina nuestra señora doña Isabel, en 1833" está escrito en - -
serventesios:

"Cuando el furor de la discordia impia
Derramaba sin fin sangre española,
¿Que Bandera de paz, oh patria mia,
Por tus antiguos muros se tremola?..".(4)

Lo mismo sucede en su canto XII de sus Poesías amorosas.

LOS CELOS.

"Esta es la mansa y cristalina fuente
Do tantas veces vi mi dulce amada,
Mientras Febo rayaba el claro oriente,
Dar envidia la aurora nacarada". (5)

Espronceda usa el soneto bajo la influencia de Lista, lo que los poetas netamente románticos, vgr. Zorrilla, nunca hacen.

En el "Estudiante de Salamanca", Espronceda usa en la primera parte del canto el romance, combinaciones de dos y tres sílabas, con versos agudos, dodecasílabos agudos en los pares, redondillas y octavas reales. Tal diversidad de metros y estrofas sorprendió a sus contemporáneos. En la segunda parte y en el resto del canto, la rigurosidad métrica queda burlada y hay constante mudanza de metros. Allí, también se encuentran serventesios normales y románticos:

"Vedla, allí va que sueña en su locura
Presente el bien que para siempre huyó.
Dulces palabras con amor murmura:
Piensa que escucha el pérfido que amó.

...Y su frente en revuelto remolino
Ha enturbiado su loco pensamiento,
Como nubló que en negro torbellino
Encubre el cielo y amontona el viento".

Los serventesios normales y románticos se entremezclan:

"Y en medio de su dulce desvarío
Triste recuerdo el alma la importuna
Y al margen va del argentado río,
Y allí, las flores echa de una a una;

...Y de amor canta, y en su tierna queja
Entona melancólica canción,
Canción que el alma desgarrada deja,
Lamento ¡ay! que ilaga el corazón".

Para describir la muerte de la infeliz Elvira, el poeta usa un serventesio romántico:

"Murio de amor la desdichada Elvira,
Cándida rosa que agostó el dolor.

Suave aroma que el viaje o aspira
Y en sus alas el aura arrebató. (6)

Plácido tuvo gran respeto por Espronceda y su obra fué fuente de inspiración. Sufrió así mismo influencia de Quintana. La obra plácida acusa también trazas de lecturas de Nicasio Álvarez de Cienfuegos y Juan Nicasio Gallego, prerrománticos españoles; sentía también honda admiración por José Zorrilla y Francisco Martínez de la Rosa. Pero su autor predilecto fue Espronceda, lo leía, lo admiraba y lo imitaba.

El uso del serventesio por Espronceda viene de la influencia de Alberto Lista. Plácido lo usa por el contacto con Espronceda.

En la poesía dedicada a D. Antonio Buñiago y Blake en ocasión de su nombramiento de Mariscal de campo, Plácido empieza con un serventesio.

"Murmullo incomprendible, misterioso
Agitaba el palacio de los Reyes
Nietos de San Fernando. Artificioso
Recurso antiguo de infringir leyes". (7)

El continúa toda la primera parte con cuartetos. Toda la tercera parte del canto es de quintillas románticas y no románticas. Es que Plácido usa a menudo varios metros dentro de una composición y no pocas veces cambia la forma de rima en el mismo poema.

En la composición de "Al Yumurí", encontramos un ejemplo de la polimetría:

"Manso arroyuelo que un día,
De Sur a Norte Corrieras,
Antes que te diese el paso
Esa montaña soberbia.

... Quién sabe, si antes que ese monte altivo
Sonda te abriese al borrascoso mar,
Ya tu minabas su cimiento vivo
Para mas breve sepultura hallar?"

La cuarta parte del canto que es una sola estancia, es un serventesio:

"Perdiste tus festines y tus flores,
Tersura, arenas, palmas y nación,
Eres como un poeta sin amores,
Como la ancianidad sin sucesión". (8)

En la poesía "Las Flores del Sepulcro", encontramos otro ejemplo de polimetría y polirima.

"Ven, clavel amarillo de los muertos,

Ven a ceñir mi funeral laúd,
Para cantar a los despojos yertos
De amistad, de inocencia y de virtud.

..... Para qué buscar
Distracción en el placer?
¿Para nuevamente amar?
¿Para tornar a perder?
¿Para volver a llorar?"

La quinta parte está escrita en un serventesio romántico:

"Probé un amor, del alma por fortuna
Partió presta a los campos del Edén:
Brindo amistad de corazón a una,
Y en la flor muere de su edad también..." (9)

- (1) La poesía de Martí en México.- México, Imp. Univ. 1954, pp.146 a 148.
- (2) M. J. Quintana.- Poesías. Madrid, Espasa - Calpe, 1944, pp. 153 a 158.
- (3) Biblioteca de Autores españoles. Poetas líricos del Siglo XVIII, T. III.- Madrid, M. Rivadeneyra, 1875, p. 296.
- (4) Ibid. p. 300.
- (5) Ibid. p. 323.
- (6) J Espronceda, Poesías y el Estudiante de Salamanca.- Madrid, La lectura, 1923 pp. 275 a 277.
- (7) Poesías completas de Plácido 3a. ed. Paris, Librería española, Mme. C. Denné Schmitz, 1862, pp. 143 a 147.
- (8) Ibid. pp. 165 a 171.
- (9) Ibid. pp. 190 a 199.

Según nuestro convencimiento, ninguno de los críticos y hombres de letras que se ocuparon en la poesía del poeta, profundizó sobre la influencia de la Biblia en los versos placidianos. Claro está que algunos de los críticos, el Dr. Francisco González del Valle entre ellos, mencionaron el sabor bíblico de varias de sus poesías y el sentimiento religioso de Plácido; pero nadie estudió detalladamente la profunda fé cristiana que se percibe a través de toda su obra. Además de los sentimientos religiosos, el minucioso estudio de la poesía placidiana acusa una lectura constante — por parte del poeta — de la Biblia. Era un hombre piadoso en el más amplio sentido de la palabra. Para él, la religión no fué un medio en su vida social, ni un hábito, sino una necesidad extrema; la requería para vivir, trabajar y pensar. — Creía sencilla y humildemente en el "MAS ALLA" y en el poder de Dios en esta tierra.

Es curioso notar que sus versos contienen una influencia casi exclusiva del antiguo testamento y poco del nuevo. Los más hondos acentos de su sentimiento religioso se parecen considerablemente a los del rey David en sus Salmos y a los de Job. David, además de ser rey y guerrero, era poeta hasta la médula de sus huesos y en sus momentos difíciles expresaba sus quejas y tormentos en los himnos y cantos a Dios.

Menester es subrayar que no se trata de una imitación ciega — o directa por parte de Plácido, sino del mismo ambiente religioso, de ideas similares y el respeto a Dios. Plácido usa preferentemente vocablos de orden religioso, aún cuando escriba versos de amor o poesías eróticas.

Palabras como Omnipotente, Todopoderoso, plegaria, peregrino, laúd sacro, sepulcro sagrado, Rey de los Reyes, Santo de los Santos, — Piadosa Samaritana, pastor de Belén, Redentor del mundo, Ser Eterno, — Santo Dios, Tierra Santa, religión sacrosanta, vida transitoria, etc., — etc., aparecen diseminadas frecuentemente en toda su obra. Como ya se dijo, Plácido las usa aún cuando escriba sobre temas que no tienen nada que ver con la fé. En su canción "A Selmira", tratando de la vanidad de las cosas humanas, dice:

"Zelmira, no descansas
En esa peregrina
Belleza seductora
Con que a todos los prendas y electrizas.

... Sin detenerse
Marcha la humana vida,
De la cuna al sepulcro,
Como los ríos que a la mar camina". (1)

El adjetivo "peregrina" tiene aquí un sentido de pasajera. Obsérvese también la tercera estrofa de la segunda estancia, donde la muerte está expresada por la palabra "sepulcro".

En el soneto "El Juramento", levantándose contra la tiranía:

"...haciendo a l t a r la tierra endurecida
Ante el s a g r a d o código de vida
Estendidas mis manos he jurado:

Ser enemigo eterno del tirano..." (2)

Más adelante citaremos y examinaremos las poesías placidianas de contenido religioso; aquí simplemente se quiso demostrar que — aún en sus canciones profanas o patrióticas, Plácido, sin darse cuenta, emplea expresiones, parábolas o sencillas palabras de carácter religioso.

El poder de Dios ocupa frecuentemente la atención de Plácido. Su imitación de la Biblia no es ciega, es decir, que el poeta no — transcribe pasajes, sino se expresa en un "tono" bíblico. Veamos varias poesías para probar lo que queda dicho.

En su canto "A la bendición de la nueva nave de la Iglesia — de Matanzas", se alegra por este hecho y dice:

"Oye mi voto cándido y ferviente;
Para ensalzar del Ser Omnipotente
El lugar sacro donde el hijo mora:
Un rayo de tu luz brille en mi frente,
Templa mi lira, divina! Señora".

Los motivos bíblicos:

"Dios de Israel que apartaste
Las olas del mar airadas
Y del Jordán a tu vista
Retrocedieron las aguas..." (3)

La última estancia recuerda el canto de Moisés después de — haber obtenido una magnífica victoria sobre el ejército egipcio:

"Cantaré yo a Jehová, porque se ha magnificado
grandemente,
echando en el mar al caballo y al que en él subía...
...Los carros de Faraón y a su ejército echó en la
mar..... " (4)

También el rey David, en su Salmo 66, alaba a Dios, más o — menos de la misma manera:

"Decid a Dios: ¡Cuán terribles tus obras!...

..... Venid, y ved las obras de Dios....

..... Volvió la mar en seco; por el río pasaron a pié"..(5)

El poder de Dios interesa constantemente a Plácido, que prosigue en el mismo canto:

"Venid y deponed, grandes del mundo,
La vana pompa que en vosotros brilla
Y con respeto insólito y profundo
Doblad ante el eterno la rodilla.
Dobladla, sí, y acompañad al coro
Que entona al Dios de Isaac empíreo canto,
Y ángeles mil en aclamar sonoro,
Salve, repiten con sus arpas de oro
Al Milagroso, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al Señor de Abrahán, al Rey de Reyes,
Ante cuya increada omnipotencia
son humo y polvo las mundanas leyes,
Reptiles las terrenas potestades;
Y a cuya faz divina y refulgente,
Para el rayo en su curso, de repente
Refrenan su furor las tempestades".

Para el poeta, las leyes de este mundo nada son ante la fuerza divina. Sin el permiso de Dios, no mueve el viento una hoja, ni el agua se agita en el mar; en breve, el hombre nada hace sin el consentimiento divino.

El rey David expresa en sus Salmos, varias veces, la misma idea. También en el libro de Job, el personaje llamado Eliú, consolando a Job por sus desgracias, dice en el capítulo 36:

"He aquí que Dios es excelso con su potencia:
¿que enseñador semejante a él?..."

...El reduce las gotas de las aguas
al derramarse la lluvia según el vapor...

Aludiendo a la debilidad humana, Eliú pregunta a Job ¿Si Dios

"...hará estima de tus riquezas, ni del oro,
ni de todas las fuerzas del poder?"

Jehová mismo, respondiendo a las quejas de Job, le pregunta (cap.40):

"¿Tienes tu brazo como Dios? ¿y tronarás tu con voz como él?"
"No hay sobre la tierra su semejante, hecho para nada temer"
(cap. 41).

En el mismo canto escrito al efectuarse la apertura de la Iglesia de Matanzas, Plácido mezcla varias reminiscencias del antiguo y del nuevo testamentos:

"Cantad, hombres, al Hijo de Marfa,
Océano insondable de virtudes,
Como la tribu de Israel un día,
Con címbalos, y sistros, y laúdes,
Su grandeza y sus glorias aplaudía"...

Con címbalos, panderos y danzas, celebró Marfa la profetisa, hermana de Moisés y de Aarón, la victoria sobre Egipto, pero Plácido, - bajo el influjo de la lectura bíblica, mezcla los hechos y atribuye lo mismo a Jesús, hijo de otra Marfa.

Otros versos placidianos hacen pensar en las pláticas de Job con sus amigos. Cuando el amigo de Plácido, don Buenaventura Romero, - perdió su hijo, el poeta al consolarle, pregunta:

"¿Lo ves, amigo? tu dolor extremo
Ha vuelto a ensangrentar la cruda herida
de mi corazón; empero
¿Amas a Dios y su poder adoras?
¿Conoces su bondad? ¿Temes su ira,
Y no moderas tu pesar? Pues mira
Que su inefable Majestad desdoras
Con tu sentir cruento
Y eres rebelde a él, si el cumplimiento
De sus decretos inmutables lloras". (6)

Cuando Job, quejándose de su mala suerte, exclama: (cap. 3)

"Perezca el día en que yo nací,
y la noche que se dijo: Varón es concebido.
Sea aquel día sombrío, y Dios no cuide de él desde
arriba"...

su amigo Eliphaz el temanita le contesta: (cap. 5)

"He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios
castiga:
por tanto no menosprecies la corrección del Todopode-
roso".

Y Bildad Suhita pregunta a Job: (cap.8)

"¿Hasta cuándo hablarás tales cosas, y las palabras
de tu boca serán como un viento fuerte?"

La leyenda caballeresca "El hijo de maldición" contiene va-
rios episodios y escenas bíblicas. La narra un caballero Cruzado, al -
pasar por Cataluña de regreso de Tierra Santa; él lleva una tapa he-
cha:

"Con blanco y sonoro pino,
Y el milagro del mar Rojo

En ella estaba esculpido,
Moisés guraba a su pueblo...

...Israel cantaba ¡Hossana!
De Faraon perseguido,....

...Algunos vuelven el rostro
Del mar horrendo al bramido,
Y ven cien mil combatientes
Armados, "...

El milagro de Dios, que según la Biblia dió la libertad al —
pueblo israelí, sacándolo para siempre de la esclavitud egipcia, visto—
por Plácido, está pintado de la siguiente manera:

"...y al punto mismo
Cien montes de hirviente espuma
Con atronante mujido;
Caballos y caballeros
Sepultar en su hondo abismo,
sólo plumas, cascos, picas,
Acá y acullá esparcidos
Dicen con acento mudo:
"Aquí fueron los egipcios".

El poeta intercala en su cuadro de la Procesión una curiosa —
escena de los desposorios del rey Salomón hijo de David:

"Con el laud sacro del pastor David
Hijas del Carmelo, Belén y Sión,
Los místicos salmos cantando, venid,
"A los desposorios del rey Salomón"...

...Con sus arpas de oro Sólina y Saul
Cantando discurren la etérea región,
Y van como el cielo vestido de azul
"A los desposorios del rey Salomón". (7)

El canto "Las flores del sepulcro", escrito por Plácido en —
ocasión de la prematura muerte de su cara amiga María de las Mercedes —
Socarráz, contiene el credo religioso del poeta. En bellos serventesios
románticos, Plácido expresa su fé en la vida del "más allá":

"Adios...-Adios...-Dijimos,y corriendo
En alas de la horrenda tempestad,
Cruzó el eco de los aires, repitiendo
¡Adios!...¡Adios!...¡hasta la eternidad!

Trance es amargo, cuando a mundo ignoto
Aquel que amamos para siempre va;
Quédanos un consuelo harto remoto,
Y es -¡La esperanza de encontrarle allá !!!"...

Sobre la semejanza del alma con Dios:

"¡Allá!!! Por fuerza; inspiración divina
Con eco mudo al corazón me advierte,
Que mi alma es como Dios, eterna y fuerte,"...

Sobre la vida pasajera

"...mi cuerpo es solo peregrina
Arca de barro que se da a la muerte"...

Ya se mencionó la predilección del poeta por varios vocablos que se encuentran en la poesía placidiana; el adjetivo "peregrina" es uno de ellos y significa pasajera.

El poeta tiene palabras duras para los impíos:

"¡Ay de vosotros, míseros impíos,
Si de vuestros placeres la esperanza
Es tan pobre y mezquina, que no alcanza
Nada al través de los sepulcros fríos"

Acerca de su poesía:

"Muertos, si en la noche sentís un poeta
Que vaga en las tumbas, atentos oid;
Veréisle los salmos cantar del Profeta,
Y el arpa sus manos pulsar de David". (8)

La última composición de Plácido fué la "Plegaria a Dios" -- (9) que el poeta recitó caminando desde la capilla hasta el lugar de su fusilamiento. Si el poeta no hubiera escrito más que la "Plegaria", ella habría bastado para asegurar a Plácido la inmortalidad en el campo de la poesía. Este canto a Dios no tiene igual en las letras universales. En él se encuentran todos los elementos positivos de la poesía placidiana. Trás un análisis detallado de la "Plegaria" se verá su profunda fé religiosa, su conocimiento de los Salmos del rey David, su inmenso grito de dolor ante la injusticia humana y la sumisión completa ante el fallo divino.

La historia conoce a varios poetas, filósofos, hombres de -- letras e intelectuales que se suicidaron o murieron injustamente por -- condenas de Tribunales civiles o militares. Basta citar a Sócrates, -- Séneca y Chénier; la lista sería muy larga si se quisiera enumerar a -- todos. En general, las víctimas, si se comportaron valientemente antes de morir, callaron o dejaron para la posterioridad una frase célebre; -- mientras que Plácido dejó una composición entera, profunda y acusadora que es la quintesencia de sus últimos momentos, de sus sufrimientos y -- de su protesta contra la iniquidad humana. La brevedad de la composi-- ción es admirable, pero no sorprendente. David expresó su dolor y su -- admiración a Dios en ciento cincuenta capítulos de los Salmos; los -- compuso durante muchos años y en varias situaciones de su vida. Huyen--

do de sus enemigos, externos e internos, llorando su mala suerte o alegrándose cuando sus adversarios sufrían derrotas, el rey David, poeta lírico de profunda sensibilidad, se volvía hacia el Creador improvisando con su arpa cantos que, según el caso, eran expresiones de quejas, de alabanzas o gratitud.

La "Plegaria" es un caso diferente; el poeta la compuso unas horas antes de morir. No tenía mucho tiempo para cierto dominio de sus pensamientos e impresiones. Se diría que la concibió bajo el ciego impulso del instinto humano para defenderse de la calumnia que le quitaba la vida. Aunque convencido de que la defensa era inútil, ya que sabía perfectamente bien que la ejecución sería irrevocable, Plácido luchó por última vez, utilizando su arma, única y potente: la palabra. Sus verdugos estaban armados y eran libres, mientras que el poeta estaba vigilado y sin defensa. No pudo escapar, ni siquiera pudo moverse dentro de la prisión. Por eso, concentrando todas sus fuerzas mentales, dió el último grito de dolor: breve, puro y limpio.

Plácido empieza la Plegaria:

"Ser de inmensa bondad, Dios poderoso
A vos acudo en mi dolor vehemente;"

David, cuando canto a Dios sobre las palabras de Cus, hijo de Benjamín:

"Jehová Dios mío, en ti he confiado
Sálvame de todos los que me persiguen, y líbrame". (Salmo 7).

En el Salmo 5:

"Escucha, oh Jehová, mis palabras;
considera la meditación mía".

Y en el Salmo 55:

"Escucha, oh Dios, mi oración,
y no te escondas de mi súplica".

Plácido dice:

"A vos acudo en mi dolor vehemente"

David: (Salmo 6)

"Ten misericordia de mí, oh Jehová,
porque yo estoy debilitado,

Plácido:

"Extended vuestro brazo omnipotente
Rasgad de la calumnia el velo odioso
Y arrancad este sello ignominioso

Con que el mundo manchar quiere mi frente"

David: (Salmo 59)

"Líbrame de mis enemigos, oh Dios mío,
Ponme en salvo de los que contra mí se levantan."

A notar que estos versos escribe David cuando los guardias-
del rey Saúl quisieron matarlo.

Otro Salmo (55) se parece, por su contenido, a la primera —
estancia de la "Plegaria" de Plácido:

"Estáme atento, y respóndeme:
clamo en mi oración, y levanto el grito,
A causa de la voz del enemigo, por la opresión del impío;
Porque echaron sobre mí iniquidad,
y con furor me han amenazado.
Mi corazón está doloroso dentro de mí, y terrores de muerte-
sobre mí han caído".

La segunda estancia de la "Plegaria" empieza con un verso —
que suscitó muchas controversias, entre los críticos de Plácido:

"Rey de los reyes, Dios de mis abuelos".

Los calumniadores del poeta, Manuel Sanguily entre ellos, —
sostienen que siendo Plácido africano de origen por parte de su padre,
Diego Ferrer Matoso, mintió conscientemente antes de su muerte, llama-
do al Dios de sus abuelos, ya que es notorio que los negros de Africa-
no eran monoteístas.

Menester es notar que el poeta hace varias veces alusión a —
su fé y a la religión cristiana. Basta citar, como ejemplo, el ya men-
cionado canto "Las flores del sepulcro" donde se encuentran los si-
guientes versos:

"Religión de mis padres sacrosanta!
Yo te bendigo, cada vez que a Oriente
El luminar inmenso se levanta,
Y siempre que se oculta en Occidente
Mí humilde voz tu omnipotencia canta".

La acusación no tiene valor alguno, ya que Plácido nació en-
Cuba, de madre blanca y de un padre mulato, ambos cristianos de naci-
miento. El poeta mismo no tenía más que un doce por ciento de sangre —
africana y no era que un "octavón". Además, recibió educación católi-
ca, no solamente en los colegios, sino también en la casa de su abuela
paterna, que era ferviente cristiana. ¿Acaso conoció Plácido a sus bi-
sabuelos africanos? Criado en el seno de la religión cristiana, nacido
en un país de mayoría católica, tiene el derecho de llamar a Dios "de-
sus abuelos", es decir, al Ser Omnipotente, en el cual tenía fé comple-

ta.

Clamando al Todopoderoso, el poeta afirma:

"Vos sólo sois mi defensor, Dios mío".

Lo mismo encontramos en los Salmos:

"Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí" (Salmo 3).

"Mi escudo está en Dios
Que salva a los rectos de corazón " (Salmo 7).

"Jehová, roca mía y castillo mío, y mi libertador;
Dios mío, fuerte mío, en él confiaré;
escudo mío, y el cuerno de mi salud, mi refugio". (Salmo 18).

"Mi ayuda y mi libertador eres tú". (Salmo 40)1

"Porque Dios es mi defensa" (Salmo 59).

En los versos de la segunda y tercera estancias de la "Plegaria", el poeta pinta el poder de Dios, único potente e incondicional:

"Todo lo puede quien al mar sombrío
olas y peces dió"...

Job, convencido por sus amigos y por Dios mismo de su completa ignorancia, se humilla ante su Creador y afirma lo mismo:

"Yo conozco que todo lo puedes
y que no hay pensamiento que se esconda de tí" (Cap. 42).

El rey David alude frecuentemente a la fuerza divina y muchos Salmos contienen cuadros del poder absoluto del Todopoderoso:

"...cielos, obra de tus dedos
la luna y las estrellas que tu formaste". (Salmo 8)

"De Jehová es la tierra y su plenitud;
el mundo, y los que en él habitan". (Salmo 24)

"Voz de Jehová sobre las aguas...
...Voz de Jehová que derrama llamas de fuego...(Salmo 29)

Plácido se expresa casi en los mismos términos:

"...Dió luz a los cielos
fuego al sol..."

"Todo lo podéis vos; todo fenece
o se reanima a vuestra voz sagrada:

Fuera de vos, Señor, el todo es nada".

después de haber enumerado la omnipotencia divina, Plácido declara:

"Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia";

Esta afirmación es impresionante, ya que viene después del cuadro del poder de Dios. Es decir, un ser humano no puede mentir a su Creador que todo lo puede y que todo lo ve:

"Y pues vuestra eternal sabiduría
Vé al través de mi cuerpo el alma mía".

La quinta estancia de la "Plegaria" es una mezcla de influencias del antiguo y del nuevo testamentos. curioso es notar que varias ediciones, vgr. la de Schmitz, París, 1862, y la de Trilla y Serra, Barcelona, 1877, no contienen aquella estancia.

La última demuestra la completa sumisión del poeta frente a su destino. Ya no se queja, ni da pruebas de su inocencia, está resignado:

"Mas si cuadra a tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impro,

...Suene tu voz y acabe mi existencia
Cúmplase en mi tu voluntad, Dios mío".

Resignación estoica y cristiana, a la vez. El grito placidiano se parece a varios Salmos de David:

"El hacer tu voluntad, Dios mío hame agradado" (Salmo 40).

"Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justicia" (Salmo 119).

-
- (1) Poesías completas de Plácido, 3a. ed. - París, Librería española, - Mme C. Denné Schmitz, 1862, pp. 43 a 45.
 - (2) Ibid. p. 378
 - (3) A.M. Eligio de la Puente, Poesías Selectas de Plácido. - Habana, -- Cultural, 1930, pp. 262 a 266.
 - (4) Todas las citas de la Biblia están tomadas de la Santa Biblia, N. - Y. La Sociedad Bíblica Americana, 1936. (p. 63)
 - (5) Ibid, p. 607
 - (6) Poesias completas de Plácido 3a. ed. - París, Librería española, - Mme C. Denné Schmitz, 1862, pp. 202 a 205.
 - (7) Ibid, pp. 321 a 3711
 - (8) Ibid. pp. 190 a 199.
 - (9) Véase la 'Selección poética', pp. 122 a 123.

IX.- CUALIDADES Y DEFECTOS DE LA POESIA PLACIDIANA.

Bastardo, solitario y pobre, descendiente en parte de una raza esclava, Plácido es inmortal como poeta, por la magnificencia de su inspiración brillante y espontánea. El valor primordial de su poesía reside, para la sociedad colonial y viciosa en la cual tuvo la mala suerte de vivir, en su vena inagotable, explotada sin escrúpulos por aquella sociedad atrasada e ignorante. Pero para los contemporáneos del siglo XX, el valor de la poesía placidiana consiste en los tonos alegres, festivos, melancólicos, tristes y trágicos que el poeta supo sacar de su lira, inculta pero sublime y pura. Sus versos, en general, no brillan por la corrección; mas hay en ellos gracia y belleza.

Plácido sería, en el proceso vital de la poesía cubana, el primitivo, tanto en el sentido de una cultura y preparación inferior como por el hecho de que contemplaba y cantaba la vida no por la belleza en sí, sino por haber enfocado elementos o paisajes de su tierra desde puntos de vista extra-artísticos, a través de una preocupación que le impedía sumirse en la contemplación pura. No hay elaboración estética en sus versos. La poesía placidiana es rica en valores relativos y no absolutos. Uno de ellos reside en aquel cantar elementos y aspectos de la naturaleza cubana, no enlazados entre sí, en un determinado y viviente paisaje, sino independientes unos de otros. Otro valor relativo consiste en la finalidad práctica, didáctica o moralizadora de la mayoría de sus versos. Para probar lo que queda dicho, basta leer sus letrillas.(1)

Obra artística es la labor de un hombre que, a fin de crearla, utiliza elementos captados por él, en el ambiente humano y natural donde ha vivido, o por los personajes de sus creaciones en el medio en que el poeta o el escritor los ha puesto a vivir. Pero el ambiente, no puede explicar por sí solo la obra placidiana; es menester conocer también al hombre que vivió en aquel ambiente. Por eso nos ocupamos de Plácido, tanto del hombre, como del poeta.

Plácido sintió la fugacidad del tiempo, la vanidad de las cosas terrenas y el misterio de la vida y de la muerte. Salvo Dios, todo pasa, el amor, la belleza y la dicha; no hay amistad y sinceridad entre los hombres. Todo es caduco. Los versos "Jicotencal", "Despedida", "Fatalidad", "la Plegaria", etc., acusan esta sensibilidad que los críticos de Plácido no han reconocido en él. Sin embargo, es la que constituye la clave de su creación poética más alta.

Fuera del campo religioso, lo único que no muere para Plácido es, quizás, el recuerdo del goce carnal, de la ilusión y del sufrimiento constante. No es la muerte lo que preocupa al poeta, sino la injusticia humana con leyes de discriminación, que rigen en la sociedad, co-

mo si no hubiera existido una Omnipotencia divina castigadora, aquí, - en esta tierra, o en el MAS ALLA.

La vida era para Plácido una especie de circo, donde todos - luchan. Mas esta lucha de los elementos y los seres naturales, parecía sin sentido ni rumbo, y la de los hombres era casi siempre con fina- - lidades egoístas, con medios crueles e inhumanos.

Un poeta vale, sobre todo cuando ha muerto, sólo por el aporte positivo de su arte y por sus creaciones originales. Pero nosotros - hemos subrayado los valores r e l a t i v o s de la poesía placidia- - na, ya que los absolutos casi no existen y los estéticos faltan total- - mente en ella y vamos a poner de relieve aun los elementos negativos - de la producción poética de Plácido, porque consideramos que, al ser - resumidos en su totalidad adquieren como un reflejo de la luz que ani- - ma el conjunto, y por tal reflejo se visten también ellos de cierto - valor y gracia poéticos.

Por eso nos fijaremos en el conjunto de las creaciones pla- - cidianas de valor positivo y negativo a la vez, ya que el poeta era - desigual en su producción.

Al lado del valor a b s o l u t o , que reside en la ori- - ginalidad de "La Plegaria", sus mejores poesías, como las letrillas - por ejemplo, contienen valores r e l a t i v o s , en cuanto Plácido - ha dado una forma criolla y popular a las emociones e ideas universa- - les y eternas en que se inspiraba. Por lo tanto, debe ser considerado - como poeta popular y autóctono, ya que un estudio minucioso de sus - versos acusa una tendencia a elevar lo popular hasta el plano de lo - universal y eterno. Plácido criolliza sus pensamientos de amor, y la - imagen de las cañas cubanas y otras frutas de la isla se entremezcla - con la de las bellezas tropicales.

En cuanto a la expresión lingüística, el poeta emplea gene- - ralmente recursos corrientes; mas a veces intercala voces, tomadas de - recientes lecturas, sin saber de qué tratan precisamente y para qué - sirven. El poeta, de tipo popular y sin educación, a veces no conoce - el significado exacto de las palabras.

Si tomamos por ejemplo "la flor de la caña", una de las le- - trillas más bellas que salieron de la pluma de Plácido, se podría in- - dicar los varios encantos y defectos de su musa. La gran facilidad, - sencillez y gracia de la versificación van unidos a los defectos del - prosaísmo. La sonoridad de la frase musical se entremezcla con la po- - breza de su vocabulario que a veces no tiene sentido. Allí se ve la - preferencia de Plácido por las repeticiones, vgr.: "lindas gracias"; - prosaísmos: "como cuando saca" etc. Estos y otros defectos de la misma - indole se repiten a través de toda su obra, pero ¿ cuánto encanto, ino- - cencia y pureza guardan los siguientes versos!:

"Yo vi una veguera, trigueña tostada...
...Su acento divino, sus labios de grana

Su cuerpo gracioso, ligera su planta..."

Es difícil hallar en otros poetas cubanos ritmo y cadencia - semejantes. Plácido intercala versos simples, mas fuertes de expresión:

"Yo te quiero tanto como tu me amas...
...Ya no me es posible dormir sin besarla
Y mientras que viva no pienso dejarla..."

La caña de azúcar y el tabaco, las dos industrias más importantes de Cuba, son el símbolo de la prosperidad y riqueza de la isla. Plácido, poeta esencialmente criollo, se inspira en la naturaleza de su tierra natal y liga imágenes del paisaje cubano, con la gracia de su amada:

"En ella hay un rizo que no lo trocara
Por todos los tronos que en el mundo haya
Un tabaco puro de MANICARAGUA"...

...Y si me preguntan los que saber ansian
Quién es mi veguera, diré que te llamas
por dulce y honesta
"La flor de la caña".

Hemos mencionado que su poesía contiene tonos alegres, festivos, melancólicos, tristes y trágicos. En el capítulo sobre los retratos de Plácido, se citó su poesía festiva "Mi casa" y el soneto "A mi cumpleaños", que revelan la esencia del alma placidiana. Amargado, el poeta pinta con plasticidad, humor y sarcasmo su triste estado en el cual se hallaba constantemente.

Lejos de constituir una deficiencia artística, la pobreza del vocabulario y la repetición de imágenes y palabras añaden mucho al testimonio de que Plácido posee un excepcional instinto de creación poética. Lo que vale en arte, es la cualidad y la cantidad de emociones que un poeta sabe sacar de su lira. Desde este punto de vista, es imposible dudar acerca de la originalidad de Plácido. Subrayemos en seguida que se trata de una originalidad relativa, pero de una tonalidad eminentemente lírica y fascinante. El poeta, por falta de educación y cultura, es un primitivo, a quien le gustan los renómenos, objetos de colores y formas brillantes; además nació en una tierra tropical, donde las imágenes reales se entremazaban con las sugeridas. Es la persistencia de este tipo de imaginación a lo largo de toda la obra placidiana, la que le da una unidad casi perfecta. La palabra en la poesía placidiana contiene una imagen, pobre o rica, pero siempre sugerente, aún de ideas falsas... No hay duda que a veces canta como el pájaro en la selva, es decir lo mismo y con frecuencia. Pero es preciso reconocer que Plácido supo remover los afectos más íntimos del alma humana. Los poetas generalmente tienen dos preocupaciones lo estético y lo patológico, pero nuestro poeta no poseía sino la segunda y daba al espíritu humano la visual imagen del cuerpo, caliente y tropical. Verdad es que Plácido carece de constancia en el empeño y de

seriedad en la preparación de los temas; su fácil versificación le hace demasiado confiado, y este sentimiento le lleva a menudo a descuidar el cultivo de la perfección de la forma. El no escoge con acierto la manera elegante de expresarse.

Casi siempre es exagerado y afectado. Pero Plácido persigue con afán las formas primitivas que brotan de su corazón, por fuerza y virtud de un principio vital y oculto, y no por una cuidadosa elaboración estética.

En la obra placidiana se nota un sello especial y característico típicamente criollo y cubano, que es inimitable. Aunque Plácido — haya sido y sea todavía muy popular en Cuba, no tuvo y no tiene seguidores o imitadores. Eso se debe, a nuestro juicio, a cuatro factores: la raza mezclada, su desdicha, el medio ambiente, y las fuerzas externas que sobre él han influido hasta su muerte. Sus versos son musicales, más bien que plásticos, y en ellos se revela una contemplación — emocionada e imaginativa de la naturaleza y el alma cubanas, que encarna armonías y contrastes tropicales, cuyo sentimiento, primitivista en sus primeras manifestaciones, se va haciendo — al correr de los años — cada vez más suave e íntimo.

Aparte de los versos lisonjeros para los gobernantes y a los potentados de Cuba, son tres los temas principales del poeta: el amor, lo didáctico y la religiosidad. Del último tema hemos tratado en el — capítulo de la influencia bíblica en la obra placidiana y ahora nos — ocuparemos de los dos primeros.

Valoración de la poesía erótica.

En el capítulo sobre las mujeres en la vida del poeta, se — han analizado varios trozos de su poesía erótica: "Mi amor", "Un consejo a las bellas", las letrillas "La flor de la cera" y "La flor del — café", el soneto "A mi amada, en su día", y otros. El amor ocupa constantemente la atención de Plácido; es el caso de la mayoría de los — poetas, en todos los países y en todos los tiempos. Además, sin amor, — los seres humanos no tendrían ni alegría ni felicidad, y aliviarían su tristeza y nostalgia con la sola esperanza de encontrar algo. Amar es — vivir, pero Plácido no encuentra la dicha completa en el amor y siempre está buscando uno nuevo. El amor perfecto está en la armonía entre la atracción física y la atracción espiritual. Los amores solamente — carnales pasan con rapidez y quien ama sólo de esta manera está a menudo triste y descontento; pero insatisfecho es también quien ama sólo espiritualmente, porque el amor perfecto es el que atrae cuerpo y alma. Personalmente, Plácido no conoció este tipo de amor; se forjaba ilu— siones y ensueños y perdió para siempre unas y otros. Aun su "gran — amor a Fela" fracasó, ya que fué compartido con un rival.

En el campo del amor, el poeta no tenía sensibilidad primitiva, para la cual la posesión de una mujer no presupone sentimientos — amorosos. El primitivo sólo se preocupa por tener un cuerpo fuerte, y — por pelear o engañar. Es sólo la sensualidad, la que domina en las re—

laciones, y la mujer es una esclava que debe amar a su hombre porque él es fuerte, la defiende, le consigue los alimentos, los trajes y los -- adornos.

Plácido era delicado y fino. Quizá buscaba un amor en el que se entremezclaran cuerpo y alma a la vez. No lo encontró y por eso se -- nota en su tormentosa confesión personal de sentimientos amorosos falta de sinceridad. Aunque sus versos de contenido erótico sean frecuente-- mente hermosos y graciosos en su forma, son superficiales en el fondo.-- Plácido no supo sacar de su lira el acento puro de sus deseos y muchas-- veces su poemas de amor acusan falsedad y extravagancia.

Hemos dicho que Plácido es un poeta desigual y hay en él -- -- chispazos de brillantez y genio. Su poesía erótica contiene también -- trozos que son de los mejores en las letras cubanas. A ellos pertene-- cen "Los ojos de mi morena" y el soneto "A una ingrata" (2). En el pri-- mer poema se nota una inspiración sostenida. Los versos son ligeros, -- graciosos y sonoros. El soneto da una idea clara y precisa de su tempe-- ramento tropical, lleno de ardor y sensualidad. Salvo el adjetivo "es-- trema", los otros como: cándida, fría, ansiosa, deslumbrante, espléndi-- da, etc., caben bien en el soneto, que contiene una confesión:

"Ya se acabó mi juvenil locura".

El poeta había escrito este admirable soneto en 1837, es de-- cir a la edad de 28 años, después de la muerte de Fela y el triunfo -- completo de su "Siempre viva" en la fiesta literaria de 1834. Viril y -- maduro, Plácido no quiere amar la cándida hermosura de la traicionera -- "Celia", que es "como la nieve, deslumbrante y fría", según la pinta el poeta. En su constante búsqueda de simpatía y amor el poeta rechaza la manera de querer de la mujer calculadora. Sus pensamientos se dirigen -- hacia un corazón "que me idolatre ciego"; él quiere abrazar a "una mu-- jer de llamas" y "de fuego". El soneto empieza con versos tranquilos, y después de una queja, termina con el arriba mencionado vehemente deseo. "A una ingrata" carece del mal gusto y repetición de ideas e imágenes, -- defectos primordiales de otras poesías placidianas. Para probar lo que queda dicho, basta leer la canción erótica: "A la ingratitude de Zelmi-- ra" (3), donde el mal gusto y el prosaísmo son evidentes. El acento de esta canción es enteramente falso, y el poeta no llega a convencernos -- de que realmente quiere a zelmira, "la dulce tirana" de su existencia.-- Son más bien lágrimas falsas que una verdadera expresión de los senti-- mientos del poeta. El mal gusto es evidente en cada verso y la mayoría-- de ellos son prosaísmos:

"Oye los ayes que por tí vierto,
y los suspiros que doy por tí"...

"Luego Dios mismo mi afecto aprueba"...

Expresiones como "Dios mismo", "El Ser Supremo que el orbe -- rige", etc. pomposamente introducidas, no caben bien en un tema banal, -- ya que la mezcla de ellos con la ingratitude de una zelmira es ridícula--

y peca por falta de buen gusto y mesura.

La mención del célebre volcán Etna que varias veces ha destrozado los alrededores de Catania con sus terribles y frecuentes -- erupciones, cuadra mal con la pasión fingida de Plácido aun cuando -- afirma: "estos acentos que oyes, ¿almira, nacen del fondo del corazón" Como persona que estudió en sus años de adolescencia y madurez, tiene la costumbre de mostrar su erudición y sus lecturas. La inclinación -- de entremezclar en sus poesías fragmentos geográficos, históricos y de otra índole, es un testimonio de pobreza intelectual que el poeta quería ocultar precisamente con sus "citas".

valoración de su poesía didáctica.

Quizás el género de la poesía didáctica, que incluye también versos de índole humorística, satírica y narrativa cuadraba, mejor que otros, con el carácter y temperamento del poeta, aunque Plácido haya -- cultivado todas las formas usadas por los vates de su época, y haya -- escrito romances, letrillas, églogas, leyendas, fábulas, epigramas, -- anacreónticas, odas, epístolas, elegías y sonetos.

En el capítulo sobre los retratos de Plácido, hemos citado -- el soneto "A mi cumpleaños", en el cual se nota la mordacidad de su -- carácter durante ciertos momentos de amargura y desesperación.

Sus epigramas, cortos y precisos, constituyen una burla hábil e ingeniosa de la sociedad en la cual vivía. En ellos se nota su -- observación crítica, aguda y mordaz. El poeta, hombre sinceramente religioso, censura la hipocresía, con ironía y sano humorismo:

"Emblema de cristianidad
Es don Juan; hasta de prisa
Será capaz de ir a misa
Por ganar la eternidad:
Y es tanta su caridad,
Que en sonándole metales,
Se planta en los tribunales
A hacer de falso testigo.
¡Digo!..."

Este epigrama tiene algo de los temas de Moliere; don Juan -- se parece mucho a Tartufo, personaje inmortal de la comedia del gran -- poeta francés.

Ciertas fábulas placidianas (4) recuerdan, en la gracia del -- relato, las del poeta francés Juan de La Fontaine y de los escritores -- españoles Tomás de Iriarte y Félix María de Samaniego. Entre las más -- conocidas de Plácido están: "La Palma y la Malva", "Compañía peligro -- sa", "El ruiseñor y el cerdo", "Un simil", etc. La narración en las -- fábulas es simple, sin excesos y exageraciones. En "El ruiseñor y el -- cerdo", la prosopopeya, es decir la atribución de la palabra y de la -- acción a dos animales, tiene propiedades adecuadas y proporcionadas al

relato.

La moraleja que hay en la fábula "La fortuna del malo es -- ilusoria":

"Reflexionad, al menos, que invisible
hay una mano que castiga y premia,
Y que infinitas veces se ejecuta,
Primero que el delito, la sentencia",

Es significativa, ya que ellos, que no tienen corazón y piedad, deben, según el poeta, temer el castigo de la Providencia. La sensibilidad religiosa del poeta es profunda, sincera y constante. En sus poemas, Plácido trata a menudo sobre los pecados, falsedades e iniquidades de los hombres, que no temen la justicia humana, ya que es inexistente o ineficaz. Por eso evoca frecuentemente el castigo divino.

No se trata, es cierto, de creaciones vigorosas. En la mayoría de los casos, se trata de obras didácticas en las cuales la enseñanza o la moraleja están más bien tomadas a la ligera que con gravedad o trágicamente. Pero nadie puede negar a las poesías aquí citadas, -- cierta originalidad y atractivo.

El romance "El Veguero", pone en claro los valores y defectos de la poesía placidiana (5): inspiración brillante, pero no sostenida, -- mezclada con la elocuente expresión de sus sentimientos. La primera -- parte del romance es excelente. La descripción de la Trigueña de Villaclara está hecha con unidad y con inspiración sin igual:

"La de la frente de oro
La de los labios de grana

La del corazón de fuego..."

El ritmo y la cadencia encantan. Las metáforas son adecuadas -- y no exageradas, para la descripción de la beldad villaclareña. El ritmo de la primera parte prosigue sin vacilaciones y el lector está impresionado de la perfecta belleza de la heroína. Pero ya en la sexta -- estrofa se advierte el prosaísmo:

"Un solo defecto abrigas,
Trigueña de Villaclara,
Por él te maldigo a veces
Porque con ese me matas".

Los últimos dos versos citados son triviales y vulgares. Es -- que Plácido no puede, sino raras veces, mantener su inspiración sin -- desmayo hasta el final de un poema.

La segunda parte empieza lamentablemente:

"Deja este desdén, trigueña,

Porque la experiencia enseña"...

Estos versos traen a la memoria los de "A la ingratitude de Zelmira", ya analizados. Aquí, Plácido parece más un predicador -- que un poeta. Mas su vena poética inagotable no le hace fallar, y -- Plácido, tal vez sin darse cuenta, levanta su voz, para terminar admirablemente:

En sus brazos la estrechó
Mayo, loco de contento;
Ella también lo abrazó:
Soltóse, y desapareció
Más veloz que el pensamiento".

Así se nos presenta el poeta a través de la mayoría de sus poesías, aun en las peores se encuentra un brillo de su genio y algo -- que llama la atención por su espontaneidad. Cada poema suyo, así sea -- el peor, puede considerarse de carácter orgánico, pues todos los elementos que lo constituyen, en cierta manera contribuyen a crear determinada imagen o preparan una moraleja. Es decir, la unidad temática y la forma poética se mantienen a pesar de las vacilaciones e inspiración frecuentemente desmayada del poeta.

Según todos los críticos de Plácido, inclusive a Marcelino -- Menéndez y Pelayo, es el romance "Jicotencal" (6) una joya de las letras hispanas, y un modelo de este género.

El tema es mexicano. El romance no contiene los frecuentes -- defectos de la poesía placidiana. El héroe, Jicotencal, está pintado -- con una plasticidad sin igual, y con un estilo preciso sin palabras -- innecesarias o exageradas, sin prosaísmos y con una inspiración sostenida -- de principio a fin.

Técnicamente, el romance se divide en seis episodios:

- 1) La descripción del estado lamentable de las tropas de -- Moctezuma.
- 2) La aparición de Jicotencal y la alegría del pueblo.
- 3) La presencia de Jicotencal entre los esclavos.
- 4) El discurso de Jicotencal.
- 5) La dicha y fortuna de Jicotencal.
- 6) Su triste fin.

Los episodios del romance, aunque sin proporción, están ligados entre sí, en un cuadro perfecto y unido.

El tema de la improvisación y la popularidad de las poesías placidianas.

Plácido es poeta popular en el buen sentido de la palabra -- porque se nutre del pueblo, entre el cual vivió y murió. En el mundo -- literario iberoamericano, los cubanos se han distinguido por su fervo-- roso culto de la poesía; quizás, la cálida tierra tropical es más pro-- picia para el vuelo lírico, el ensueño y la contemplación expresiva y -- gozosa. Sea lo que fuere, se puede afirmar que el pueblo cubano posee -- de preferencia el don poético, y por eso la novela, el cuento y el dra-- ma, con raras excepciones (Martí por ejemplo), no han logrado el vigor -- y la fuerza que se observan en otros países de la América hispana, y -- muy especialmente en México, en Venezuela y en el Uruguay.

Nuestro poeta es cubano por los cuatro costados: por su san-- gre mezclada, por su temperamento y comportamiento, por el medio en que se formó y por sus aficiones e inclinaciones. Ni en su vida ni en su -- obra hay algo que no esté relacionado directa e íntimamente con el pue-- blo cubano a quien amó con vehemente pasión y abnegación. Su don divino de la improvisación fué vilmente explotado por los señorones, ignoran-- tes y groseros, amos de la isla, que no daban más importancia a un poe-- ta, tomando en cuenta el color, que a un esclavo. Y como era de natural impresionable imaginativo, exaltado, esa explotación vergonzosa no tenía límites.

Pero el pueblo cubano escuchó a su poeta, y amó su acento -- sentido y genuino, pues aunque Plácido haya pecado de incorrecto y des-- cuidado, conservó siempre su inocencia y su frescura, y logró crear una obra popular de colorido local y muy criollo. Así la siente y la en-- tiende el pueblo cubano para quien fué escrita y cuya vida, trágica en su humildad, es justamente lo que en ella tiene valor permanente e ini-- mitable. Su arte es criollo, autóctono y de pura raigambre popular. Sus versos están sacados de la viva voz del pueblo. También hay, claro -- está, poesías imitadas o adaptadas; pero, tanto en las primeras como en las segundas, las imágenes elaboradas son de clara e inegable proceden-- cia tropical, mientras las emociones son propias de la sensibilidad po-- pular cubana. Por eso es Plácido tan popular en Cuba, hasta hoy en día. Por eso, también, el pueblo recita a veces sus poesías sin saber quién-- es el autor.

Hay poetas que, con unos cuantos poemas o un librito, han al-- canzado las más altas cimas de la nombradía universal, mientras otros -- con docenas y docenas de volúmenes permanecen ignorados o son citados -- ligeramente en las historias literarias.

Plácido pertenece al primer grupo. Hay muchos momentos tris-- tes en su vida, y la tragedia domina su obra poética. Hay dolor inmenso en sus poemas escritos antes de morir. El dolor de Plácido no era pro-- piamente suyo: era el del pueblo cubano. Sus quejas personales contra -- la injusticia de Cuba colonial, expresan los sentimientos de la mayoría de sus compatriotas de aquella época.

Pudo abandonar su patria, para evitarse molestias -- como lo --

hicieron miles de cubanos, antes y después de Plácido—, pero no lo — quiso hacer. Su vida contiene todos los elementos de grandeza y miseria humanas. Encarna en sus poemas la época en la cual vivió, bajo el dominio colonial español. Es dramático, trágico o sarcástico; a veces es irónico, pero su ironía no se encamina a producir hilaridad, sino indignación.

Nació para resumir una época de su infeliz y bien amada Cuba.

Cada vida humana tiene —para el recuerdo perdurable— sus momentos culminantes que la marcan más hondamente que largos años de vida. Lo mismo sucede en la poesía: también ella da, a veces, al poeta una hora única en que sus versos se elevan maravillosamente puros, irresistiblemente bellos, con un sello indeleble de su propia inmortalidad. Pero si el poeta deja versos sublimes e inmortales, no se debe olvidar que sin duda salieron de su mano otros que valen poco. Raros poetas —el francés Racine, el polaco Mickiewicz, el ruso Pushkin, el mexicano González Martínez y el cubano Martí— pertenecen a la raza de los vates de inspiración y factura impecablemente sostenidas. Aun Moliere y Shakespeare, los geniales poetas de Francia y de Inglaterra, son desiguales, sin mencionar otros grandes de la literatura mundial. Es un don excepcional poder sostener durante toda una vida la misma inspiración poética.

Plácido es esencialmente de los poetas desiguales. Hay en su obra chispazos geniales, y algunos de sus versos, vgr. "Jicotencal", "La Plegaria" y varios sonetos, igualan a los de los más grandes poetas del mundo; pero al mismo tiempo él demuestra pobreza poética. A veces se levanta muy alto y su poesía es digna de figurar en las cimas poéticas universales; pero es también poeta de mal gusto y de musa cantarina. Hay versos placidianos puros como cristal y también los hay sin valor alguno. Por eso, no cabe un juicio sintético que lo abarque todo en una fórmula. Es imposible reducirle a unidad. Si se separara de la obra placidiana unas veinte poesías, tales como las letrillas, unos sonetos, dos o tres romances, ciertos cantos y la Plegaria, y se considerara el conjunto formado por todas las composiciones restantes, esto lo dejaría al nivel de un poeta mediano, sin que mereciera la fama de que goza en Cuba, ni las apelaciones ditirámicas con que se le ha calificado.

No es esto denigrar ni rebajar a Plácido; es simplemente discernir, valorándolos, los fundamentos de su fama y su popularidad. Entre los versos arriba mencionados y todo el conjunto restante de su obra hay, repitámoslo, una falta patente de homogeneidad.

Es un hecho que plantea problemas de orden poético y humano. Todos los datos que se han llegado a reunir de la vida externa y de la intimidad de Plácido, nos revelan a un hombre de carácter tímido, sin educación y sin preparación literaria alguna. ¿Sería este pobre vate capaz de escribir "La Fatalidad", "La despedida a mi madre", "Adios a mi lira", "La Plegaria"? ¿Como pudo concebir romances hermosos y de

fuertes acentos, como "Cora" y "Jicotencal"; sonetos como "La muerte de Gesler", "A Grecia", "A Polonia", etc., bellisimas letrillas, como "La flor de café", "La flor de la caña", y otras? !Los escribió él, hombre -- humilde, siempre pobre y casi ignorante! Nadie puede preveer de lo que es capaz el hombre, cuando llega el momento preciso de desenvolver sus dotes naturales, ocultas o sofocadas por las circunstancias de la vida, a pesar de su falta de educación.

Criollo típico que nunca dejó a su isla natal, Plácido se revela extremadamente popular en el contenido de su poesía que tiene profundas raíces cubanas. Es imposible imitarlo, ya que es tan personal.

Cada pueblo conserva sus costumbres y su existencia propias; cada país tiene su clima y su naturaleza. La poesía placidiana es la -- encarnación misma de ese pueblo, con todos sus defectos y virtudes. -- Sean cuales fueren sus faltas e incorrecciones, la posterioridad -- ex-- cluyendo a dos o tres críticos -- apreció su obra poética, porque es imposible juzgar a Plácido en un certamen académico. Nuestro poeta no había pisado las aulas universitarias, pero era una expresión viva del -- bello suelo cubano, de su brillante sol y cálida tierra. Improvisador -- excelente y fácil, supo expresar en sus versos la ligereza, la vivaci-- dad, la humildad, la espontaneidad y la gracia de su pueblo dentro del-- cual vivía como un ciudadano de segunda clase.

Hay en la naturaleza tropical cubana melodías imperceptibles-- para el oído forastero, que conmueven las fibras de los criollos; ellos oyen cada murmullo y cada ruido, aunque sea el más apacible, de la ve-- getación cubana, y distinguen cantos y ritmos melodiosos, en cada susu-- rro del viento tropical. La armonía y la belleza está en cada flor y en cada fruta, Plácido es uno de los raros poetas cubanos, que con inteli-- gencia y finura innatas, capta esta música típicamente tropical y cuba-- na.

Claro está, hay versos placidianos que hubiéramos querido que no se hubieran escrito; mas no es posible por ello censurar a un poeta. Plácido, el pobre vate cubano, bastardo y sin educación elemental, es -- lo que es y hay que aceptar o rechazar toda su obra. Poeta fecundo y -- superficial a la vez, de fácil vena, con frecuencia incorrecto, de ins-- piración espontánea, atrae con su ritmo y musicalidad. El canta porque-- nació poeta.

Gabriel de la Concepción Valdés, "Plácido", es una de las más portentosas muestras originales de la expresión poética, típicamente -- cubana.

(1) Véase la "Selección poética", pp. 115 a 118.

(2) Ibid, p. 111.

(3) Ibid, pp. 111 a 112.

(4) Ibid, pp. 109 a 111.

(5) A.M. Eligio de la Puente, Poesias Selectas de Plácido.- Habana, - Cultural, 1930, pp. 79 a 84.

(6) Véase la "Selección poética", pp. 113 a 114.

X.- POPULARIDAD Y EDICIONES DE PLACIDO.

A Gabriel de la Concepción Valdés se le conoce mejor bajo el seudónimo de "Plácido". La falta de legitimidad lo conduce a la Casa de cuna, donde era obligatorio que llevara el apellido valdés, como expresión de respeto al fundador de la Real Casa de Maternidad, don Jerónimo Valdés, Obispo de La Habana. Es curioso también anotar que uno de sus padrinos se llamaba Plácido Fuentes, de profesión farmacéutico. Según alguien afirma el poeta tomó el seudónimo del nombre de su padrino, otros dicen que se debe a una novela de la condesa de Jenlis: "Plácido y Blanca".

En la época de Gabriel de la Concepción Valdés, varios poetas y escritores cubanos firmaban sus trabajos con nombres supuestos. Su mejor amigo y biógrafo Sebastián Alfredo de Morales, compañero de la redacción de "La Aurora de Matanzas", usaba el seudónimo "Lince"; el poeta Manuel de Zequeira y Arango publicaba sus poesías bajo anagramas como "Ezequiel Armuna" y "Enrique Azulema"; Francisco Iturrondo tomó el nombre de "Delio"; Ignacio Valdés y Machuca firmaba "Desval", etc.

El seudónimo PLACIDO expresa en forma concisa y con exactitud sus rasgos característicos: era apacible y agradable. Bondadoso hasta la debilidad, nunca ofendió a nadie y pues, la placidez de su carácter no tenía límites. Hombre puro y bueno, pensaba que todos eran como él. Esa suavidad e ingenuidad le llevaron al cadalso, ya que no llegó a comprender la iniquidad de las autoridades coloniales, ni la actitud hostil de sus enemigos.

Plácido es el más popular de todos los poetas cubanos hasta nuestros días. En Cuba se oye frecuentemente recitar en voz alta, a obreros, campesinos y gente de diferentes capas sociales, "La Plegaria", "La Fatalidad" y otros poemas placidianos. A veces no saben quién fue el autor de estas poesías, pero conocen de memoria obras enteras o largos pasajes de sus creaciones poéticas.

Quizás la triste historia de su breve vida, iniciada en la Beneficencia y terminada trágicamente ante un pelotón de ejecución, así como sus rápidos viajes de una provincia a otra dentro de la Isla, a la manera de un trovador romántico, y las poesías que escribió en la prisión antes de ser fusilado, contribuyeron a darle enorme popularidad. Algo excepcional y extraño, todavía inexplicado, hubo en su personalidad que le dio inmensa fama, hasta convertirlo, antes y después de su muerte, en un héroe de varias novelas y piezas dramáticas. Cirilo Villaverde hizo a Plácido protagonista de su novela titulada "La peineta calada", publicada en el "Faro Industrial de La Habana" en los meses de febrero y marzo de 1843. Tres años después, Larramendi escribe en España una novela: "El mulato Plácido", cuyo tema está indicado claramente por el título. En 1871, se publica en Chile una novela "Plácido el mulato"

por A. Lemoine. Diego Vicente Lejérea publica en 1875, en Nueva York, una pieza dramática: "La muerte de Plácido".

El hecho de convertir a un poeta, durante su vida y después de su muerte, en personaje principal de novela, es caso único y excepcional en la historia literaria de Cuba.

¿De donde viene esta popularidad, sin igual, de Plácido en Cuba? ¿Es posible explicar este hecho únicamente con la trágica muerte del poeta, que hizo de Plácido un mártir y contribuyó enormemente a su fama postuma? La raíces de su popularidad son mas profundas que el mero hecho de su muerte, aunque ésta sea también una de las causas de su fama. Plácido, con sus cualidades y defectos, es muy cubano y muy criollo. Las composiciones placidianas, rechazadas por la censura colonial española, se divulgaban en secreto y vivían en el alma del pueblo cubano que amaba a Plácido, ya que el poeta reflejaba la tristeza y la alegría de la Cuba colonial. Sus versos salen de su corazón y llegan al de las multitudes. Plácido, con su versificación sorprendentemente fácil, era el dolo de la gente, del pueblo entero que sentía y veía en él a su legítimo bardo. El pueblo olvido y perdonó a Plácido sus versos lisonjeros a la Reina y a los potentados. Su historia plebeya, su inspiración, espontaneidad y genio, su persecución por las autoridades, el maltrato sufrido, y en fin su trágica muerte, provocaron el interés del pueblo que lo leía con avidez y curiosidad. Los versos placidianos, sean buenos o malos, están grabados profundamente en el corazón de los cubanos que los aprenden desde la niñez.

Durante su vida, Plácido divertía a la gente en las fiestas, banquetes, bailes, etc., con sus improvisaciones. A él acudían, como a un médico o a un juez, para que aliviara las penas o para que resolviera problemas de orden social. Sirva, como ejemplo, el siguiente curioso episodio:

Un mulato, hijo de español y negra, tenía dificultades en su vida privada porque el autor de sus días no quiso reconocerlo; — acudió a Plácido y le pidió unos versos con la intención de entregárselos a su insensible padre. De este modo esperaba obtener el reconocimiento. Plácido complació al solicitante y escribió un soneto: — "Una súplica".

"El fruto soy de vuestro amor pasado,
Hechura vuestra soy, padre querido,
Vos me disteis el ser, yo lo he sabido
Y a vuestras plantas me teneis postrado

¿Cuál delito de vos me ha separado?
¿Que crimen contra vos he cometido?
¿La culpa tengo yo de haber nacido?
¡Para eso no me hubieráis engendrado!

Que me reconozcáis solo os exijo,
Que mi existencia a vuestro pecho cuadre.
Que me miréis con un amor prolijo,

Y aunque olvidéis a su infelice madre,
No me neguéis el título de hijo,
Pues vos siempre, señor, seréis mi padre".

El padre del mulato leyó el soneto, y al final, conmovido -- por la intervencion de Plácido, dió su nombre y su fortuna a su hijo.

Ningun otro poeta cubano, incluso el gran Jose Maria Heredia, alcanzo popularidad semejante.

Poeta conocido es poeta leído. Las obras de Plácido alcanzan en Cuba el mayor número de ediciones. Comenzo a escribir desde edad -- muy temprana; pero hasta el año de 1834 no hay huella alguna de sus -- versos impresos. En ese año aparecen "La Siempreviva", "El lirio", una elegia con motivo de la muerte del almirante don Angel Laborde y un -- soneto: "Al ilustre Poeta don Francisco Martínez de la Rosa", publica-- do en el "Diario de la Habana", el 14 de mayo de 1834. Esos escritos -- esporádicos no reflejan la obra poética de Plácido.

La primera edicion de sus poesias se hizo en el año 1838. En el periódico matancero "La Aurora de Matanzas" se publicó diariamente, desde el 7 de noviembre hasta el 31 de diciembre de 1838, lo siquien-- te:

SUSCRIPCION A LAS POESIAS DE PLACIDO.

"Bien conocido es ya de todos los amantes de la bella lite-- ratura el talento verdaderamente poetico con que plugo a la-- naturaleza agraciar a este jóven, cuyas obras han sido aco-- gidas con entusiasmo, y leídas con apluso y admiración gene-- ral. Colocada la cuna de Plácido (sensible es decirle) en un punto desventajoso de la escala social, sus apreciables tra-- bajos cubiertos de polv q habrian sido envueltos en un fu-- nesto y doloroso olvido, al que su modestia excesiva los -- condenaba, si los redactores de la "Aureola poética al señor don Francisco Martínez de la Rosa", no le hubieran arrancado casi por fuerza, de la oscuridad que le rodeaba, insertando-- en aquel apreciable librito su bellisima composición titula-- da "LA SIEMPREVIVA", que por una feliz casualidad, y no por-- deseos de su autor, llegó a manos de aquellos imparciales -- redactores. El público admiró entusiasmado al jóven atleta -- que se presentaba por primera vez en la arena literaria os-- tentando una corona. Este triunfo, como era natural, alentó-- la timidez del poeta: sus posteriores trabajos participan del noble orgullo que le inspiraba el aprecio público, y el gra-- to nombre de Plácido ha encontrado simpatías doquiera ha re-- sonado.

Bajo tan favorables auspicios, tratase de publicar un tomito de 300 páginas que contengan las mejores composiciones de este predilecto hijo del canto"...

He aquí una prueba indudable de la popularidad de Plácido. El público que se entusiasmaba por "el joven atleta que se presentaba por primera vez en la arena literaria" lo leía y animaba al tímido poeta. El creciente favor del público dió origen a varias ediciones que llegaron, durante la vida de Plácido, a cinco. Si se toma en cuenta que la primera dió luz en el año de 1838, hay que comprobar el hecho que casi cada año apareció una edición, ya que lo ejecutaron en 1844. En aquella época esto era un verdadero triunfo para un poeta.

Después de su muerte, crece el interés del público cubano en la obra placidiana. La sexta, séptima y octava ediciones aparecen en Matanzas, en los años de 1845, 1846 y 1847, respectivamente.

La novena edición, la de Palma, impresa por Pedro J. Umbert, a expensas de Pedro Feliú Perello Carrió, trae a la vuelta de la contraportada los siguientes versos, que demuestran la humildad y modestia del poeta.

"Flores son de un ingenio sin cultura
Cual las que dan los campos de mi patria
Ricas de olor, de tintes y hermosura".

Francisco Javier Vingut hizo tres ediciones en Nueva York en 1854, 1855 y en 1857; la última tuvo tres reimpressiones.

En París aparecen tres ediciones, en 1856, 1857 y en 1862. Hubo veintitres ediciones después de la muerte de Plácido. En total aparecieron veintiocho.

XI.— TRADUCCIONES.

Plácido es inimitable, aunque él haya imitado a varios poetas de habla castellana, no tuvo continuadores ya que su poesía es muy personal y fue compuesta en circunstancias particulares y trágicas en su mayor parte.

Buena parte de sus versos fué escrita en la prisión o a consecuencia de la estancia del poeta en ella. Hallaba las notas originales de sus versos, en los más profundos rincones de su alma, ante el peligro o ante sus enemigos. Se convirtió en un héroe de novelas y dramas, fué discutido en vida, y después de muerto, nadie pensó en seguirlo y mucho menos en imitarlo. Por eso no creó una escuela literaria, aunque haya tenido, durante su breve vida, gran éxito en el mundo literario y en el pueblo cubano.

Lo que sí ha tenido, en cambio, han sido traductores. Quizás ninguno de los poetas cubanos, incluso los más grandes de su época: — José María de Heredia y Gertrudis Gómez de Avellaneda, haya logrado, — fuera de Cuba, más popularidad y traducciones de su obra poética que Plácido. A excepción del gran apóstol cubano José Martí, cuya obra se conoce en el mundo entero, es Plácido, con todos sus defectos, el indicado para familiarizar al forastero con el paisaje y el clima cubanos, el carácter del pueblo y su manera de gozar de la vida. Plácido es, en su poesía criolla, no sólo un poeta cubano, sino que además — "cubanizó" los temas poéticos ajenos a su tierra natal.

Pero menester es añadir que hasta hoy en día no se ha traducido toda la obra de Plácido. Solo existen traducciones fragmentarias. La más extensa es la versión traducida al francés debida a D. Fontaine.

Entre las traducciones de la obra placidiana, hay que mencionar la del Dr. Wurdiman, hecha en el año de la muerte del poeta: — 1844. En sus "Notes on Cuba", que aparecieron en Boston aquel año, se encuentra una selección y traducción al inglés de varios poemas de Plácido. El "London Quarterly Review", de 1848, comenta la traducción de Wurdiman, y su juicio es favorable.

Eduardo Machado y Gómez tradujo en la ciudad de Hannover — (Alemania), en 1865, al idioma alemán varias composiciones del poeta. — El libro, que tiene por título "Plácido, Dichter und Martyr" (Plácido, poeta y mártir) está firmado por Durama de Ochoa (anagrama).

De las numerosas traducciones francesas, la mejor es la de D. Fontaine: "Poésies completes de Plácido", avec una préface de Louis Jourdain, Paris, 1863. A pesar del título, no se trata de una traducción completa de la obra placidiana. El señor Fontaine tradujo treinta y cinco composiciones en verso, y el resto en prosa. Esta traducción —

es una de las más conocidas en el extranjero, ya que D. Fontaine, poeta francés, conocedor de la literatura cubana, comprendió bien al Plácido que traducía. Residió en Cuba nueve años, desde 1839 hasta 1848, — dominaba a la perfección el castellano y fue testigo del proceso de la 'Escalera'.

Sin embargo, hay que subrayar el hecho de que todas las traducciones, incluso la de Fontaine, son inferiores al original. Esto es comprensible si se toma en cuenta el amargo sarcasmo que impregna muchos de los poemas placidianos, la melancolía y la tristeza con que — escribió otros, o la gracia típicamente cubana, cuando en momentos dichosos, describía el paisaje y la naturaleza cubanos.

Para probar lo que queda dicho, bastarán unos ejemplos. Escogamos las mejores traducciones de Fontaine. En la página 112 de la — arriba mencionada traducción encontramos el soneto: "A la fatalité".

"Aveugle deité, qui, sans nulle clémence,
D'épines m'entouras au début de mes ans,
Comme les sombres bords de ruisseau d'ou s'élance
Ou la ronce vivace ou les magueys piquants,

Toi qui fis de l'honneur une barriere immense
Entre la pauvre mere et ses tristes enfants,
Et qui jusques aux cieus ne m'élevas, par chance,
Que pour me faire choir sous des coups plus puissants,

Sors des antres obscurs de l'implacable Averne,
Accable-moi, Destin; frappe, je me prosterne;
Je ne saurais nier ton pouvoir absolu.

Tel que l'ost des croisés qui de plaisir tressaille
En voyant tout a coup la rougeâtre muraille
De la sainte cité, je dis :-Dieu l'a voulu: "

El original es el siguiente:

Fatalidad.

"Negra deidad que sin clemencia alguna
De espinas al nacer me circuiste,
Cual fuente clara cuya margen viste
Maguey silvestre y punzadora tuna;

Entre el materno tálamo y la cuna
El férreo muro del honor pusiste;
Y acaso hasta las nubes me subiste,
Por verme descender desde la luna.

Sal de los antros del averno oscuros,

Sigue oprimiendo mi existir cuitado,
Que si sucumbo a tus decretos duros,

Dire como el ejército cruzado
Exclamo al divisar los rojos muros,
De la Santa Salem... Dios lo ha mandado".

Comparemos: Fontaine empieza con "Aveugle deité", es decir, -- "Ciega deidad" y en original encontramos: "Negra deidad"; según nuestro juicio, el adjetivo francés aveugle no expresa la amargura y melancolía del castellano negro. La "Fuente clara" de Plácido cambia en la traducción en "les ombres bords de ruisseau". Falta, aquí: la bella imagen placidiana que de una manera poética y viva pinta el paisaje cubano:

"Cual fuente clara cuya margen viste
Maguey silvestre y punzadora tuna".

Fontaine no tuvo gran suerte en la traducción de los versos -- 5 y 6, ya que su "pauvre mere" no significa el "materno tálamo" de Plácido, que hizo todo para evitar la aplicación de adjetivos cariñosos -- cuando hablaba de su madre. Pauvre mere expresa en francés cierto afecto que el materno tálamo no tiene. Además se equivoca cuando dice: -- -- "et ses tristes enfants"; Plácido era el único fruto ilegal de la unión entre Concepción Vázquez y el cuarterón Diego Ferrer Matoso.

Los versos 7 y 8 de Plácido no tienen gran sentido, lo que -- ocurre a menudo en su poesía. Si alguien sube hasta las nubes, no puede descender desde la luna. La traducción de estos versos por Fontaine es mejor que el original. En conclusión, Fontaine y otros traductores no -- pueden traducir el profundo grito placidiano de su desdicha y desgracia que termina con una exclamación fatal; "Dios lo ha mandado".

El sarcasmo y la sátira ingeniosa de Plácido en el poema "A -- la justicia", se convierte en la traducción francesa en una disertación filosófica más larga que el original:

A la justicia.

"En el alma, cual lucero
Refulgente y peregrino,
Tengo el retrato divino
De la deidad que venero;
En vano encontrar espero
Esa belleza ideal,
Y a la mansión celestial
Ir a buscarla deseo
Porque en la tierra no creo
Que exista el original"

La traducción de Fontaine es la siguiente:

"Etoile lumineuse ou brillant météore

En mon ame je sens, je vois les traits divins
De la deité que j'adore
J'ai beau vouloir fouiller les horizons lointains
Je me trouve enfermé dans un triste dédale
En vain j'espère découvrir
Cette beauté trop idéale
Que mon coeur s'obstine à cherir.
Je ne puis retrouver sa piste
Qu'au céleste séjour, hélas!
Car je ne crois point qu'ici-bas
L'original existe".

El famoso soneto "Despedida a mi madre" ha sido traducido -- por varios poetas norteamericanos, franceses, alemanes, etc. Ninguno -- de ellos iguala al original. En inglés, la traducción de Bryant es mejor que la de Longfellow; en francés, Fontaine supera a Villemain.

El original dice:

"Si la suerte fatal que me ha cabido
Y el triste fin de mi sangrienta historia,
Al salir de esta vida transitoria
Deja tu corazón de muerte herido;

Baste de llanto: el ánimo afligido
Recobre su quietud; moro en la gloria,
Y mi plácida lira a tu memoria
Lanza en la tumba su postrer sonido.

Sonido dulce, melodioso y santo,
Glorioso, espiritual, puro y divino,
Inocente, espontáneo como el llanto

Que vertiera al nacer: ya el cuello inclino;
Ya de la religión me cubre el manto!
Adiós, mi madre: adiós... EL PEREGRINO ".

Bryant traduce:

FAREWELL TO MY MOTHER.

"The appointed lot has come upon my mother,
The mournful ending of my years of strife,
This changing world I leave and to another
In blood and terror goes my spirit's life.

But thou grief-smitten, cease thy mortal weeping
And let thy soul her wanted peace regain;
I fall for right, and thoughts of thee are sweeping
Across my lire to wake its dying strains.

A strain of joy and gladness, free, unfailing
All glorious and holy, pure, divine,
And innocent, unconcious as the wailing
I uttered on my birth; and I resign

Even now, my life, even now descending slowly,
Faith's mantle folds me to my slumbers holy
Mother farewell; God keep thee...and for ever!"

Fontaine traduce:

ADIEU A MA MERE.

"Si le destin fatal qui me voue au malheur
Si la cruelle fin de ma sanglante histoire
Quand je m'en vais quitter ce monde transitoire
Et ton coeur maternel fait naître la douleur.

Ton âme peut encor se livrer au bonheur,
Ma mere, calme-toi, car je meure plein de gloire
Et des bords du tombeau c'est un chant de victoire
Que songe a t'adresser mon luth consolateur.

Les accents en sont doux, divins et salutaires,
Innocents, spontanés, purs, glorieux, austeres,
Tels que le premier cri de mon seins exhalé:

Mais je me sens poussé vers la tombe qui s'ouvre
de la religion le saint manteau me couvre...
Adieu, ma mère, adieu!...je signe: l'Exilé."

La traducción inglesa de Bryant carece del ambiente especial en el cual se hallaba Plácido cuando escribió el poema. Es una despedida sentimental, común, correcta, que altera el carácter particular de la de Plácido. Además, el traductor añade en el quinto verso: -- -- -- grief-smitten y mortal weeping que no se encuentran en el original y -- que dan una idea falsa de los sentimientos del poeta, ya que Plácido -- no pudo despedirse de su madre con afecto y amor. Todo hay en Plácido -- para con su madre: profundo respeto, veneración y reverencia, pero no -- cariño. No lo pudo sentir; ella lo apartó de sí, y no se escuchó si -- quiera el grito de una verdadera madre ante el cadalso de su único hi -- jo. Es curioso notar que, a excepción de los versos 4, 7 y 8, el poeta habla de sí mismo, de su "plácida lira", de su "suerte fatal", "san -- grienta historia", etc., y se diría que la madre no es más que un pre -- texto para que el poeta se queje de su trágico destino. Nada de esto -- refleja la traducción de Bryant.

No se hace aquí crítica de las traducciones para demostrar -- la superioridad de Plácido. Se quiere sólo subrayar el ambiente parti -- cular del poeta, cuando escribía sus versos ante la muerte, humedeci -- dos en su propia sangre. Ningún traductor, por más grande que sea, -- puede igualarlo, ya que no se encontraba en situación semejante. Lo --

mismo sucede a Fontaine, que "a fait de son mieux", pero es incapaz de traducir fielmente el poema placidiano: él no penetró en la intimidad singular de Plácido y es menester notar que no pudo hacerlo.

La traducción francesa se acerca más al original que la inglesa. Quizas porque Fontaine vivió largos años en Cuba y estuvo presente durante el proceso y la muerte de Plácido quizás, porque el francés como idioma, tiene mas afinidad con el español que la lengua inglesa.

Bryant añadió en la tercera estancia un verso que cambia totalmente el ritmo lirico del soneto placidiano.

Para terminar, analicemos el soneto "Muerte de Gessler" y comparemosla con la traducción francesa de Fontaine:

"Sobre un monte de nieve transparente,
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de fuego coronada,
Muestra Guillermo Tell la heroica frente.

Yace en la playa el despota insolente
Con ferrea vira al corazón clavada
Despidiendo al infierno, acelerada
En alma negra en forma de serpiente.

El calor le abandona, sus sangrientos
Miembros bota la tierra al océano:
Tórnanle a echar las ondas y los vientos;

No encuentra humanidad el inhumano...
Y hasta los insensibles elementos
Lanzan de sí los restos de un tirano".

Plácido, en pocas palabras, describe el caracter del tirano-suizo y su sangriento fin, al mismo tiempo que el héroe Guillermo Tell muestra su frente sobre un monte de nieve. Como le sucede a menudo (en la "Despedida y otros), Plácido que estudió poco, mal y tarde, termina el poema con una nota de erudición:

"No encuentra humanidad el inhumano"...

que suena un poco teatral. Pero, en general, es un excelente soneto y uno de los mejores del poeta.

Veamos la traducción:

"Sur un mont couronné d'une neige éternelle
Guillaume Tell paraît : ses yeux remplis d'ardeur
Brillent du pur éclat de sa gloire immortelle;
Son héroïque main brandit son arc vengeur.

"La neige éternelle" no es nieve transparente y toda la traducción es libre, ya que "les yeux remplis d'ardeur" etc., no se encuentran en el original. Fontaine no pudo hallar en su traducción la concisión de Plácido y por eso cambia el texto.

Cuando Fontaine traduce la segunda estancia;

"Là, sur la plage, aux pieds de généreux rebelle,
Le despote est tombé sous le trait du vainqueur.
Comme un serpent hideux son âme criminelle
Jusqu'au fond des enfers va cacher sa noirceur",

los versos franceses acusan falta de viveza y ritmo, en comparación -- con los castellanos. Es que la inspiración sostenida de Plácido es inigualable y difícilmente traducible.

"La mort a fait son oeuvre, et Dieu juste et sévère
Sur qui fut sans pitié fait tomber sa colère
Le sol qu'il opprima repousse son bourreau.

L'onde aussi le rejette. Eternelle justice;
Est-il forfait plus grand? Mais aussi quel supplice;
Les restes du tyran n'ont pas même un tombeau!"

Es, sin duda, una buena traducción; pero ¿puede compararse -- "El calor le abandona", con "La mort a fait son oeuvre"? El verso del francés es mucho menos bello que el de Plácido. Aun su pedantesco "No encuentra humanidad el inhumano" suena mejor que "Les restes dy tyran n'ont pas meme un tombeau".

No tiene la culpa Fontaine que es buen poeta y traductor a la vez. Las imágenes placidianas son difíciles para la traducción, ya que son muy personales y originales.

El trágico fin de Plácido en 1844 tuvo una repercusión inmediata en América y en Europa, y causó una violenta reacción contra los españoles en todos los países donde había libertad de prensa. Cuba en aquella época vivía bajo el régimen colonial, ya que no siguió en 1808 el gran movimiento separatista que, a unos veinte años de aquella fecha, creó la mayoría de las repúblicas hispano-americanas.

A excepción de unos críticos, Sanguily entre ellos, el pueblo cubano entero tenía la firme convicción de que la condena de Plácido era injusta. Empero no podía expresar públicamente esta convicción, ya que la rigida censura de prensa suprimía sistemáticamente las menciones sobre Plácido. Después de su muerte, la obra del poeta fue condenada al silencio más absoluto; se decía que las autoridades trataban de enterrarlo por la segunda vez. Los aniversarios de la muerte de Plácido y de otros mártires nacionales pasaban en silencio.

La primera rehabilitación pública del poeta tuvo lugar hasta el año de 1882, es decir, treinta y ocho años después de su muerte. Eso se debió al hecho de que Cuba, pasando por varias sublevaciones locales, se alzó violentamente contra España. El pueblo cubano aspiraba a la independencia, y en 1868. Manuel de Céspedes y Francisco Vicente Aguilar dieron en Yara el grito de libertad, iniciando una guerra que duró diez años. En 1878 el general español Martínez Campos firmó con los alzados el pacto de Zanjón que apaciguó los ánimos por algún tiempo; pero Calixto García continuaba la "guerra chica" contra el régimen colonial.

El clima de guerra constante en toda la isla debilitó considerablemente la vigilancia de las autoridades españolas que, entre otras cosas, comprendía también el ejercicio de la censura de prensa.

El poeta cubano Carlos Jenaro Valdés, director del periódico-quincenal habanero "El Palenque Literario", tuvo el valor cívico de mencionar en el número del 20 de junio de 1882, en su sección Miscelánea, el aniversario de la muerte de Plácido haciendo al mismo tiempo, en breves líneas, la reivindicación del hombre y del poeta asesinado injustamente por el régimen colonial. Dos días después de esta publicación, el Fiscal de Imprenta acusó al director Carlos Jenaro Valdés y a su periódico de haber atacado la inviolabilidad de la cosa juzgada y de haber hecho la apología de un acontecimiento arreglado definitivamente hacía años por la Ley colonial. El Tribunal de Imprenta deliberó sobre la causa el 30 de junio del mismo año, y, como frecuentemente sucede en procesos de este género, los acusados se convirtieron en acusadores. Los cubanos siguieron con gran interés el proceso. El defensor, doctor José Antonio Cortina, demostró en una magnífica pieza oratoria que Plácido era un mártir de Cuba y de su libertad. Evocando lo pasado, la esclavitud y sus terribles consecuencias, el clima político de la isla en

los años 1840-50, el terror y las persecuciones, Cortina habló del famoso proceso de "La Escalera" que había sido inspirado únicamente por fines políticos, y demostró al Tribunal que Plácido murió siendo inocente y víctima de intereses creados en Cuba en aquella época. Añadió que entre los miembros de la Comisión Militar que juzgó a Plácido, -- unos fueron condenados a presidio por los mismos españoles y otros en la hora de su muerte rogaron el perdón de la víctima o se suicidaron.

"El Palenque Literario", en su edición extraordinaria del 8- de julio de 1882, una semana después del fallo, recordando el proceso, expresa los sentimientos de la mayoría del pueblo cubano, cuando afirma que:

"...Bastante tiempo hemos tenido la mordaza en la boca hasta hemos callado para que se impongan al espíritu liberal de -- estos tiempos regeneradores las intransigencias de una política suspicaz que pretende penetrar en el sagrado de las -- conciencias y descubrir en todas las manifestaciones del -- sentimiento patrio la traición y el dolor"...

Después de estas palabras aclaratorias, el periódico pasa -- directamente al caso de Plácido declarando lo siguiente:

"...Escapado a nuestro justísimo dolor un lamento, hubimos de ocuparnos en la sección de Miscelánea de este periódico, que está a nuestro cargo, del aniversario de la muerte de -- PLACIDO"...

El artículo en "El Palenque Literario" constituye un acto -- de acusación contra el Gobierno que condenó a muerte al poeta, sin -- justificación ninguna:

"...Llamamos injusto al Gobierno de la época que privó a -- Cuba de tan preclaro hijo, proclamando su reconocida inocencia, como ya lo tienen hecho cuantos sobre su muerte han escrito. Eran aquellas breves líneas, una reivindicación del -- hombre, del poeta esclarecido que no pudo al morir, dejar -- tras de sí, con el recuerdo imperecedero de su nombre, más -- que las huellas del cieno inmundo con que se trató de man--charlo y salió purificado, semejando un pájaro que al emprender el vuelo y sacudir las alas, salpica el rostro de sus -- opresores..."

Por primera vez un cubano reivindicó y defendió la memoria -- de Plácido ante un Tribunal español colonial. En su sentencia, dicho -- Tribunal absolvió al periódico "El Palenque Literario" y a su director Carlos Jenaro Valdés, aceptando de este modo, la tesis del defensor -- Cortina sobre la inocencia de Plácido.

Este proceso rompió definitivamente la barrera del silencio-

que rodeó durante casi cuarenta años el nombre de Plácido. Varios periodistas y escritores cubanos salieron en defensa del poeta, limpiando su nombre de la calumnia con la cual las autoridades españolas y algunos cubanos quisieron mancharlo. Juan de la Cruz y García Garófalo Morales, para no citar sino los más importantes, demostraron en varios artículos la nulidad del proceso y las acusaciones injustificadas de Manuel Sengully contra Plácido.

Desde aquel proceso la prensa cubana conmemora los días de cumpleaños y los aniversarios de la muerte del poeta. Cada año se enaltece el recuerdo de Plácido glorificando los valores de la poesía placidiana.

El 29 de junio de 1904 se cumplieron sesenta años del fusilamiento de Plácido. Para conmemorar dicho aniversario, el notable bibliógrafo cubano H. Tralles y Govin formó en esta ocasión una Bibliografía Placidiana.

Varias ciudades cubanas cambiaron el nombre de una de sus calles por el de Plácido. En 1909 se conmemoró el centenario del nacimiento del poeta. El diario habanero "La Discusión", en el número correspondiente del 20 de marzo del mismo año, publicó la poesía del notable poeta cubano Bonifacio Byrne: "A Plácido", y bajo el título "Plácido y la crítica", el periódico insertó las opiniones sobre el poeta, de hombres de letras extranjeros y cubanos: Louis Jourdan, Jacinto de Salas y Quiroga, J. M. Torres-Calcado, Emilio de los Santos Fuentes, Francisco Calcagno, Enrique Piñeyro, Anselmo Suárez Romero, Sebastián Alfredo de Morales, Antonio López Prieto, Aurelio Mitjans, Martín González del Valle y Manuel de la Cruz.

Bonifacio Byrne, en su poesía dedicada a Plácido, enaltece con palabras conmovedoras la memoria del infortunado poeta:

"Absorto el Genio lo besó en la frente
y en ella le dejó su luz divina...
...!Su inspiración! !Su lira! Dos portentos
que al nacer encontró sobre su cuna..."

El poeta Byrne toma la defensa de Plácido contra sus acusadores y calumniadores que no lo dejaron en paz, ni durante su breve vida, ni después de su muerte:

"... De qué se le reprocha y se le acusa?
De que manchó su lira en el pantano,
sin pensar que su musa
no se mostró cobarde ni remisa
para azotar el rostro del tirano.
Merece de la patria una sonrisa
y el lenitivo del perdón humano,
quien subió desde el torno de la Inclusa
hasta el solio del Arte Soberano..."

Byrne explica las causas de la muerte de Plácido, por qué --
fue perseguido y procesado:

...Fue condenado a perecer, tan solo
porque supo esgrimir su pensamiento,
y combatió la esclavitud y el dolo,
porque tuvo una lira,
de la que aún vibra el inmortal acento;
porque adora a su patria, y generoso
trono como un coloso
contra la ceguera de los que oprimen, ...
...contra la perversión y contra el crimen.
La Calumnia y la Envidia se aliaron
para perder al bardo peregrino
y sobre su existencia se lanzaron,
como sobre su víctima indefensa
se lanza, daga en mano, el asesino..."

Recordando la heroica muerte de Plácido, Byrne describe el --
comportamiento sereno y ejemplar del mismo, en los últimos momentos de
su vida:

"...Vedlo allí en la capilla,
donde aguarda el final de su existencia
¡Ni dobla la rodilla, ni perdón solicita,
ni clemencia!
Allí escribió su colosal "Plegaria",
-- la que marchando hacia la muerte dijo --..."

Plácido murió piadosamente, entregándose por entero a la vo-
luntad de Dios y convencido de su inocencia:

"...!Soy inocente! -- iba diciendo en tanto
el egregio cantor..."

...!Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!
dijo el bardo infeliz. Su frase amarga,
produjo en sus oyentes ese frío
con que el pesar los ánimos embarga..."

Al terminar su homenaje a la memoria de Plácido, Byrne evoca
el recuerdo del poeta que inspira a los cubanos, pidiendo que se colo-
que en un altar "su imagen y su lira":

"...Mas ya que su recuerdo nos inspira,
y que tal vez, desde el umbral del cielo,
como un hermano con amor nos mira,
coloquemos, cubiertas con un velo,
en un altar su imagen y su lira".

"La Discusión", en el mismo número, publica una extensa crí-
tica sobre Plácido y su obra. Según Louis Jourdan, eminente hombre de-

letras francés, enaltece y caracteriza los versos placidianos, entre -- otras cosas, sus giros originales y sencillos y su riqueza de imágenes. Para Plácido la concepción y la creación son simultáneas. Jourdan halla un parentesco entre el poeta cubano y Quevedo; ambos satirizan riendo. El francés pide que se salude a ese genio que a la vez fue también un -- gran mártir de su patria.

El escritor y periodista español Jacinto de Salas y Quiroga, -- director de varios periódicos y autor de "Viajes", obra de considerable interés para el conocimiento de la historia de la literatura cubana, -- afirma que la robustez de la versificación de Plácido corresponde a la -- de su pensamiento. A pesar de la incorrección del lenguaje placidiano, -- se encuentran en él chispas que deslumbran. Según Salas y Quiroga, no -- había en América poeta, incluso Heredia, que pudiera igualársele en -- inspiración, en genio, en hidalguía y en dignidad. Plácido, en sus cantos semisalvajes, tiene destellos generoso y sublimes.

El poeta, publicista y diplomático colombiano J.M. Torres-Cai-- cado está convencido de que Plácido, en una sociedad diferente y con -- otros medios, si hubiera podido cultivarse, acaso habría sido el primer poeta de América. Sin embargo, Plácido escribió varias piezas de un -- gusto perfecto, para poder pasar a la posteridad con títulos de buena -- ley. Según el colombiano, Plácido será siempre un timbre de orgullo pa-- ra la literatura americana. Le aseguran la inmortalidad algunas de sus poesías, sus desgracias y su trágica muerte.

Otros críticos, entre ellos Calcagno, Piñeyro, Suárez Romero, Sebastián Alfredo de Morales, expresan las mismas ideas sobre Plácido.

Martín González del Valle subraya los defectos de la poesía -- placidiana. El eminente crítico cubano explica que Plácido, pobre pei-- netero de oficio y mulato de condición, vino a proporcionarse tarde y -- mal alguna cultura general, imitando a todos, sin rumbo y sin estilo -- fijo. Aunque incorrecto en la forma y desleído en la frase, admite -- González del Valle que Plácido es siempre dulce, apasionado y tierno en el fondo. Debido a la triste situación en que se hallaba Plácido, pue-- den perdonársele todos los defectos en que incurrió.

Según Manuel de la Cruz, otro crítico cubano, las "torpes li-- sonjas" placidianas a los magnates españoles, no son, en realidad, si-- no pretextos para componer apologías de la libertad cubana.

En el 1944, cien años después de su fusilamiento, se levantó-- un monumento a Plácido en el Parque de Cristo, situado en la capital -- cubana, a iniciativa del Club Atenas habanero. El Municipio de La Haba-- na honra en el mismo año la memoria del poeta, con la edición de la -- obra "Plácido el poeta envilecido", escrita por el historiador Dr. -- Leopoldo Horrego Estuch.

En distintas épocas, la prensa cubana rinde homenaje a Pláci-- do publicando artículos, reflexiones y notas sobre su vida y obra.

La personalidad de Plácido no se desvanece en Cuba, a través de los años; se puede afirmar que se proyecta majestuosamente en la lejanía del pasado, convirtiéndose más y más en un símbolo del — genio injusticiado.

C O N C L U S I O N E S .

Sostenemos que Gabriel de la Concepción Valdes, "Plácido", era "casi blanco", ya que era octavón, y que su desdicha, terminada en el cadalso, empezó desde su cuna. Los críticos que atribuyen la tragedia de Plácido al único hecho de ser este último negro o mulato, están equivocados, ya que el poeta no tenía más que una o c t a v a parte de sangre africana.

Su infelicidad, su intranquilidad espiritual, su constante búsqueda de algo nuevo, su frecuente cambio de profesiones y en consecuencia, su estrechez económica, hay que atribuirlo al hecho de que Plácido era hijo ilegítimo de padres que no lo querían y que lo abandonaron - la madre desde la cuna - y el padre desde su niñez. A nuestro juicio, fué el abandono de sus padres la causa más importante de su desdicha futura.

Es también evidente que Plácido sufría a causa de los prejuicios raciales que imperaban en Cuba en aquella época, por el mismo hecho de ser o c t a v ó n , y quizás las decepciones en su vida amorosa con mujeres blancas hacían que se inclinara hacia el lado de las mujeres de color; mas es menester subrayar que tampoco con las últimas tuvo gran éxito.

Queda demostrado que aunque Plácido haya sido romántico, por la forma y por el contenido de su obra, el poeta usa a menudo el ser-ventesio español, ya que se hallaba en la etapa entre el neoclasicismo y el prerromanticismo.

Los críticos de la obra placidiana no mencionaron siquiera - salvo al Dr. González del Valle - los acentos bíblicos del poeta. Hemos subrayado y demostrado plenamente que hay influencia bíblica en las mejores poesías del poeta.

Sostenemos y demostramos que Plácido es un poeta esencialmente d e s i g u a l : grande y mediano a la vez. En sus poesías se hallan chispazos geniales, y algunos de sus versos honrarían cualquier antología de los mejores poetas del mundo; al mismo tiempo, Plácido peca por su pobreza intelectual y poética.

Su poesía no es afro-cubana, sino, en su mayoría, popular, criolla y típicamente cubana. Su obra es la encarnación misma del pueblo cubano, con todos sus defectos y valores. Sus versos entraron tan profundamente en el corazón de sus compatriotas, que a veces los recitaban sin saber q u i é n es el autor de ellos.

Queda demostrado que Plácido, poeta criollo y popular, es inimitable, aunque él haya imitado a muchos poetas de habla castellana.

Las traducciones francesas, inglesas y otras, tampoco igualan al original.

Es un hecho que el valor y la personalidad de Placido no disminuye a través de los años; al contrario, crece más y más.

CRONOLOGIA DE PLACIDO.

AÑO(S)	DATOS	ESCRITOS
1809	Nacimiento de Gabriel de la Concepcion Valdes, el 18 de marzo, en la calle Fernaza en la Habana.	
1809	El día 6 de abril, bautizo - del niño en la Real Casa de Maternidad, situada en la - calle de Ricla (hoy Muralla en la esquina a la de Ofi- - cial), en la Habana.	
?	Su padre, Diego Ferrer Ma- - toso, saca a su hijo de la - dicha institución, para de- - jar a Gabriel al cuidado de su abuela.	
1819- 1821	Dos años de primera enseñan- - za en la Habana bajo la di- - rección del maestro y poeta Pedro J. del Sol; pasa al - colegio de Belén y al fin - se encuentra en el Colegio- - "El Angel", con el profesor Francisco Bandarán.	A la edad de 12 años, el fu- - turo poeta compone sus pri- - meros versos: el soneto "Una Hermosa".
1821	Se interrumpen sus estudios elementales. La necesidad - económica le hace entrar en una carpintería, donde su - aprendizaje dura poco. En el mismo año ingresa co- - mo alumno en el taller del- - retratista V. Escobar.	
1823	Deja el taller de Escobar, - para aprender tipografía en	

AÑO(S)

D A T O S

E S C R I T O S

la imprenta de don José Severino Boloña.

1824

Soneto "Invocación" que -- aparece en muchas ediciones sin fecha.

1825-
1826

A los 16 años abandona Gabriel la tipografía, para dedicarse a la industria de -- peinetas.

Fin de
1826

Se traslada a Matanzas; trabaja en el taller de Nicolás Bota y Ponce de León, en la -- calle Jovellanos, No. 4, donde hoy se encuentra el hotel "Florida".

Durante su estancia en Matanzas (1826-32), Plácido -- gana fama de poeta, y compone, entre otros, el soneto "El Juramento".

1832

Regresa a la Habana. Su gran amor a Fela.

1833

Muerte de Fela, durante la -- epidemia de cólera en la Habana.

1834

El primero de mayo Plácido -- participa en la fiesta literaria en homenaje a Francisco Martínez de la Rosa, en la -- Habana.

La oda "La Siempreviva".
La elegía "El lirio"
Un soneto "Al Ilustre Poeta don Francisco Martínez de -- la Rosa".

1834-
1836

Frecuentes viajes entre la -- Habana y Matanzas.

1836

Nuevo amor de Plácido. Unión -- marital con "Celia".

1836

Después de la ruptura con --

"Celia", se instala de nuevo en Matanzas. José María Heredia visita a Plácido.

1837 Colaboración en los periódicos "La Aurora de Matanzas" y "El Pasatiempo". Al mismo tiempo continúa su oficio del carey. Constante penuria.

1838 Estancia en la cárcel durante 7 días, por una deuda.

En la cárcel compone la epístola "A Doris desde la prisión".

1838
Noviembre

Primera edición de su obra. Matanzas, Imprenta de Gobierno y Marina.

1839 Entrevista de Plácido con Andrés de la Flor, cubano de origen y general en el ejército mexicano.

Plácido dedica a de la Flor la "Despedida al general mejicano, hijo de Cuba, don Andrés de la Flor".

1840 Viaje a tierra-adentro. Se traslada a Trinidad y a Santa Clara; visita Cienfuegos, Remedios y Segua la Grande. Colabora en el periódico "El Eco de Villa-Clara". La policía vigila a Plácido y lo reduce a prisión. Debe su libertad a la intervención del potentado Antonio Mesa Santa María.

Los sonetos: "A Grecia", "A Polonia", "Una lágrima de sangre", "A Venecia". En el "Eco de Villa-Clara" se insertan, entre otras producciones: "A Villa-Clara", "La Envidia", "El Santo de Nise", "La Flor de Café".

Fin de
1840 Regresa a Matanzas.

1841

Edición de "El Veguero". Poesías cubanas dedicadas por Plácido a sus amigos de Villa-Clara. Matanzas, Imprenta de Comercio.

AÑO(S)

D A T O S

E S C R I T O S

- 1842
Segunda edición de "El Veguero".
Matanzas.
- 1842
El 27 de noviembre contrae
nupcias con María Gtra. Mor-
rales, en Matanzas.
- 1843
El 2 de marzo efectúa su
segundo viaje por tierra--
adentro, sin su esposa.
Corta detención en villa--
Clara. Pasando por Trini--
dad, le arrestan el 6 de --
abril. Seis meses en la car-
cel.
- 1843
Noviembre.
Regreso a Matanzas.
- 1844
30 de enero. Encarcelación
de Plácido en Matanzas.
"La Escalera".- Proceso --
entre los días 3-5 de ju--
nio. Se le condena a la --
pena de muerte.
22 de junio. Aprobación de
la sentencia por el gene--
ral O'Donnell.
28 de junio. Fusilamiento-
de Plácido a la edad de 35
años, 3 meses y 10 días.
- En la prisión escribe entre --
otros: "A la muerte de Cristo",
"A Lince", "La Resurrección", --
"Mi Prisión", "La Veguera ino--
cente," "La Rosa de Trinidad", -
"El bardo cautivo", "Las Pasio-
nes".
- Edición de "El Hijo de Maldi--
cion". Poema del tiempo de las-
cruzadas. Matanzas. Imprenta de
Gobierno.
- Escribe en la prisión: "A la --
Justicia", "Despedida a mi ma--
dre", "Adiós a mi lira", "Ple--
garia a Dios".

! DIGO...!

Es Libia de planta breve,
Dama noble, rica, hermosa;
Tendrá una prenda preciosa
El que por mujer la lleve;
Sólo con la falta leve,
Que a la edad de diez y siete
Voló con cierto cadete
Saliendo por un postigo.

!Digo...!

Emblema de cristiandad
Es don Juan; hasta de prisa
Será capaz de ir a misa
Por ganar la eternidad;
Y es tanta su caridad,
Que en sonándole metales,
Se planta en los tribunales
A hacer de falso testigo.

!Digo...!

Quéjase don Agapito
Viendo a su niño Simón
En una obscura prisión
Sin haber hecho delito;
Sólo porque el angelito
A un anciano que robó,
De un navajazo rajó.
Desde el pescuezo al ombligo.

!Digo...!

Lucas con lo que ha estudiado,
Y el largo viaje que dió;
A nuestras playas tornó.
Geográfico consumado.
Según él nos ha contado,
Ya no podemos dudar
Que a orillas del Rojo mar
Se encuentra el puerto de Vigo.

!Digo...!

Con mil lógicos rodeos
Tiene don Julio el placer
De inculcar a mi mujer
Que ande en bailes, en bureos,
En convites, en paseos;
Y después de tal favor,
Ve asegura por su honor
Que es mi verdadero amigo.

!Digo...!

Exclama el doctor Pascual,
Que no es muy prudente quien
Escoge para sí el bien,
Y da a los otros el mal.
Y de esta sana moral
Ejemplos da sin rebaja,
Pues a todos brinda paja
Mientras él se engulle el trigo.

!Digo...!

EL RUISEÑOR Y EL CERDO

Un ruin cerdo, que yacía
En el chiquero encerrado
Oyó al ruiseñor un día,
Y se imaginó dotado
De la misma melodía.

El arrastrado animal
Al escuchar los acentos
De aquel pico sin igual,
Le importuna por momentos
Con su música infernal.

Aunque aquel le hubiese oído,
Ser contra sí no comprende,
Y trina alegre en su nido
Porque quien a nadie ofende
No teme ser ofendido.

- No ves - dijo el colibrí -
A esa bestia que berrea
No muy distante de aquí?
Pues tan sólo es con la idea
De darte pesar a tí.

- ¡Hola! - exclama el ruiseñor -
¿Conque el inmundo cochino
Es mi oculto detractor,
Porque no plugo el destino
Hacerle nacer cantor?

Pues para que su insolencia
Pague, cerrando el hocico,
Quiero en una competencia
Probarle la diferencia
Que hay de su trompa a mi pico.

- No - dijo el zunzún, - reposa:
Cuando de dudas te saco
Por afección amistosa,
Harás la bajeza odiosa
De alternar con un verraco?

El Señor de los Señores
A él le crió para el cieno.
Y a tí para que las flores
Libes del pensil ameno,
Y discantes los amores.

- Dices bien - contestó fiel
El ruiseñor, - pensé mal,
Desprecio su acción cruel;
Vaya y busque otro animal
Que pueda igualarse a él.

Volando de flor en flor
Fuese el consejero cuerdo,
Tras él marchóse el cantor
Sin curarse más del cerdo.
- Hizo bien el ruiseñor -

LA MALVA Y LA PALMA

Una malva rastrera que medraba
En la cumbre de un monte gigantesco,
Despreciando a una palma que en el llano
Leda ostentaba sus racimos bellos,
De este modo decía: - "¿Qué te sirve
Ser gala de los campos y ornamento,
Que sean tus ramos de esmeralda plumas
Y arrebatarse con majestuoso aspecto?
¿De qué sirve que al verte retratada
En el limpio cristal de un arroyuelo,
Parezca que una estrella te decora
Y que sacuda tu corona el viento,
Cuando yo, de quien nadie mención hace,
Bajo mis plantas tu cabeza tengo...?"
La palma entonces remeció sus hojas,
Como aquel que contesta sonriendo,
Y la dijo - "Que un rayo me aniquile
Si no es verdad que lástima te tengo.
¿Te tienes por más grande, miserable,
Sólo porque has nacido en alto puesto?
El lugar donde te hallas colocada
Es el grande, tú no; desde el soberbio
Monte do estás, no midas hasta el soto,
Mira lo que hay de tu cabeza al suelo:
Aunque ese monte crezca hasta el Olimpo,
Serás malva, y no más, con todo eso,
Desengáñate, chica, no seas loca,
Jamás es grande el que nació rastero,
Y el que alimenta un corazón mezquino,
Es siempre bajo, aunque se suba al cielo"
A tan fuerte sermón la pobre malva

Que no esperaba tal razonamiento,
Calló: corrida entre bejucos varios
Sus desmayadas hojas escondiendo
A la vez asomaba el sol radiante,
Decorando de grana el firmamento,
Y el arroyo, las flores, y las aves,
Cantaron de la palma el vencimiento.

- - -

A UNA INGRATA.

Soneto.

Basta de amar: si un tiempo te quería,
Ya se acabó mi juvenil locura,
Porque es, Celia, tu cándida hermosura
Como la nieve, deslumbrante y fría.

No encuentro en tí la extrema simpatía
Que ansiosa mi alma contemplar procura,
Ni á la sombra de la noche oscura,
Ni á la espléndida faz del claro día.

Amor no quiero como tú me amas,
Sorda á mis ayes, insensible al ruego;
Quiero de mirtos adornar con ramas

Un corazón que me idolatre ciego;
Quiero abrazar una mujer de llamas,
Quiero besar una mujer de fuego.

- - -

A LA INGRATITUD DE ZELMIRA.

Canción.

I

Dulce tirana de mi existencia
A quien el alma toda rendí,
Oye los ayes que por tí vierto,
Y los suspiros que doy por tí:

Mas no insensible mi triste acento
Escuchar quieras por mas rigor,
No seas ingrata con quien te adora,
"Paga, Zelmira, paga mi amor".

II

Yo ví tus ojos mas relucientes
Que el esplendente sol tropical,
Y son tus labios y breves dientes
Nítida nácar, fino coral.

Quedé cautivo de tus virtudes,
Y de tus gracias y tu candor,
No seas ingrata con quien te ama,
"Paga, Zelmira, paga mi amor".

¿Cómo pudiera dejar de amarte
Si por tí el fuego de amor sentí?
¿Si no me canso de contemplarte?
¿Si me es gustoso morir por tí?

¿Y á tantos ruegos te muestras dura?
¿No te conduces de mi dolor?
No seas ingrata con quien te adora,
"Paga, Zelmira, paga mi amor."

IV

Ni el soplo fiero de muerte airada
Estingue el Etna de mi pasión;
Estos acentos que oyes, Zelmira,
Nacen del fondo del corazón:

Cuanto mas tardes en ser mi amada
Mas se acrecienta mi fino ardor,
No seas ingrata con quien te ama,
"Paga, Zelmira, paga mi amor."

El Ser Supremo que el orbe rige
La llama inflama que yo encendí;
Luego Dios mismo mi afecto aprueba
Cuando me inspira pasión por tí.

Virtud, dulzura, gracia y belleza
¿Quién las resiste? ¿dónde hay valor?
Ten de mis males piedad, bien mío,
Paga, Zelmira, paga mi amor.

VI

Si un rosal miro, tú eres la rosa
Mas elegante que encuentro allí:
Si bailo y canto, si río y lloro,
Todo, tirana, lo hago por tí.

¿Y tanto anhelo no tiene premio?
¿Cuándo se calma tanto rigor?
¿Quieres mi muerte? no seas ingrata,
"Paga, Zelmira, paga mi amor."

C O R A

Hondos suspiros lanzando
Del sol las sacerdotisas,
Fijos los ojos en tierra
Con tardo paso caminan.

Cien guerreros las rodean,
Que al son de roncás bocinas
Cantando marchan, armados
De mazas, arcos y picas.

Cuál es criminal entre ellas?...
De cuál yerro la castigan?...
Por qué no va, como debe,
Junto al soberano inca?...

¡Ay! que son sus tristes padres
Los dos ancianos que miras,
Quienes tragará la hoguera
Por la vestal fugitiva.

¿Veis con palma de alcanfor
Sus canas frentes ceñidas,
Y los codos que a la espalda
Atados sangre destilan?

¿Véis en el centro de aquella
Arboleda semicircular,
De plátanos y bambúes
Que el viento apenas agita,

La fosa profunda y cóncava,
Sedienta de humanas víctimas,
Al éter lanzando rápidas
Centellas, súbitas, ígneas?

Pues allí van inocentes
Por Cora a perder la vida;
Por Cora que tanto amaron,
Y que adoran todavía.

Ya llegan, ya les desnudan
Las blancas túnicas limpias...
Ya los cánticos de muerte
Suenan, y eterna partida.

Hablar el anciano intenta.
-Habla- le contesta el Inca,
Y acude a enjugar el llanto
Que corre por sus mejillas.

Cruza en el pecho los brazos,
La vista en el cielo fija,
El corazón en la gloria,
Y en tierra las dos rodillas

«¡Manco Omnipotente!» exclama,
Sagrado Dios de las Indias!
Nuestras almas con placer
Ante tí se sacrifican.

Empero, permíteme ¡oh sol!
Que humildemente te pida
Una merced que hacer puedas
Por tu potencia infinita:

Y es, que cual tú, quede claro
El honor de mi familia,
El lustre de tus altares
Y la virtud de mi hija

Mi hija Cora es inocente,
El corazón me lo dicta,
Que no es malo nunca, quien
Con buen ejemplo se cria:

Ha dicho y con firme planta,
Lleno el rostro de alegría,
Abraza a su esposa y vuela
Hacia la funesta pira

Por dónde, ignota fantasma,
Fué tu invisible venida...?
De dó sacaste ese manto
Bordado de plata fina

Dispersas van por los campos
Las tropas de Moctezuma,
De sus dioses lamentando
El poco favor y ayuda.
Mientras, ceñida la frente
De azules y blancas plumas,
Sobre un palanquín de oro
Que finas perlas dibujan,
Tan brillantes, que la vista,
Heridas del sol, deslumbran,
Entra glorioso en Tlascala
El joven que de ellas triunfa.
Himnos le dan de victoria,
Y de aromas le perfuman

Que te cubre, y esa espada
Nunca de estos pueblos vista,
Relievado el guardamonte
Con las armas de Castilla?

¿Por qué entre los dos y el fuego
Defiendes el paso, a guisa
De una sombra que separa
La eternidad de la vida?...

«¡Tenéos!» dice, y el manto
Cae, retrocede el Inca,
Y absorto y convulso exclama:
«¡Cora...! ¡Alonso de Molina...!»

«¡Cora...! ¡Alonso...!» el campo suena;
Y amante, padre é hija
Abrazáronse y «perdón!...»
El pueblo y guerreros gritan:

Postróse Alonso a los pies
Del gran príncipe Atalibas,
Y alcanzó de su bondad
Abolir la ley inicua;

Por la que, a la menor falta
Que en el templo cometían,
Eran aquellas vestales
Llevadas a quemar vivas.

Así de amor fuéles dado
Gozar la inefable dicha,
Pasando a esposas y madres
Del sol, las sacerdotisas.

J I C O T E N C A L

Guerreros que le rodean,
Y el pueblo que le circunda;
A que contestan alegres
Trescientas vírgenes puras:
«Baldón y afrenta al vencido,
loor y gloria al que triunfa»
Hasta la espaciosa plaza
Llega, donde le saludan
Los ancianos senadores
Y gracias mil le tributan
Mas ¿por qué veloz el héroe,
Atropellando la turba,
Del palanquín salta y vuela
Cual rayo que el éter surca?

Es que ya del caracol,
Que por los valles retumba,
A los prisioneros muerte,
El eco sonante anuncia,
Suspende a lo lejos hórrida
La hoguera su llama fúlgida,
Se humanas víctimas ávida
Que bajan sus frentes mustias
Llega los suyos al verle
Cambian en placer la furia
Y de las inbiestas picas
Vuelven al suelo las puntas
- ¡Perdón! exclama y arroja
Su collar los brazos cruzan
Aquellos míseros seres
Que vida por él disfrutaban
- Tornad a Méjico, esclavos
Nadie vuestra marcha turba
Y decid a vuestro amo
Vencido ya veces muchas
Que el joven Jicotencal
Crueldades como él no usa,
Ni con sangre de cautivos
Asesino el suelo inunda
Que el cacique de Tlascala
Ni batir ni quemar gusta
Tropas dispersas e inermes
Sino con armas, y juntas

Que arme flecheros más bravos
Y me encontrará en la lucha
Con sólo una pica mía
Por cada trescientas tuyas
Que tema el funesto día
Que mi enojo a punto suba
Entonces ni sobre el trono
Su vida estará segura,
Y que si los puentes corta
Porque no vaya en su busca,
Con cráneos de sus guerreros
Calzada haré en la Laguna.
Dijo y marchóse al banquete
Do está la nobleza junta
Y el néctar de las palmeras
Entre victores se apura,
Siempre vencedor después,
Vivió lleno de fortuna,
Mas como sobre la tierra
No hay dicha completa nunca
Vinieron atrás los tiempos
Que eclipsaron su ventura
Y fué tan triste su muerte,
Que aun hoy se ignora la tumba
De aquel ante cuya clava
Sarreada de áureas puntas
Huyeron despavoridas
Las tropas de Moctezuma

A G R E C I A

Como las olas de la mar sombría,
Tal es la libertad pues por un lado
Un pueblo cubre y deja abandonado
Otro pueblo a la horrenda tiranía

Grecia fué centro del saber un día:
Muerto Alejandro, el griego degradado
Vió el país de los dioses subyugado
Y del turco sufrió la ley impía

Tornó a llenar su página en la historia,
Y si de Navarino en las arenas,
Al ver las llamas, símbolos de gloria,

Que abrasaban las naves sarracenas,
Cantó la Grecia el himno de victoria,
Pasaron a Polonia sus cadenas

A P O L O N I A

Calma, nación heroica, tu agonía,
Y contempla olvidando tus horrores
Que mil pueblos se hicieron opresores
Y sufrieron después la tiranía

Medio siglo cabal no ha todavía
Que en Moscou y Morengo tus señores
Delante de los galos vencedores
Abatieron tus águilas un día.

Si andando el tiempo con la Europa embiste
Horda inmensa de bárbaros armada
Y ves al Cazar doblar la frente triste,

Exclamarás a su enemiga aliada:
"Esas son las cadenas que me diste,
Tuyas son, te las vuelvo, estoy vengada."

LOS OJOS DE MI MORENA

La luz de alba,
A cuyos brillos
Loan trinando
Los pajarillos;
No es tan hermosa,
Ni tan serena
Como los ojos
De mi morena.

La aurora pura
Que en el oriente
Flores y perlas
Muestra en su frente,
Esparce rosas;
Mas no enajena
Como los ojos
De mi morena.

No luce Apolo
En su brillante
Fúlgido carro
De oro y diamante;
Ni con sus rayos
El mundo llena
Como los ojos
De mi morena

A ella no igualan
Alba ni aurora,
Ni Apolo mira
Cuanto atesora;
Y no hay quien vierta
Luz tan amena,
Como los ojos
De mi morena.

LA FLOR DE LA CAÑA

Yo vi una veguera
Trigueña tostada,
Que el sol, envidioso
De sus lindas gracias,
O quizás bajando
De su esfera sacra,

Prendado de ella,
Le quemó la cara.
Y es tierra y modesta
Como cuando saca
Sus primeros tilos
"La flor de la caña."

La ocasión primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida,
Con cintas rosadas
Llevaba una gorra
De brillante paja,
Que tejió ella misma
Con sus manos castas,
Y una hermosa pluma
Tendida, canaria,
Que el viento mecía
"Como flor de caña."

Su acento divino,
Sus labios, de grana,
Su cuerpo, gracioso,
Ligera su planta:
Y las rubias hebras
Que a la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornadas,
Como con las gotas
Que destila el alba
Candorosa brilla
"La flor de la caña."

El domingo antes
De Semana Santa,
Al salir de misa
Le entregué una carta,
Y en ella unos versos,
Donde la juraba
Mientras existiera
Sin doblez amarla,
Temblando tomóla,
De pudor velada,
Como con la niebla
"La flor de la caña."

Halléla en el baile
La noche de Pascua,
Púsose encendida,
Descogió su manta
Y sacó del seno
Confusa y turbada,
Una petaquilla
De colores varias.
Diómela al descuido,
Y al examinarla,
He visto que es hecha
"Con flores de caña."

En ella hay un rizo,
Que no lo trocara
Por todos los tronos
Que en el mundo haya;
Un tabaco puro
De Manicaragua,
Con una sortija
Que ajusta la capa,
Y en lugar de tripa
Le encontré una carta
Para mí más bella
"Que la flor de caña."

No hay ficción en ella,
Sino estas palabras:
"Yo te quiero tanto,
Como tú me amas".
En una reliquia
De rasete blanca,
Al cuello conmigo
La traigo colgada;
Y su tacto quema,
Como el sol que abrasa
En julio y agosto
"La flor de la caña."

Ya no me es posible
Dormir sin besarla,
Y mientras que viva
No pienso dejarla,
Veguera preciosa
De la tez tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama;
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas
Sufriendo vaivenes
"Como flor de caña."

Juro que en mi pecho
Con toda eficacia,
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas;
No diré a ninguno
Que es tu nombre Idalia,
Y si me preguntan
Los que saber ansían
Quién es mi veguera,
Diré que te llamas
Por dulce y honesta
"La flor de la caña."

LA FLOR DE LA PINA.

La fruta más bella
Que nace en las Indias,
La más estimada
De cuantos la miran,
Es la dulce piña
Que el néctar nos brinda,
Más grato y sabroso
Que aquel que en la antigua
Edad saborearon
Deidades olímpicas;
Pero es más preciosa
La flor de la piña.

Quando sobre el tallo
Preséntase erguida,
De verde corona
La testa ceñida,
Proclámala reina
La feraz campiña;
Salúdala el alba
De perlas con risa,
Favonio la besa,
Y el astro del día
Contempla extasiado
"La flor de la piña."

Como si tejiérais
Una canastilla
De juncos, al sesgo
Formando una pira;
Y en cada distancia
Que alfójar simula,
Un rubí pusierais
Fingiéndolo conchitas,
De aquellas preciosas
Que el mar da a su orilla,
Así se presenta
"Con flores la piña."

Ella es un emblema
De la infancia viva,
Fecunda en su tallo
Feraz en sus guías;
Y como le suelen
Nacer a las niñas
Amantes deseos
Más bien por la vista,
Así porque quede
La imagen cumplida,
Brotada por los ojos
"La flor de la piña."

- - -

LA FLOR DE LA CERA.

Una mañana de abril,
Antes que el alba serena
Ornara el cielo de néctar
Y los pensiles de perlas,

Paseaba yo divertido
Del San Juan por la ribera,
En un jardín que a su orilla
Preciosas plantas ostenta.

Con un cestillo de mimbre
Y unas tijeras nuevas,
Estaba una joven linda
Cortando flores de cera.

Ocultéme entre unas ramas
De jazmín y madre selva,
Que abrazan a un rojo Adónis
Formando bóveda espesa:

Era su frente brillante
Como del amor la estrella,
Sus ojos, vivos y hermosos,
Negras y largas sus trenzas:

De marfil su dentadura,
Su boca purpúrea y bella
Y su cutis fresco y blanco
Como la flor de la cera.

Llevaba una manta azul
Bordada de blanca seda,
Cadena y manillas de oro
Y aretes de finas piedras.

Hablando consigo misma,
De que la oyesen ajena,
Tomando la más lozana
Dijo la simple doncella:

¿ Dice bien Delio, que eres
De los jardines la reina,
!Si yo fuese tan hermosa
Como la flor de la cera!

De su voz el eco suave
Me hizo conocer a Lesbia,
Con la cual bailé mil veces
De Pueblo Nuevo en las fiestas;

Y de Delio bajo el nombre
Le hice amorosas protestas:
!Con que aquí mi Lesbia mora
Y de su Delio se acuerda...!

¿Podré dudar que me ama
Esta inocente belleza,

Tan sencilla, alegre y pura
Como la flor de la cera?

Escogió después algunas,
Sentóse sobre la hierba,
Formó una hermosa guirnalda
Y se coronó con ella.

Fuése a orillas de un estanque
De agua clara, limpia y tersa;
Vióse el rostro en el cristal
Y exclamó de gozo llena:

-Ya estará Delio en el puente,
Y cuando pasar me vea
Dirá que soy tan preciosa
Como la flor de la cera!

L A S I E M P R E V I V A

Antes que torne en rojo el horizonte
La clara luz del sol resplandeciente,
Y con variados trinos el sinsonte
Baja a imitar la murmurante fuente;
En la alta cumbre del vecino monte
Do el céfiro susurra blandamente,
Al son sublime de las cuerdas de oro,
La rama ceñiré del pierio coro.

Qual de bélico ardor arrebatado
El desnudo mancebo se presenta,
Sólo de noble atrevimiento armado
En el estruendo de la lid sangrienta;
Así yo vuelo impávido, animado
De gloria al soplo que mi pecho alienta,
Y pulso entre los vates la áurea lira,
Aunque ni el arte ni el saber me inspira.

Mas ya que un rayo puro y esplendente
El ígneo padre de Faetón me esquivo
Para ornar tu aureola refulgente,
Y de tal gloria sin razón me priva;
Séame dado en tu velada frente
Colocar esta roja siempreviva,
Indica flor con que Almendar decora
Su clara linfa de cristal sonora.

Destila el alba con su faz serena
Fecundas perlas en risueñas flores;
El manso arroyo por la blanca arena
Límpido bulle convidando amoras;

Con voz meliflua de contento llena
Himnos entonan gratos rui señores:
Huyen las sombras, y el dolor, y el llanto;
Todo es dicha y placer donde yo canto.

¿Qué importa, empero, que el dolor reinara
Tendiendo la borrasca el denso velo,
O que el rayo abrasante resonara
Y el mar cubriese embravecido el suelo;
Si al dulce acento, cuando yo cantara,
De su apacible claridad el cielo
La faz vistiendo con que ríe mayo,
Calmara el mar, y contuviera el rayo?

No tan copiosa lumbre el sol derrama
Cuando la etérea bóveda ilumina,
Cual de plácido gozo inmensa llama
Vertió la tumba de Colón divina,
Al publicar la voladora Fama,
Como ensalzaba la sin par Cristina,
Cercana al solio de Isabel dichosa,
Al inmortal Martínez de la Rosa.

El placer que la alegre primavera
Vierte en la tierra con gentil semblante,
Nuncio de paz, que en la turbada esfera
Bonanza ofrece al triste navegante:
El dulce beso que la vez primera
Recibe de su ninfa el tierno amante,
Y el hermoso nacer de un claro día,
Vivos trasuntos son de mi alegría.

Llénase el alma de cabal contento
Al ver fugar de la nación hispana
Los secuaces del déspota violento,
Traidor contra su sangre soberana;
Y exterminado el tribunal sangriento
De hircanos tigres con figura humana,
Monstruos que alteran, infundiendo espanto,
La dulce paz del Evangelio Santo.

Sumida en lloro la invencible España,
Víctima noble de discordia impura,
Vió de sus hijos en la horrible saña
Cercano fin, y perdición segura:
A otros proscritos, que en nación extraña
Lamentaban su fiera desventura,
Viendo su patria envuelta en precipicios
De crímenes, venganzas y suplicios.

La voz entonces al empero alzando
Humilde exclama en suplicante tono;

- ¡Santo Dios de Israel! tú, que mirando
Mi pena estás desde el excelso trono,
Haz que mis hijos su furor calmando,
Por ti depongan el funesto encono;
Que no es el odio timbre de los reyes
Ni sangre piden tus cristianas leyes.

El alma Dios al escuchar su acento
Plácido envía celestial querube
Que veloz mide la región del viento,
De oro y zafir en transparente nube:
-Enjuga el llanto, mira el firmamento-
Dice - y al cielo majestuoso sube,-
España, al verlo, cándida respira,
El llanto enjuga, al firmamento mira.

Vió en tenebrosa obscura madrugada
Lucir la estrella hermosa matutina,
Nacer la blanca aurora sonrosada,
Mostrando al sol su frente purpurina;
Resonar la tormenta inesperada;
Que débiles centellas aun fulmina:
La discordia cruel tendiendo el velo,
Brillar el iris, y aclararse el cielo.

Cristina fué la refulgente estrella;
Risueña aurora, su inclita amnistía:
El luminoso sol, Isabel bella;
Feroz tormenta la ambición impía,
Que lejana lanzó débil centella,
Amagando incendiar la monarquía,
Y tú, La Rosa, el iris reluciente,
Dulce esperanza de la hispana gente.

¿Y quién, por su saber y patriotismo
Más digno fuera de tan alta gloria,
Que tú, cuya aversión al despotismo
Nos asegura Perennial victoria,
Del Tártaro, arrojándole al abismo;
Y cuyo nombre grabará la historia
De la nación, y de mi canto al ruego,
En tablas de oro con buril de fuego?

Ya más no te verá la cumbre Alpina
Cruzar cercado de dolor y pena,
Y de Pompeya en la asombrosa ruina
Con vacilante planta hollar la arena,
Ni la vista a su patria peregrina
Desde las tristes márgenes del Sena
Volver, cubierto en afflictiva calma,
De llanto el rostro y de pesar el alma.

Sutil Favonio que en la esfera exhalas
Bálsamos gratos que la zona cría,
Lleva a La Rosa en tus ligeras alas
La siempreviva que mi amor le envía:
Tan destituida de vistosas galas
Como mi humilde lira de armonía,
Por ser entre las flores tropicales
Emblema fiel de acciones inmortales.

Y tú, del alto Pindo rey sagrado,
Mientras los prados, fuentes y pastores,
Del ígneo sur al septentrión helado
Con mudo acento cantas sus loores;
Deja tu heroico rostro coronado
De divino laurel y olímpias flores,
Levantando en tu fúlgida carroza
Al sublime cantor de Zaragoza.

.. - ..

A D I O S A M I L I R A

En la Capilla

No entre el polvo de inmunda bartolina
Quede la lira que cantó inspirada
De empíricos laureles coronada
Las glorias de Isabel y de Cristina;
La Siempreviva el cisne de Granada
No yazga en polvo, no, quede colgada
Del árbol santo de la Cruz divina.

Omnipotente Ser, Dios poderoso,
Admitidla, Señor, que si no ha sido
El plectro celestial esclarecido
Con que os ensalza un querubín glorioso,
No es tampoco el laúd prostituido
De un criminal perverso y sanguinoso:
Vuestro fué su destello luminoso
Vuestro será su postrimer sonido,

Vuestro será, Señor: no más canciones
Profanas cantará mi estro fecundo;
¡Ay! que me llevo en la cabeza un mundo!
Un mundo de escarmiento y de ilusiones;
Un mundo muy distinto de este sueño,
De este sueño letárgico y profundo,
Antro quizás de un genio furibundo,
Sólo de llantos y amarguras dueño.

Un mundo de pura gloria,
De justicia y de heroísmo,

Que no es dado a los profanos
Presentir; mundo divino,
Que los hombres no comprenden,
Que los ángeles han visto
Y aun con haberlo soñado
No lo comprendo yo mismo.

Acaso entre breves horas
Cuando divise el empero
Postrado ante vuestro trono
Veré mis sueños cumplidos;
Y entonces vueltos los ojos
A esta mansión de delitos,
Os daré infinitas gracias
Por haber de ella salido.

En tanto, quede colgada
La causa de mi suplicio,
En un ramo sacrosanto
Del que hicisteis vos divino.

Adiós, mi lira: a Dios encomendada
Queda de hoy más: "adiós..." yo te bendigo.
Por ti serena el ánima inspirada
Desprecia la crueldad de hado enemigo:
Los hombres te verán hoy consagrada.
Dios y mi último adiós quedan contigo,
Que entre Dios y la tumba no se miente.
Adiós, voy a morir... !Soy inocente!...

- - -

P L E G A R I A A D I O S.

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,
A vos acudo en mi dolor vehemente;
Extendad vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos sólo sois mi defensor, Dios mío:
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz a los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al norte hielos,
Vida a las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis vos; todo fenece
O se reanima a vuestra voz sagrada:
Fuera de vos, Señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece,
Y aun esa misma nada os obedece;
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
Y pues vuestra eternal sabiduría
Vé al través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire a la clara transparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bate sus palmas la calumnia impía.

Estorbadlo, Señor, por la preciosa
Sangre vertida, que la culpa sella
Del pecado de Adán, o por aquella
Madre cándida, dulce y amorosa,
Cuando envuelta en pesar, mustia y llorosa
Siguió tu muerte como heliaca estrella.

Mas si cuadra a tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frío
Ultrajen con maligna complacencia...
Suene tu voz, y acabe mi existencia...
Cúmplase en mí tu voluntad, ¡Dios mío!...

- - -

B I B L I O G R A F I A .

- Poesías de Plácido.- Matanzas, Imprenta del Gobierno y Marina, 1838.
- Poesías escogidas de Plácido (el pardo Gabriel de la Concepción Valdés).- Matanzas, Imprenta del Gobierno, 1842.
- Poesías de Plácido.- New York, edición de Vingut, 1855.
- Poesías completas de Plácido, 3ra. ed.- París, Librería española de Mme C. - - Denné Schmitz e hijo, 1862.
- Poesías completas de Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés) con doscientas diez composiciones inéditas, su retrato y un prólogo biográfico por - - Sebastián Alfredo de Morales.- Habana, 1866.
- Poesías completas de Plácido con doscientas diez composiciones inéditas.- Buenos Aires, Maucci, Hermanos e Hijos, 1903.
- Poesías Selectas de Plácido con un prólogo de A. M. Eligio de la Puente.- Habana, Cultural, 1930.
- "El Verguero".- Poesías cubanas dedicadas por Plácido a sus amigos de Villaclara. Matanzas, Imprenta del Comercio, 1841.
- "El Hijo de Maldición".- Poema del tiempo de las Cruzadas, por Plácido. Matanzas, Imprenta del Gobierno, 1843.

BIBLIOGRAFIA DE REFERENCIAS.

- Colección de los fallos pronunciados por una Sección de la Comisión Militar -- establecida en la ciudad de Matanzas para conocer de la causa de conspiración de la gente de color.- Matanzas, Imprenta del Gobierno por -- S. M., 1844.
- Dr. A. WURDIMAN: Notes on Cuba.- Boston, 1844.
- H. W. HURLEBUT: The poetry of Cuba.- "North American Review". January, 1849.
- Poésies complètes de Plácido, traduites par D. FONTAINE. Avec una préface de - - Louis Jourdan.- Paris, F. Sartorius, 1863.
- G. WELLS BRO: The black man.- Boston, 1865.
- E. M. de HOSTOS: Biografía de Plácido.- Santiago de Chile, 1872.

- Dr. P. LASO de los VELEZ: Plácido, su biografía, juicio crítico y análisis de sus más escogidas poesías.- Barcelona, 1875.
- F. CALCAGNO. Poetas cubanos.- "Revista de Cuba", t. IV, 1878, pp. 594 a 613.
- : Diccionario biográfico Cubano.- Habana, 1878.
- : Poetas de color.- Habana, Imprenta Militar, 1878.
- A. BACHILLER; Plácido.- "Revista Cubana", t. II, 1885, pp. 547 a 561.
- D. V. TEJERA: La muerte de Plácido. Cuadro dramático.- New York, Imprenta de N. Ponce de León, 1875.
- R. CARRERA: Cuba y sus Jueces.- Filadelfia, 1895.
- J. de J. MARQUEZ; Plácido y los conspiradores de 1844.- Habana, Imprenta La -- Constanza, 1894.
- D. V. MORALES. Iniciadores y primeros mártires de la Revolución cubana.- Ha-- bana, 1901.
- E. PINEYRO: Estudios y conferencias.- New York, 1880.
- E. MACHADO y GOMEZ: Plácido, Dichter und Martyr, Hannover, 1865.
- J. A. CORTINA: Defensa del Palenque Literario. Plácido.- "Revista de Cuba", - t. XII, 1882, pp. 74 a 87.
- M. SANGUILY: Un improvisador cubano.- "Hojas literarias", t. III, 1894.
- Ch. de MAZADE: La société et la littérature a Cuba.- "Revue des Deux Mondes", 1851.
- Gems of the Spanish Poetry.- New York, 1855. Publicado por Vingut.
- La poésie de Cuba et le poète Plácido.- Paris, Le Magazin de la librairie, - 1858.
- "El TRUNCO", La Habana, 1885, Publicación correspondiente al 5 de marzo.
- Poetas del Nuevo Mundo.- Barcelona, 1890.
- Antología de poetas hispano-americano.- Publicada por la Real Academia Espa-- ñola. Madrid, 1893, t. II.
- M. GONZALEZ del VALLE: La poesía lírica en Cuba.- Barcelona, 1884.
- J. M. TORRES-CAICEDO: Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los - - principales poetas y literatos hispano-americanos.- Paris, 1863.

- P. J. GUITERAS: Estudios de la literatura cubana.- "El Mundo Nuevo", t. III.- New York, 1874.
- A. MITJANS: Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba.- Habana, 1890.
- T. CARRION: Haití, Plácido y Manuel Sanguily.- Habana, Imprenta La Constancia, 1894.
- El centenario de Plácido.- Publicado en el diario "LA DISCUSION", La Habana, - el 20 de Marzo de 1909.
- Actas de las sesiones de la Real Sociedad de Amigos del País, referente a la - expulsión de Mr. TURNBULL de dicha Corporación.- "Revista Cubana", t. 7, p. 152.
- R. BETANCOURT y HERNANDEZ: Nuevas noticias acerca de la vida de Plácido.- Carta a J.A.E. en la revista "El Album", Matanzas el 28 de junio de 1904.
- D. FIGAROLA CANEDA: Plácido, poeta cubano.- Habana, 1922.
- J.M. CARBONELL: Evolución de la cultura cubana, t. III y IV, La Habana, 1928.
- M. de la CRUZ: Reseña histórica del movimiento literario en la Isla de Cuba.- "Revista Cubana", t. XIV, 3ra. parte.
- G. DELGADO FERNANDEZ: El poeta Plácido, Su vida.- "Revista Sr. Juan de Melena", t. I, Habana, 1931.
- Dr. F. GONZALEZ del VALLE: ¿Es de Plácido la Plegaria a Dios? Habana, Academia de la Historia de Cuba, 1923.
- R. GUERRA SANCHEZ: Historia elemental de Cuba.- Habana, 1926.
- M.G. GAROFALO MESA: Plácido, poeta y mártir.- México, Ed. Botas, 1938.
- J. CASALS: Plácido como poeta cubano.- La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1944.
- L. HORREGO ESTUCH: Plácido, el poeta infortunado.- Habana, Ed. Luz, 1944.
- M. MESA RODRIGUEZ: Lecciones de Historia de Cuba, - Habana, 1933.